

LOS CASOS DE JENNIFER PALMER

LA  
**CRIMINOLOGA**



**ARTHUR R. COLEMAN**



LA CRIMINÓLOGA

LA DAMA DE HIELO

Arthur R. Coleman

Título: La criminóloga

Autor: Arthur R. Coleman

Diseño de cubierta: Miquel Xambó

Maquetación: Miquel Xambó

Edición: diciembre 2017

© 2017, del texto Arthur R. Coleman

© 2017, de la edición Book Factory

Edita: Book Factory

Email: [info@booksfactory.biz](mailto:info@booksfactory.biz)

Reservados todos los derechos, ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso previo del editor o del autor.

## ÍNDICE

### EL INICIO

- CAPÍTULO 1 ENRÓLLATE, NENA
- CAPÍTULO 2 EL ASESINATO
- CAPÍTULO 3 EL SOBRE ROJO
- CAPÍTULO 4 LOS HECHOS
- CAPÍTULO 5 LAS LEYES NATURALES
- CAPÍTULO 6 LA CÚSPIDE DE LA EVOLUCIÓN
- CAPÍTULO 7 LA AGENCIA
- CAPÍTULO 8 LA FEMME FATALE
- CAPÍTULO 9 LA COMPAÑÍA
- CAPÍTULO 10 LA BOLA DE CRISTAL
- CAPÍTULO 11 OTRO ASESINATO
- CAPÍTULO 12 POR AMOR AL ARTE
- CAPÍTULO 13 EL COMPETIDOR
- CAPÍTULO 14 EL VELATORIO
- CAPÍTULO 15 EL CLUB DE STRIPTEASE
- CAPÍTULO 16 EL TEQUILA DE LAS CINCO
- CAPÍTULO 17 EL ABOGADO
- CAPÍTULO 18 EL DRAGÓN
- CAPÍTULO 19 EL INTERROGATORIO
- CAPÍTULO 20 LA EXPOSICIÓN
- CAPÍTULO 21 EL SUCESO
- CAPÍTULO 22 NIAN, LA BESTIA
- CAPÍTULO 23 NACIMOS PARA SER VALIENTES
- CAPÍTULO 24 EN ACCIÓN
- CAPÍTULO 25 REGRESO AL PASADO
- CAPÍTULO 26 EL CENTRO DE UN NUEVO COMIENZO
- CAPÍTULO 27 LA RISA DEL JOKER
- CAPÍTULO 28 AXIAS MUNDI
- CAPÍTULO 29 SECUESTRO Y AGRESIÓN
- CAPÍTULO 30 EL JOKER
- CAPÍTULO 31 EL PERFIL
- CAPÍTULO 32 LAS PISTAS
- CAPÍTULO 33 LAS FOTOGRAFÍAS
- CAPÍTULO 34 LA HUIDA
- CAPÍTULO 35 CASO CERRADO
- CAPÍTULO 36 NATURALEZA SALVAJE
- CAPÍTULO 37 LA ÚLTIMA COPA DE CHAMPÁN
- CAPÍTULO 38 LA LIBERTAD

CAPÍTULO 39 [EL KRAKEN](#)

CAPÍTULO 40 [EL FINAL](#)

## EL INICIO

Cuando la bella Sarah Adams abrió la puerta de su lujoso apartamento, supo que ya nada volvería a ser como antes. Sentado en un sillón orejero, rodeado de cobrizos cojines de estilo turco, estaba el cadáver de su marido, William Adams, un conocido marchante de arte de Nueva York, con evidentes signos de haber sido asesinado.

## ENRÓLLATE, NENA

En ese punto intermedio entre la noche y el amanecer, Jennifer Palmer se despertó. Mientras se desperezaba aún podía seguir oyendo a Jim Morrison en el recuerdo de su fogoso sueño. *Enróllate, nena, enróllate, nena....*

Una vez más, como cada vez que aparecía en sus visitas nocturnas, se preguntó por qué soñaba con tórridos encuentros amorosos con un hombre que había muerto antes de que ella naciese y que ni siquiera era su tipo. Además, su vida sexual era placentera, intensa y variada. Joven y atractiva, alta, largas piernas, sugerentes curvas y seductores ojos grises, Jennifer no necesitaba los encuentros eróticos en sueños de Jim Morrison para sentirse satisfecha.

Abrió los ojos y aún podía oír en su mente a *The Doors* con *Roadhouse blues: Sí, vamos al bar de la carretera. Vamos a pasarlo realmente bien. Un buen rato... donde tienen habitaciones... y son para la gente que le gusta hacerlo despacio. Enróllate, nena, enróllate, nena...*

Entre suaves sábanas de algodón blanco, la joven se incorporó en la gran cama. Recogió su larga melena castaña en una coleta y se despabiló lo suficiente para recordar que en unas pocas horas debía encontrarse con Donald Walker, uno de los miembros de la agencia de detectives y asesoramiento en materia criminal que ella dirigía.

Donald estaba siguiendo a un marido, un importante hombre de negocios relacionado con el mundo del arte. Al contratarles, su mujer aseguró que estaba preocupada por él. Al parecer el hombre había recibido alguna amenaza, pero no había querido emplear escolta privada más allá de los guardias de seguridad que vigilaban su magnífica galería de arte y las cámaras de vigilancia de su finca y la seguridad del propio residencial.

Aunque, pensó Jennifer, en realidad lo más probable es que quisiese saber si le era infiel y conseguir pruebas comprometedoras y usarlas para sacar una buena tajada en el divorcio. Vaya estupidez, pensó la joven, como si ser infiel o pretenderlo no estuviese en la naturaleza humana. Por su experiencia, lo raro era justamente lo contrario. De cualquier forma, aunque era un trabajo rutinario y anodino, estaba bien pagado. A pesar de que no era la actividad que más le atraía, en realidad le interesaba más bien poco, había que hacer de todo para mantener a flote la agencia Solution Channel.

Descalza por el pavimento de madera pulida, cruzó el salón por encima de la silueta de un dragón estampada en una gruesa alfombra rojiza. A Jennifer le gustaban estos enormes animales míticos. Desde niña le habían fascinado los cuentos de dragones, guerreros y princesas, aunque ella no tenía interés en ser una princesa, lo que deseaba en sus fantasías de niña era convertirse en

una aguerrida guerrera que luchase contra el mal. Finalmente, su sueño se había hecho, en buena parte, realidad.

Jennifer era la propietaria de la agencia Solution Channel. Había estudiado criminología en SUNY, la Universidad Estatal de Nueva York en Albany, y desde el principio sus profesores vieron su potencial. Al acabar la universidad pronto se labró un prestigio gracias a sus acertados diagnósticos. Tenía poco más de treinta años, y en ocasiones hacía labores de consultora en determinados casos para Inteligencia Criminal del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York: revisión de casos desde el comportamiento y las perspectivas de investigación, análisis del crimen, sugerencias de líneas de investigación, perfiles de delincuentes desconocidos y estrategias para dar caza al asesino. Una joven precoz, una mente brillante, un cuerpo sensacional.

Llegó a la cocina y se sirvió un café largo bien cargado, solo, sin azúcar. El primer café del día solo; el segundo, a media mañana, con azúcar de caña. En ese momento sonó el teléfono. ¿Quién sería a esas horas tan intempestivas? En el visor apareció el rostro pecoso y juvenil de Donald.

—Hola.

—Será mejor que nos veamos —oyó la voz alterada de su colaborador.

—¿Es grave?

—Se han cargado al objetivo.

—No fastidies. ¿Dónde estás?

—Largándome del edificio. Esto se está llenando de policías.

—Espérame en El Mogador.

Un contratiempo. La muerte del hombre al que estaban vigilando. Eso no era nada bueno para el negocio.

Jennifer solía llevar ropa ceñida, que resaltaba su cuerpo esbelto y llamativo. Se puso una blusa y un suéter de lino suave de color verde, abierto en pico, que dejaba ver la curva de sus senos, y unos pantalones beige ajustados a sus largas y torneadas piernas. Se calzó unos cómodos zapatos de tacón bajo y se abrigó con un grueso chaquetón de lana trenzada a juego con los pantalones y los zapatos. La primavera estaba cerca, pero aún no harían más de 10 grados centígrados. Se anudó una suave bufanda de cachemir alrededor del cuello, y salió rauda hacia la cafetería donde había citado a su fiel asociado.

Donald Walker era fotógrafo, especialista en el seguimiento de personas y en obtener información, y experto en un poco de todo. Melena rubicunda, impulsivo, simpático, ni muy alto, ni muy atlético. Un joven que pasaba desapercibido, ideal para su trabajo. Solía vestir de forma informal y desaliñada, zapatillas de tela, vaqueros descoloridos por el tiempo, no por la moda, camisas amplias y sueltas por debajo de la cintura. Nunca usaba reloj y siempre sabía la hora exacta. El reloj atómico, solían llamarle en la agencia.

Buena parte de la ciudad de Nueva York está en tres islas: Manhattan, Long Island y Staten Island. Jennifer vivía en el distrito de Brooklyn en la punta oeste de Long Island en un apartamento de alquiler, lo que le permitía mudarse de casa y de barrio siempre que le apetecía.

Su apartamento tenía una amplia habitación y un gran salón con la cocina integrada. Cuando se instaló, el barrio era tranquilo y familiar, pero al cabo de un tiempo apareció una reluciente lavandería, cafés sofisticados, boutiques, restaurantes independientes y varias tiendas de vinos orgánicos que fueron la señal de que la zona había sido conquistada por artistas y estudiantes con

poder adquisitivo, y los precios del alquiler se elevaron drásticamente. De mil dólares se había disparado al doble. Mucha gente trabajadora del barrio tuvo que trasladarse a las afueras donde los precios aún eran asequibles a sus posibilidades. Jennifer también estaba pensando en irse a una zona menos convencional. Las modas frívolas le repateaban, pero cerca de su casa aún quedaban lugares y establecimientos en los que se encontraba a gusto, como El Laberinto, un local con cócteles y bebidas de todo tipo, buena música y amena compañía.

Jennifer se arrebujo en el chaquetón, salió del edificio y se subió en su Opel Cabrio blanco para dirigirse a Williamsburg, un agradable barrio de Brooklyn. Llegó a Wythe Avenue y aparcó en las cercanías. El sol apenas comenzaba a despuntar entre los altos edificios, cuando entró en El Mogador, un acogedor café bastante concurrido. Donald estaba sentado en una mesa en la parte del fondo iluminada de luz natural y ornamentada con plantas. Tomaba un sándwich de pollo con curry y una cerveza. Su desayuno predilecto, herencia de su padre, un veterano de la Guerra del Golfo.

—A última hora de la tarde seguí al objetivo tras su coche cuando salió de su galería de arte. Le vi recoger a una joven en la esquina de una zona de dudosa reputación —explicó Donald cuando su jefa se sentó frente a él.

Le mostró una de las fotografías en la pantalla de su cámara. Una chica de veintipocos años, delgada, guapa, rubia, tez pálida y nariz respingona.

—Estuvieron hablando un buen rato en el coche, y luego fueron a un edificio en Manhattan, donde él tiene un lujoso apartamento. Estuve observando la entrada. Luego llegó otra joven.

Donald puso otra fotografía en el visor. Otra joven, unos treinta años, recia, de mediana estatura, pelo largo moreno, nariz prominente.

—Llamó al interfono y le abrieron. Mira —dijo señalando con el dedo índice la imagen—, apretó el botón de la casa de Adams. Al poco salió la acompañante de Adams, y una hora más tarde la otra joven. Un rato después vi que el portero no estaba en su puesto. Me extrañó. Esperé un rato más y salí del coche a comprobar qué pasaba, y justo cuando iba a entrar llegó la mujer del fallecido. En cuanto la vi coger el ascensor, entré. El mostrador estaba vacío. El portero estaba inconsciente tumbado en el suelo en una pequeña dependencia trasera. Subí al piso del apartamento del objetivo, la puerta estaba abierta. La mujer, Sarah Adams, estaba sola frente al cadáver de su marido. Creo que ni siquiera me vio. Estaba de pie con la mirada perdida y el teléfono en la mano.

—Vaya —expresó Jennifer mirándole con sus hermosos ojos grises que traspasaban a su interlocutor—. ¿Viste entrar o salir a alguien mientras esperabas?

—Entraron Adams y su acompañante, luego la otra joven y finalmente su mujer.

—¿Y salir?

—Las dos jóvenes, primero una, luego la otra. Nadie más.

Donald le mostró en el visor de su cámara las fotografías que corroboraban su relato. El joven se puso un chicle en la boca, como si quisiese añadir una pausa a toda la información que acaba de soltar, y masculló entre dientes.

—Feo asunto.

—Espera, tengo una llamada. ¡Hola!

—Soy Mark.

Mark Crowell, un apuesto y atlético inspector de la brigada contra el crimen de la ciudad de

Nueva York.

—¿Qué sucede?

—Tenemos que vernos. Asunto oficial —la voz del inspector sonaba preocupada.

—¿De qué se trata?

—Asesinato.

—¿De quién? —el vello de la joven se erizó, signo de la llegada a su mente de una intuición o, más bien de una sincronía, como ella prefería explicar que su mente supiese algo que su razón aún no había explicado.

—William Adams, un tratante de arte. Te envió la dirección —dijo Mark, y colgó.

Jennifer hizo un mohín con la nariz y frunció sus labios sensuales y bien perfilados. William Adams. El mismo hombre que Donald estaba siguiendo por orden de su mujer.

La joven no creía en las coincidencias. Y aquello era algo más que una coincidencia. Pero nada ni nadie iban a quitarle las ganas de tomar su desayuno tranquilamente. Pidió al amable y sonriente camarero pan recién horneado, huevos benedictinos, zumo de naranja y café.

—Nos vemos en la agencia —le dijo a Donald—. Informa a los demás, y prepara todo el material fotográfico que tengas del caso.

Tras el delicioso desayuno, al salir del local, Jennifer cogió su coche. Cuando una ligera bruma matizaba las aún frías aguas del río y el sol lanzaba sus rayos matutinos, cruzó los casi dos kilómetros del puente de Brooklyn. Aunque el aire era fresco, se veía bastante gente caminando en una u otra dirección del puente, runners, ciclistas y vendedores ambulantes instalando sus cuadros, llaveros y muchos otros recuerdos de la ciudad. Algunos eran turistas madrugadores haciendo fotos y mirando las vistas de la bahía, Manhattan, Brooklyn y a lo lejos la Estatua de la Libertad.

Los edificios despertaban a uno y otro lado de la ciudad. Pero en uno de ellos, alguien no volvería a despertar jamás.

## EL ASESINATO

La relación entre Jennifer y Mark había empezado una mañana cuando ella impartió una ponencia sobre criminología para miembros del cuerpo de policía. Jennifer tenía un especial don para descubrir los entresijos de los casos más allá de las pruebas aparentes y establecer conexiones entre los hechos que pocos podían ver. Aunque a más de uno podía parecerle una habilidad sobrenatural, Jennifer simplemente usaba su mente, su memoria y sus excepcionales conexiones sinápticas y redes de circuitos neuronales, trascendentales para los procesos biológicos que se hallan bajo la percepción y el pensamiento.

Cierto que esa genuina capacidad era algo con que la naturaleza le había dotado, pero ella se ocupaba de mantenerla y mejorarla con sus profundos análisis y reflexiones.

Al acabar la conferencia, él se acercó y le preguntó, con su voz segura y viril, algo insustancial para trabar conversación.

—Mejor será que te conteste tomando algo en la barra de un bar —dijo Jennifer, y él estuvo encantado.

Esa misma noche retozaron entre las sábanas gris marengo de la cama de Mark. Mejor en la primera cita, para qué hacer esperar lo bueno, sino se corría el riesgo de que no sucediera, opinaba Jennifer, cuántas cosas placenteras dejamos para mañana, y ese mañana nunca llega.

Habían pasado tres años y su relación seguía por los mismos derroteros. Compartían casos, cama y conversaciones, algunas de éstas ligadas a su trabajo de asesoramiento para el departamento de policía, y otras previas a sus citas íntimas. En ambas actuaciones, en los casos criminales y en los encuentros sexuales, al acabar ella se levantaba y se iba. Pocas veces se encontraban en casa de Jennifer, pero cuando lo hacían el tácito acuerdo era el mismo, él se vestía y se marchaba. Todo iba bien. Una relación fructífera, placentera y sin ataduras.

Hacía más de un mes que Mark no la llamaba para cuestiones policiales, y cuando se encontraban era para otros menesteres más lúdicos. Una cena a la luz de las velas, un buen vino y la gran cama que Mark tenía en su agradable apartamento con vistas al Hudson.

En Mark todo era grande. Jennifer medía más de un metro setenta centímetros, y aun así Mark le sacaba toda la cabeza. Mediada la treintena, pelo rubio ligeramente rizado, aspecto agradablemente desaliñado, tez curtida y bronceada y ojos azules, grandes y perseverantes, especialmente cuando miraba a Jennifer.

Aunque vivían en Alpine, un exclusivo barrio residencial de Nueva Jersey, los Adams tenían un apartamento junto a la Sexta Avenida en Manhattan. Era una zona cosmopolita que se había revalorizado mucho en los últimos años y un piso en ese barrio sólo se lo podían permitir

personas muy adineradas.

Ante el edificio de piedra gris perla se veían curiosos y periodistas. Los medios de comunicación ya estaban al tanto del luctuoso asunto. Furgonetas, hombres y mujeres jóvenes micrófono en mano ante sus respectivas cámaras se agolpaban en las inmediaciones del toldo verde de entrada a las doce plantas del edificio. Jennifer se acercó conduciendo con cuidado, abriéndose paso hasta llegar a la puerta de entrada custodiada por la policía donde se veía una ambulancia forense. Unos conos rojos y blancos marcaban la zona de la acera y de la calle protegida por la policía. Un autobús amarillo de una escuela precedía al coche de Jennifer y en cuanto pasó por el carril libre frente al edificio, la joven aparcó junto a la acera y una pequeña zona ajardinada al aire libre.

Perry Howard, un joven detective del grupo comandado por Mark, la esperaba mientras comprobaba la dirección hacia donde estaban enfocadas las cámaras de vigilancia del edificio. De mediana estatura, corpulento, pelo corto oscuro, labios finos y cara sonrosada, al bajar la joven del coche, echó un furtivo vistazo a las largas y estupendas piernas de Jennifer y a su escote que, aunque prudente, se adivinaba entre el grueso chaquetón y dejaba ver parte de sus bien moldeados senos.

Cuando Jennifer entró en el lujoso edificio, Mark estaba en el hall dando instrucciones a dos agentes para que hablasen con todos los vecinos del edificio. Vestido con chaqueta de sport y camisa gris, pantalones negros y mocasines cómodos para poder moverse con facilidad en caso de necesidad.

—El edificio tiene cámaras —le indicó Perry cuando se acercaron—. Cuatro, entre la entrada y la recepción.

—Compruébalas —ordenó Mark—. Y tú —se dirigió a Ron, otro de sus colaboradores—, ve también a hablar con los vecinos de los otros apartamentos de la planta doce por si han visto u oído algo.

El detective Ron Speegle, adjunto a Mark, se aproximó. Pelo largo, castaño y nariz prominente, un hombre macizo de voz grave a quien la gente solía escuchar con atención, especialmente cuando movía sus grandes y recias manos.

Mark se acercó a ella y le saludó con una sonrisa seductora.

—Empieza desde el principio, *mon ami* —correspondió con otra sonrisa Jennifer.

La joven había pasado un año aprendiendo francés y haciendo un master en la Universidad de París sobre criminología y análisis de la conducta, y de vez en cuando le gustaba meter algún término en francés con las personas a las que apreciaba y con las que se sentía a gusto. Y Mark era uno de sus preferidos. Guapo, amigo leal y gran amante. ¡Qué más se podía pedir!

Mark miró con admiración el sensual cuerpo embutido en el ajustado suéter, pero reprimió sus instintos sensuales y se limitó a hablar del caso.

—Un asesinato.

—¡Qué novedad! Ni que estuviésemos en Nueva York.

—Me ha llamado el capitán Mael para asignarme el caso y me ha dicho que te incorpore al grupo como consultora.

—Al final acabaré cayéndole bien.

—Me parece que el asunto no va por ahí —contestó Mark—. Ahora lo comprobarás.

Mael y Jennifer tenían diferentes enfoques en cuanto al modo de enfocar los casos y los

trámites reglamentarios. Y de ahí su cierta prevención hacia Jennifer, quien a veces gustaba de coger atajos para evitar farragosos procesos burocráticos.

—Vaya, qué desilusión —chanceó Jennifer.

Mientras hablaban se dirigieron al interior del edificio. El portero estaba siendo asistido por unos sanitarios.

—Por lo que parece ha sido drogado, pero en un rato podrá hablar con cierta coherencia —dijo Perry, refiriéndose a un hombre de mediana edad con una prominente calva, que estaba medio abatido en una silla y con los botones dorados de una chaqueta gris desabotonados.

—¿Avisó él a la policía? —preguntó Jennifer.

—No, fue la mujer del difunto.

La joven recordó el relato de Donald sobre la mujer con el teléfono en la mano y la mirada extraviada.

Los dos cogieron el ascensor y el detective pulsó el botón de la última planta.

—¿Y la víctima?

—Millonario, norteamericano —contestó Mark.

—¿Norteamericano en Norteamérica? —dijo sarcásticamente Jennifer—. Esto se pone interesante.

—Una de cada tres personas que viven en Nueva York no ha nacido en Estados Unidos. Bueno, ¿vas a dejar de interrumpirme?

—Claro, claro, *continue* —dijo la joven dando un toque en el brazo del inspector con su suave y firme mano.

Un breve pasillo bien iluminado con apliques dorados en las paredes y revestido de mármol claro conducía a cuatro lujosos apartamentos. Ante la puerta abierta de uno de ellos se veía a dos policías hablando entre ellos con una cinta amarilla en la mano en donde se veía: escena del crimen, no pasar.

Los miembros de la científica entraban y salían como si estuviesen en la cafetería de la esquina.

—Era un hombre hecho a sí mismo —comentó Mark.

—Un canalla, vaya.

—Un triunfador.

—Vamos, eso.

Nueva York, símbolo internacional y centro de las finanzas, sede del mayor mercado de valores del mundo y centro de grandes negocios en todos los ámbitos incluyendo el arte de vanguardia. Y en esta área, William Adams había sido el rey.

### 3

#### EL SOBRE ROJO

Unas horas antes, Sarah Adams había encontrado a su marido muerto en el salón. La mujer había avisado inmediatamente a la policía y a continuación a Larry Lawrence, el abogado de la familia.

En cuanto la policía llegó al apartamento vio que el cadáver tenía un círculo negro grabado en la frente y un sobre de color rojo en la boca. Una parte del sobre sobresalía lo suficiente para ver escrito un nombre en letras negras estilo oriental: Jennifer Palmer.

La policía llamó a la central, y Mael, el capitán, ordenó al inspector Mark Crowell que se encargase del caso. De todos era conocida la estrecha relación entre Mark y Jennifer. Su colaboración policial había logrado resolver muchos y enrevesados casos, y qué mejor que aprovecharse de esa asociación cuando el propio asesino señalaba a la joven, pensó Mael, aunque muchas veces no coincidiese en los métodos expeditivos de la joven. Corpulento, pelo cortado al ras, de origen afroamericano, Mael llevaba más de veinte años en la brigada y había pasado por todos los puestos hasta llegar a ser capitán. Un hombre decidido aunque prudente, honesto y leal. Alguien con quien contar si las cosas se hacían correctamente, pero implacable cuando se seguían otros derroteros menos lícitos.

El médico forense, el doctor Gardner, un hombrecillo bajo y calvo, de labios gruesos, piel pálida y mejillas enrojecidas, esperaba con su clásica paciencia a que el fotógrafo de la brigada acabase para empezar su trabajo. Cuando el espigado joven de criminalística hubo acabado, Gardner abrió un maletín y se dispuso a preparar el material oportuno. Se puso unos finos guantes y seleccionó con pulcritud experta algunas de sus herramientas.

Los ojos abiertos del cadáver miraban hacia la puerta de entrada del apartamento. Estaba desnudo. Unos sesenta años, uñas cuidadas, pelo negro perfectamente cortado, bien conservado aunque con una cierta tendencia a la obesidad. Un cojín adamascado en tonos cobrizos sobre la zona sexual. El sobre rojo sobresalía de la boca. Gardner lo extrajo cuidadosamente con unas pinzas de la boca del muerto. Luego quitó los almohadones que sujetaban la cabeza, la mantuvo asida por la barbilla y la dejó caer con suavidad hasta que tocó el pecho.

Con una cuchilla cortó con sumo cuidado el borde del sobre. Sacó una hoja de papel doblada en dos del interior. La desplegó, leyó su contenido y se la enseñó a Mark. Inmediatamente el detective llamó a Mael para informarle y luego a Jennifer para que acudiese al lugar de los hechos.

Dos horas después, Jennifer estaba en la dependencia y con detenimiento miraba a su alrededor. Gran salón de techos altos, suelos de madera rojiza, chimenea eléctrica en la pared del

fondo, amplios ventanales con magníficas vistas a los grandes rascacielos de Nueva York, dos dormitorios con baño anexo y una pieza que hacía las veces de despacho y de sala de reuniones más íntima.

El grupo de la científica seguía el procedimiento habitual y realizaba concienzudamente el trabajo de criminalística de campo para proteger el lugar de los hechos y obtener el máximo de información que llevar al laboratorio. Habían estudiado el lugar palmo a palmo, y más en un caso de la relevancia del asesinato de un hombre tan conocido e influyente. Comenzaron desde la entrada principal, de la periferia al centro, como correspondía a un escenario cerrado. Luego focalizaron la atención en las paredes, suelos, muebles y en ese momento estaban estudiando el techo.

Muy profesional, pensó Jennifer, viendo el trabajo que hacían. Calculó que en poco rato habrían acabado, y se movió por el salón tratando de no importunarles.

Mark recibió una llamada.

—El capitán Mael —indicó con el dedo índice, y se alejó.

Jennifer entró en el dormitorio. Las sábanas de la cama estaban revueltas. Las gruesas cortinas impedían que la luz entrase, y las lámparas apenas iluminaban lo suficiente para no tropezar. Descorrió las cortinas y dejó que los rayos del sol entrasen en la habitación.

Empujó la puerta del tocador, productos de belleza, cremas, maquillaje... Todo parecía normal, un cajón ligeramente abierto, el interior algo desordenado, restos de cosméticos en el mármol blanco de la encimera del lavabo, una toalla sin usar perfectamente doblada y los utensilios de aseo habituales. Abrió la puerta corrediza de cristal de la ducha, algunas gotas de agua en las paredes y el suelo, suaves esponjas de algodón natural, gel de ducha con agentes nacarantes, aceites esenciales y jabón de alepo.

—¿Alguien ha tocado algo en el dormitorio o en el baño? —preguntó Jennifer a uno de los agentes.

—Ha entrado criminalística y ha tomado fotos, muestras y huellas.

Jennifer pidió a uno de los agentes de criminalística la lista de las muestras que habían recogido para analizar. Tras examinarla, sonrió satisfecha viendo la escrupulosidad del trabajo. La joven era muy minuciosa; no le gustaba dejar nada al azar. Sabía que muchas veces los detalles aparentemente insignificantes eran la clave para resolver más de un escabroso crimen. Ella absorbía toda la información, todos los detalles y los iba procesando, macerando, hasta que se hacía la luz en su mente.

Cuando Jennifer regresó al salón, Gardner, el jefe de criminalística cerró su maletín.

—Mañana por la tarde tendré el informe completo.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Mark.

—Siempre tan apresurado, inspector —Gardner hizo un gesto de impaciencia meneando la cabeza—. Teniendo en cuenta que durante las primeras horas desde la muerte la temperatura del cuerpo disminuye entre 0,8 y un grado por hora en condiciones normales de temperatura y humedad ambiente, y su temperatura corporal actual es de algo más de treinta y un grados, el momento del óbito habrá sido hace unas cinco o seis horas. Lo que es seguro es que no lleva muerto más allá de siete horas.

—Podéis retirar el cadáver —indicó Mark a la policía científica para que Gardner pudiese llevárselo al laboratorio forense.

El detective le pasó a Jennifer un plástico transparente con un folio negro dentro.

—Lee.

Jennifer cogió el papel que estaba protegido por el plástico translúcido.

*Esto es sólo el principio de los Desafíos del Hombre. Espero que estés a la altura de tu fama, Jennifer Palmer, porque vas a investigar tu propia muerte. D.H.*

La carta estaba escrita con una elegante caligrafía de color rojo, al igual que la letra negra del sobre rojo.

—Un perturbado más —dijo Jennifer, devolviéndole la funda transparente.

—No lo creo, se ha tomado muchas molestias. Y ya sabes que el portero fue drogado.

Esto ahora sí captó la atención de Jennifer.

—¿Cómo lo han hecho?

—Alguien le dejó una botella de coñac con una nota. Que decía: “Con retraso. Feliz Navidad”.

—Por lo poco que falta en la botella, bebió un solo trago y cayó redondo —intervino Gardner.

—Hablemos con él —dijo la joven.

—Unos cuantos cafés le habrán despejado lo suficiente —convino el detective.

Bajaron a la planta baja. Desde el interior se veía el pequeño jardín que antecedió a la entrada y el trasiego de los medios de comunicación y los curiosos. La agitación se intensificó cuando criminalística sacó en cadáver bien envuelto en una gruesa funda de plástico gris. Como las abejas a su panal, se acercaron a curiosear y a sacar las oportunas fotos de los sanitarios empujando la carretilla y subiendo el cuerpo al furgón de la morgue.

Perry apareció después de visionar las grabaciones de las cámaras.

—Durante varias horas se ve lo mismo —dijo el detective al tiempo que se pasaba la mano por su pelo cortado al cepillo. Le gustaba sentir el tacto de las puntas hiniestas del cabello sobre la piel de la palma—. Pantalla fija. Las imágenes de la trayectoria que pudo seguir el asesino no han quedado registradas. Todo el tiempo se ve la misma escena sin ningún movimiento. Aunque poco después las cámaras volvieron a activarse.

—Las cámaras de seguridad han sido pinchadas —intervino Mark.

—Las cámaras estuvieron intervenidas por control remoto, pero cuando de nuevo se activan aparece un hombre —indicó Perry.

—¡Veamos! —expresó Mark—. Igual no han sido tan listos como creían.

Fueron hasta el mostrador donde se encontraban tres pantallas. En las imágenes se veía a un hombre que llevaba una gorra con una amplia visera que impedía que las cámaras le pudiesen identificar. Parecía obvio que sabía dónde estaban colocadas y en ningún momento alzó la cara. Jennifer enseguida reconoció a Donald, pero no dijo nada.

—De cualquier forma, estas imágenes le descartan como sospechoso, ya que no entró en el apartamento —opinó Mark mientras retrocedía la grabación de la pantalla central y señalaba la escena—. Llega a la puerta abierta del apartamento; desde la entrada tuvo que ver el cadáver y a la señora Adams y, sin entrar, da media vuelta y se marcha por donde había venido.

A no ser que no fuese Donald y fuese el asesino, que hubiese dejado algún cabo suelto y regresase a solventarlo, pensó Jennifer, pero guardó silencio.

El portero estaba sentado en una silla junto al mostrador de recepción embutido en una camisa blanca que parecía una talla más pequeña de la que realmente necesitaba, especialmente en la zona de la barriga. Los sanitarios le habían desabrochado la chaqueta gris y desabotonado los primeros ojales de la camisa y tenía las mangas subidas. Su aspecto aturdido no era muy esperanzador. Un ayudante del doctor Gardner acababa de tomarle una muestra de sangre y le había hecho la prueba de alcoholemia y de drogas, y se disponían a trasladarlo a la ambulancia.

Mark se acercó.

—¿Ha bebido de esta botella de coñac estando de guardia nocturna?

—Uno de los inquilinos —farfulló el hombre—, del apartamento número cinco, suele regalarme una botella de coñac en las fiestas navideñas, pero este año no lo había hecho. Esta tarde, entré un momento en la dependencia interior, al salir la encontré en el mostrador en una caja envuelta en papel de regalo y con una tarjeta dirigida a mí.

—Ya —dijo Perry, incisivo y áspero, sin andarse por las ramas—. Celebrando las navidades con retraso. Esto te puede salir caro.

—Mi mujer cree que ya no bebo. Fue su condición para no separarse de mí —el hombre abrió desmesuradamente los ojos, parecía más preocupado por si su mujer se enteraba de que había bebido que por el asesinato de uno de los vecinos del inmueble—, pero de vez en cuando en el turno de noche tomo un trago. Por la mañana me voy a dormir, con lo que nadie lo nota.

—¿Algún suceso inusual en los últimos días? —preguntó Mark.

—No..., lo habitual.

—¿Algún nuevo inquilino?

—En esta comunidad los inquilinos no suelen mudarse con facilidad... —dudó el hombre.

—¿Sí?

—Salvo cuando fallece uno y rápidamente otro ocupa su apartamento. Es un edificio muy solicitado —de pronto el hombre se quedó absorto—. ¿No creerán que le han matado para ocupar su apartamento?

—¿Qué empresa de seguridad controla las cámaras y alarmas? —indagó Jennifer sin responder a la insensatez de la pregunta.

El hombre giró la cabeza para mirarla. Poco a poco su visión borrosa se había ido esclareciendo, lo que le permitió ver la belleza de la joven, y se pasó el dorso de la mano por sus labios resecos.

—Hemos cambiado hace poco de empresa, y la semana pasada vinieron unos técnicos a instalar unas mejoras en el sistema de seguridad.

—¿Estaban autorizados?

—Sí, me mostraron la orden de trabajo y la hoja de pedido firmada por el administrador del edificio. Además, le llamé y lo confirmé.

—Lo comprobaremos —dijo Mark—. ¿Qué empresa es?

—Una empresa de seguridad, la Security Companies. Nos ofreció un servicio global. Es una empresa seria.

—Mi compañero le tomará declaración —le indicó Mark, y le dijo a Perry que se quedase mientras él iba a ver a la señora Adams a su casa en Alpine.

Tras la llegada de la policía, llegó Mark con la brigada criminalística y, tras tomar una

primera declaración y unas muestras a la mujer del fallecido, la había dejado ir a descansar.

Mark se alejó con Jennifer hacia la salida.

—Bonita trampa —comentó la joven—. Han pasado casi dos meses desde las navidades, pero era su bebida favorita, y no pensó desaprovechar la ocasión. Es un hecho a tener en cuenta.

—Vamos a ver a la mujer.

—¿Alguna novedad? —preguntó Jennifer a Ron, que estaba tomando notas en la entrada del edificio después de hablar con los vecinos.

—Nada especial. Nadie ha oído ni visto nada, salvo uno de su mismo rellano que dice haber oído la voz de una mujer en tono insolente. De todas formas es un edificio peculiar. Cada uno está en lo suyo.

Como en todas partes, se le pasó por la cabeza a Jennifer. Aunque hubiesen oído sesenta disparos, lo más que hubiesen hecho era subir el volumen de su televisor panorámico o la intensidad de las burbujas de su jacuzzi. Aquello era Nueva York.

—Al parecer ningún vecino entró o salió del edificio después de las diez de la noche —dijo Ron, mientras consultaba su libreta con las anotaciones que había ido haciendo del caso después de hablar con los residentes—. Ah, hemos contactado con el inquilino del apartamento número cinco, lleva varios días de viaje y asegura que él no le ha regalado nada al portero.

## LOS HECHOS

Aunque ya se habían llevado el cadáver, la calle seguía atestada de reporteros y transeúntes entremetidos. Al verles salir, los reporteros se abalanzaron sobre la cinta de protección del perímetro de la policía. Subieron al coche de Mark y arrancaron sin hacer caso a las peticiones de declaraciones de los periodistas.

Conforme la mañana había ido transcurriendo, el interés por lo sucedido había aumentado y cada vez más medios de comunicación, vecinos y curiosos se habían ido agolpando en las inmediaciones.

—Quien le drogó conocía bien sus gustos —dijo el inspector, refiriéndose al portero.

—No sólo eso, también conocía sus debilidades —aseguró Jennifer.

—Todo esto me preocupa, Jenni.

La joven sonrió al oír la forma diminutiva de llamarla, cosa que sólo hacía cuando estaban haciendo el amor.

—Ni caso. Si algo quiere, aquí me tiene. No será la primera vez que un desequilibrado intenta algo contra mí.

—Algo en este asunto no me gusta.

—¿El qué?

—No estoy seguro. Bueno, quizá sea intuición.

—¿Tú, intuitivo? Eres la persona más pragmática que conozco. La intuición déjala para los programas de televisión de cartas de Tarot. Los hechos, Mark, los hechos.

Mark conocía a las personas y se conocía a sí mismo. Un hombre seguro, pero no tanto como lo estaba Jennifer de sí misma, y de lo que los demás podían ofrecer. Mark era un hombre realista. Jennifer era la realidad misma. Esto es lo que hay, esto es lo que es; aunque a veces estuviese oculto bajo capas de apariencias y de datos aún no procesados por su mente analítica.

—Muy bien, vayamos a los hechos —decidió Mark—. ¿Cómo sabía el asesino que el portero iba a beber? ¿Y qué iba a quedar inconsciente en la garita y no en el mostrador a la vista de cualquiera que entrase o saliese?

—Todo eso lo sabremos en cuanto metamos la nariz más a fondo. ¿No crees? De todas formas, este hombre ha tenido suerte.

—¿Suerte? —se sorprendió Mark.

—Si no hubiese bebido de la botella, es posible que ahora estuviese gravemente herido o

muerto. Es probable que el asesino tuviese un plan alternativo por si fallaba el primero.

—Quizá tengas razón —reflexionó el inspector.

—Seguramente hubiesen sido más expeditivos.

—También puede que me esté comportando como un idiota al tomarme este asunto de forma personal —dijo Mark, pero su voz no sonaba muy convincente.

—Hay gente que no tiene otra cosa mejor que hacer, pero no olvides que yo no soy un tipo cualquiera al que se le puede coger desprevenido —aseguró Jennifer.

—Lo sé, lo sé. Pero se ha tomado muchas molestias. Además, hay otro detalle —indicó el inspector—. Le cortaron el pene.

—Un pequeño detalle.

—No sé si pequeño o grande, porque no ha aparecido.

—Habrá que preguntarle a la mujer, a la amante o a alguna mujer relacionada con él.

—¿El tamaño? —aprovechó Mark para bromear.

—No, hombre. La castración o cortar el pene suele ser asunto de mujeres.

—No creo que la mujer sea la asesina —dijo el inspector—. Tiene una buena coartada y no parece el perfil.

—Pocas veces lo parecen a primera vista. Por cierto, si fue ella la que lo encontró, ¿dónde está?

—La envié a su casa con Larry Lawrence, su abogado. Son ricos y tienen varias casas. Ha ido a la casa principal, una residencia en Alpine.

Mark era un coleccionista de éxitos policiales. Jennifer coleccionaba éxitos cada día en todo lo que hacía. Vivía cada momento con fruición, y hacía tiempo que no estaba inmersa en un crimen socialmente tan relevante. Debía reconocer que le excitaba evaluar los hechos, seguir las pistas y coger a los criminales, y más en este caso en el que el propio criminal la provocaba a participar. Y ella aceptaba gustosamente la invitación.

—Este hombre hasta hace pocos años ha sido atractivo y egocéntrico; por tanto un buen candidato, fácil víctima de una mujer joven y bella que le hiciese creer que le gustaba por su físico, por su forma de ser o por lo que fuese, y no por su dinero o su status social. Una chica joven y guapa, un local oscuro, una mirada, unas palabras adecuadas... —dijo Jennifer, y sonrió picaronamente.

—¿Especulas? —preguntó, extrañado, Mark, que sabía que no era dada a divagaciones.

—¿Apuestas a que hay una chica por medio?

—¿Contra ti? Ni de broma. Bueno, sí. El que pierda hace la cena en su casa.

—O sea, como siempre, en tu casa.

—¿Cómo sabes todo eso de la víctima?

—Le seguíamos.

—¡¿Qué?! —exclamó Mark girándose y mirándola con sus grandes ojos azules aún más grandes que de costumbre.

—El hombre de la gorra que grabaron las cámaras es Donald, uno de mis colaboradores.

—¡Cierto! —cayó Mark—. No le había reconocido con la gorra.

—Claro, por eso la lleva. Le seguíamos por encargo de su mujer.

—¿Por qué motivo?

—Al parecer, estaba preocupada por él.

—Y, por lo que parece, con razón.

Se dirigieron hacia Nueva Jersey. Pasaron cerca de Chinatown, uno de los barrios más grandes de Manhattan. Había mucho ajeteo. Era febrero y se estaba celebrando la fiesta de la primavera, el año nuevo chino. El desfile y el jolgorio recorrían las principales calles de Lower Manhattan y Chinatown, las calles Canal, Chatham Square, East Broadway, Forsyth y Grand hasta desembocar en el Lower East Side, en el parque Sara Roosevelt.

Marchaban las carrozas, los acróbatas, músicos y bailarines con cabezas de leones y dragones danzando rodeados de timbales, fuegos artificiales y petardos para ahuyentar a los malos espíritus y a Nian, la bestia que habita bajo el mar y que sólo sale para atacar a la gente.

—Bonita manera de empezar el año nuevo chino —dijo Mark.

—No creo que a ese hombre le importase mucho el año nuevo chino —expuso Jennifer.

—Seguro que si hubiese podido elegir estaría disfrazado de lo que fuese y andaría recorriendo las calles de Chinatown.

—Ya, pero no puede elegir. Está muerto.

—El alcalde ha llamado al capitán Mael —el detective cambió de tema y de tono de voz, ahora más circunspecto—. William Adams era su amigo y benefactor de su campaña política. Su muerte, y sobre todo la forma, es una afrenta personal para él.

—Las noticias vuelan.

—Especialmente las malas —aseguró Mark—. En cuanto Mael ha sabido que en el sobre estaba tu nombre ha querido que vinieras. Disponemos de todos los medios posibles, y también de muy poco tiempo para resolverlo.

—Claro —ironizó Jennifer—, qué pensarían sus otros benefactores si no se resolviesen sus asesinatos con rapidez.

—Es un asunto públicamente relevante —insistió Mark e hizo un gesto de forzada exasperación—. Hay que coger lo antes posible al que lo hizo. Además, todo esto parece una encerrona, y cada vez me gusta menos.

## LAS LEYES NATURALES

Los cinco distritos de la ciudad, Bronx, Brooklyn, Manhattan, Queens, Staten Island, y sus trescientos barrios, hacían de Nueva York una de las tres ciudades más grandes del mundo, y sus atascos, especialmente en las horas punta y en las zonas céntricas eran apoteósicos.

Mark accionó la luz azul como distintivo de la policía y avanzó con más rapidez entre el tráfico. Pronto dejaron la autopista y en poco tiempo llegaron al barrio residencial de Alpine a orillas del Hudson.

Cogieron la avenida Anderson en busca de la mansión de los Adams. Alpine era un pequeño barrio situado en Nueva Jersey a treinta kilómetros de Manhattan. Las lujosas mansiones, cuyo valor promedio superaba los cuatro millones de dólares, tenían espaciosos terrenos con grandes árboles y cuidado césped junto a piscinas de aguas cristalinas.

Fueron pasando junto a las mansiones de personajes famosos: Eddie Murphy, Britney Spears, Chris Rock o Sean John Combs. La larga calle que conducía a la residencia de William Adams estaba salpicada de casas de lujo. Barrio de gente rica, muy rica.

—Nunca he comprendido cómo alguien puede vivir en un sitio así —aseguró Jennifer.

—¿No te gustaría vivir en una gran casa con servicio, seguridad, jardinero, cocinero y hasta mayordomo?

—Ni de broma. ¿Y la intimidad? Es lo que más aprecio en la vida; bueno, entre otras cosas —dijo con una sonrisa pícara—. Aislada en una jaula de cristal y sin intimidad. No, gracias.

—Pues entonces será mejor que no sigas resolviendo más casos de escabrosos asesinatos, sino los paparazzi no te dejarán en paz y no podremos vernos en la intimidad sin que nos persigan a todas partes —chanceó Mark devolviéndole la sonrisa.

Mark paró el coche ante la entrada que daba paso al camino privado que conducía a la mansión. Bajó la ventanilla, y pulsó el botón. En cuanto oyó una voz neutra por el altavoz se identificó. Al instante, las dos gruesas hojas de la puerta de madera y acero de la entrada se abrieron, y el vehículo entró lentamente por un bello jardín de álamos rodeados de exquisitas flores.

Aparcaron en la rotonda adornada con una gran fuente de piedra blanca frente a la puerta principal. Comenzaba a refrescar. Mientras caminaban hacia la amplia la escalera que conducía a la villa, Jennifer se encerró hasta la barbilla en su grueso chaquetón de lana. Unas estatuas estilo griego clásico les acompañaron a ambos lados de la escalinata. Los anchos peldaños daban acceso a una doble puerta que se abría a un recibidor decorado con dudoso gusto, suelos de

mármol adamascado, grandes lámparas de cristal, cortinas doradas con bordados y pliegues.

Una mujer rubia de mediana edad, impecablemente vestida con una chaqueta y falda gris, les recibió y se identificó como Juliette Parker, la secretaria personal de la señora Adams.

—Llevo la agenda de la señora Adams, sus reuniones sociales y tertulias benéficas — explicó la mujer con sobriedad y un marcado acento eslavo.

Justo enfrente de la entrada, una curvilínea escalera conducía al piso superior donde estaban los dormitorios. La mujer les condujo a un salón con grandes ventanales en la planta baja. Los tonos blancos y dorados se mezclaban con los adornos de las tallas para dar la sensación de espacio y lujo, pero a Jennifer le pareció simplemente un exceso innecesario. Ella era más dada a la sobriedad, la comodidad y el utilitarismo.

El doctor Morris, el médico que solía atender a la familia, les recibió. Era un hombre de tez muy pálida, alto, estirado, extremadamente delgado, de pelo cano cortado al uno.

—Le he dado un tranquilizante —dijo el hombre acercándose a ellos con gestos y tono de voz como si estuviese en una iglesia—. Hablen con ella, pero no la agoten.

Sarah Adams estaba en una salita anexa recostada en un sofá de cuero blanco con la mirada perdida. Jennifer vio que la viuda rondaría los cuarenta años, buena figura, bien parecida. Estaba descompuesta. Era evidente que no se había cambiado de ropa. Su vestido de una pieza color beige de una conocida marca de alta costura de escote cuadrado y manga corta, le daba un aspecto de elegante prosperidad. Un collar de pequeños diamantes adornaba su cuello. Su mirada horrorizada antecedía a lo que había visto. Al llegar al apartamento se había encontrado el cuerpo de su marido sentado en un sillón estilo orejero, rodeado de elegantes cojines estilo turco para que se mantuviera erguido, y sus ojos sin vida parecían seguirle desde el momento en que entró en el salón.

Junto a ella estaba sentado un hombre elegantemente trajeado. Se levantó con parsimonia, y se presentó mirando desenvueltamente a Jennifer.

—Larry Lawrence, abogado y amigo de la familia.

Alto, atlético, pelo castaño, ojos verdes y amplia sonrisa con hoyuelos, el abogado era un atractivo hombre de unos cuarenta y cinco años.

Mark le dio la mano y a su vez presentó a su acompañante.

La mujer había contratado los servicios de Solution Channel a través de Juliette, su secretaria personal, y nunca se había encontrado con Jennifer. Su única relación había sido a través de su firma en los jugosos cheques que había hecho llegar a la agencia. Los dos se sentaron en unas butacas frente al sofá donde estaba la viuda, y el abogado se situó de pie detrás de ella. Mark le expresó sus condolencias.

—¿Por qué fue usted al apartamento de Manhattan a unas horas tan intempestivas?

—Cuando regresé aquí tras una gala benéfica, recibí un mensaje de texto de mi marido en el teléfono móvil diciéndome que acudiese al apartamento.

—¿Dónde se celebró la gala? —preguntó sin muchos miramientos Jennifer.

—En la terraza del hotel Hudson.

La planta 24ª del hotel Hudson ofrecía en su terraza cubierta un amplio y lujoso espacio para eventos selectos con espectaculares vistas a la gran ciudad y al río Hudson donde se solía juntar lo más granado de la alcurnia neoyorquina.

—¿No le extrañó el mensaje de su marido? —indagó Mark.

—Sí —dudó la mujer—. Habíamos quedado en vernos aquí, pero no era algo inusual. William a veces era impulsivo y cambiaba de opinión sin aparente motivo. De todas formas le llamé, pero no contestó.

—William muchas veces se quedaba en el apartamento para estar más cerca de la sede de la empresa —intervino el abogado.

Mark asintió.

—Quizás entonces ya estaba muerto —musitó la mujer.

Unas livianas sombras debajo de los ojos indicaban que la mujer no debía haber descansado desde el hallazgo del cadáver de su marido.

—¿Qué edad tenía su marido? —intervino Jennifer.

—Sesenta y cinco años.

—Y si me lo permite —preguntó la joven—, ¿cuántos tiene usted?

—No sé qué relevancia puede tener mi edad o la suya, pero tengo cuarenta y dos.

—¿Ha echado en falta algo en el apartamento? —preguntó Mark cambiando de tema.

—¿Un robo? No, de ninguna manera —se escandalizó la mujer.

Era como si dijese: ¿Es que no ha visto la forma en que lo han matado?

La posición del cadáver sentado en el sillón y el sobre en la boca eran indicios de que no se trataba de un asesinato casual o de un robo común, y Sarah Adams parecía una mujer inteligente y daba por hecho que no se trataba de un robo.

—A veces, los criminales se llevan algo —justificó el inspector.

—A simple vista no me pareció que faltase nada —dijo la mujer con acritud—. Pero no creo que en esos momentos pudiese darme cuenta de muchas cosas. Puedo volver al apartamento y revisar todo con más detenimiento.

—Por favor, hágalo —pidió Mark.

Jennifer pensó en el pene, pero se abstuvo de comentario alguno. Algo sí se había llevado, aunque quizá la mujer aún no estaba al tanto del escabroso hecho.

—Imagino que adoptaría el apellido de su marido al casarse con él.

—Así es, él lo quiso, y no vi por qué no.

—¿Cuál es su nombre de soltera? —siguió Mark con las preguntas.

—Smith. Sarah Smith.

—¿Recibió alguna vez anónimos?

—No, que yo sepa. Tal vez en la compañía puedan saber algo más. Pero no creo, me lo hubiese dicho.

La compañía de William Adams era una importante empresa de compra y venta de arte moderno. Estaba situada en un antiguo edificio magníficamente conservado y rehabilitado en Manhattan, junto a la avenida Madison. En él se organizaban exposiciones de artistas de vanguardia y subastas muy lucrativas.

—¿Tenía enemigos?

—En el mundo de los negocios, quién no los tiene —contestó Larry Lawrence con cierto aire de indolencia.

—¿Hijos?

—Soy veinte años más joven, y William no quiere... quería tener hijos —la mujer hizo una pausa—. Su trabajo era su obsesión. De todas formas, ahora ya es tarde.

—¿Y familia cercana?

—Una sobrina. Pero su relación se fue enfriando con el tiempo. Apenas se veían.

—¿Y usted, tiene familia?

—Soy hija única. Mis padres murieron hace años.

—¿Mantenían buena comunicación?

—Claro, era mi marido.

Jennifer sabía que con el tiempo eso de ser el marido precisamente solía convertirse en un muro y más si había una cierta diferencia de edad. Sobre todo en esos casos, la comunicación iba disminuyendo hasta desaparecer. Entonces aparecían otras emociones menos gratas.

—¿Cómo se conocieron? —intervino de nuevo Jennifer, que había permanecido callada un rato observando a la mujer y al abogado.

—Fui su secretaria de dirección.

—¿Desde cuándo?

—Hace unos cinco años nos casamos.

—¿Y cuándo entró a trabajar para él?

—Un año antes.

—Amor a primera vista, ¿no?

—Amor, simplemente —contestó con dignidad la mujer.

—Si necesitan cualquier otra cosa pueden contactar conmigo directamente —dijo Lawrence como indicativo que la conversación había concluido, y puso suavemente la mano en el hombro de Sarah Adams dándole a entender que ya había hecho más que suficiente en esas dramáticas circunstancias.

Se acercó a ellos y les dio su tarjeta personal dando por cerrada la entrevista.

—Nos gustaría pasar por el despacho del señor Adams por si hubiese algo relevante, algún cliente insatisfecho o cualquier otro indicio.

—Pueden ir cuando quieran —confirmó el abogado—. Avísenme. Haré que Abigail Jonhson, persona de confianza de William, les atienda.

Lawrence les acompañó a la salida. El hombre caminaba con seguridad hacia la puerta. Estaba en su salsa en esa difícil situación para la viuda, pero él era el encargado de muchos de los asuntos de Adams y más, sin duda, tras su fallecimiento, y conocía bien su trabajo y sus responsabilidades y se notaba que adoptaba con orgullo el papel que le correspondía.

—Una cosa más, William Adams me llamó aproximadamente a la hora en que envió el mensaje a su mujer para que acudiese al apartamento.

—¿Ah, sí? —inquirió Mark—. ¿Y qué quería?

—Simplemente me citó para vernos al día siguiente en su despacho. Aunque no me dijo de qué se trataba.

—¿Era algo normal?

—Sí, solía hacerlo con frecuencia, y su voz esta vez tampoco indicaba nada extraño.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el detective viendo que el abogado parecía no haber terminado de hablar.

—La señora Adams desea saber cuándo podrá disponer del cuerpo de su marido.

—Estamos en ello —contestó Mark—. No tardará mucho.

—Usted comprenderá que los preparativos del entierro de un hombre de la posición de señor Adams conlleva un complejo proceso de programación —dijo Lawrence dirigiéndose a Mark, y no quiso dejar pasar la ocasión de que el detective viese la relevancia del personaje—. Hay muchas personas, incluyendo al alcalde y muchos altos cargos políticos, que deben incluirlo en su agenda.

Cuando salieron de la finca, el día empezaba a declinar. El aire era frío. En cuanto subieron al coche, Mark accionó la calefacción.

—Está demostrado que a los cuatro años de convivencia —explicó Jennifer—, o incluso antes, la pareja se desgasta de tal forma que los procesos químicos del cerebro ya están generando sustancias para que busque otra persona con la que compartir la necesidad espontánea de amor apasionado.

—Hay excepciones.

—Sí, puede ser que algunas personas tengan desarreglos en la generación de esos químicos y hormonas, y no sean capaces de sentir esa llamada de la evolución.

—Así como lo dices, parece una anomalía evolutiva, pero también la monogamia podría formar parte de la evolución.

—La monogamia no forma parte común de la evolución, *mon cher* Mark. Sin esa respuesta hormonal que incita a las relaciones sexuales no habría evolución. La monogamia en la naturaleza es algo escaso, unas cuantas aves y nada más.

—Y los humanos —insistió Mark, a quien estos planteamientos innovadores para él de Jennifer no solían encajarle demasiado bien.

—Eso queremos creer, pero la realidad biológica insiste en que no. Lo natural no es la monogamia.

—Pero somos seres racionales, capaces de entender que la infidelidad puede ser causa de sufrimiento para la otra persona, y eso también lo podríamos considerar evolución.

—Ese sufrimiento surge a causa de una hipócrita forma de entender las relaciones desde la posesión y el control. Más sufrimiento causa no seguir las leyes naturales.

—Lo que dices suena inquietante —reconoció Mark, pasándose la mano por su densa mata de pelo.

—Por eso hay que relacionarse de forma que no surja el amor sino la pasión. El amor acaba matando la pasión, y muerta la pasión muere el amor, y no queda nada más que rutina, resentimiento y, en algunos casos, asesinato. No, Mark, no queramos eso para nadie y menos para uno mismo.

## 6

### LA CÚSPIDE DE LA EVOLUCIÓN

Había anochecido cuando Mark condujo hasta South Street Seaport, donde estaba su apartamento, dispuesto a pagar la apuesta que había perdido con su hermosa acompañante.

Colores sobrios, negros, grises y marrones dominaban la decoración. Suelo de madera oscura, estanterías y muebles negros, iluminación tenue e indirecta. Mientras seguían la conversación en el interior del confortable y amplio apartamento, Mark preparó una ensalada de mariscos y frutas frescas. Un centollo, un par de ostras, langostinos y almejas, una endibia, un kiwi y una manzana troceada, un poco de aceite de oliva y salsa tártara. Una comida fría y ligera apropiada como prolegómeno al encuentro sexual.

En un instante, la mesa estaba perfectamente montada. Un mantel de suave tela burdeos, platos y copas, esperaban la fuente con los manjares y la botella de vino tinto que Mark estaba escanciando. El detective era un auténtico sibarita. Exquisito gusto en la comida, el vino y las mujeres.

Sirvió dos copas del excelente vino y se sentaron a la mesa con ganas de comer y pasar a la segunda parte de la velada en la amplia cama de Mark, que se adivinaba desde la espaciosa sala de estar.

—No comemos sólo para alimentarnos, ni practicamos sexo sólo para reproducirnos —opinó Jennifer sirviéndose una generosa medida del líquido cárdeno.

La joven se levantó con la copa en la mano, y se acercó al ventanal. Al débil destello de las estrellas, empequeñecidas por las incontables luces de la ciudad, Jennifer contempló las impresionantes vistas del río Hudson que reflejaba en sus aguas oscuras los puntitos titilantes de los rascacielos.

—En ambos casos —prosiguió sin dejar de admirar la panorámica—, es una minoría quienes tienen esos motivos. Si sólo comiésemos para alimentarnos, comeríamos sin ningún asco cualquier porquería, incluso lo que comen las ratas nos valdría; y si cada vez que copulamos fuese para reproducirnos, no cabríamos en el mundo, aunque a este paso pronto tampoco cabremos.

—Siempre nos quedará Marte —dijo absurdamente Mark, acercándose y besándola para que dejase de hablar.

La abrazó y de la mano fueron al dormitorio. El detective dejó a Jennifer sobre la cama y durante un instante la observó con deleite allí tumbada anhelante a la espera de que él estuviese sobre ella. Cerró la puerta y encendió una discreta luz. Entonces sí, se acercó como un depredador en busca de su presa. La desnudó poco a poco mientras sus labios buscaban con pasión sus pechos palpitantes.

Sus dedos pellizcaron suavemente los pezones. Jennifer gemía tenuemente; luego él cogió el pecho con la mano y lo acercó a sus labios. Mordía con delicadeza a uno y otro lado, y luego lamía el pezón. Así un pecho, después el otro. Se puso sobre ella y la penetró. Subió su boca hasta el cuello y el lóbulo de la oreja. Jennifer suspiraba al compás de la invasión del pene de Mark en su vagina.

—¡Oh, Jenni! —gimió Mark.

—Fantástico —corroboró ella entre suspiros.

Con Mark podía estar horas y más horas haciendo el amor. Era un experto en tener orgasmos sin eyacular, o al menos eyacular muy poco y hacia dentro, pero la sensación era igual a eyacular total y físicamente, y eso a Jennifer la enardecía.

Sus labios frescos y suaves. Besos lentos, apasionados. Jennifer se estremecía en cada poro de su piel.

Mark se movía sobre ella al vaivén de una suave y profunda penetración. Jennifer subió las piernas y cruzó sus pies por detrás de su amante. En esa postura ella dirigía los movimientos de vaivén, acelerándolos o ralentizándolos según su deseo, y así acariciaba su poderoso cuerpo centímetro a centímetro. La joven cogió la almohada y se la puso debajo de los riñones para facilitar la penetración aún más profunda del pene y excitar la parte anterior de la vagina.

Un orgasmo tras otro, una postura tras otra.

Cuando tras dos horas de placer ininterrumpido, sudorosos, se miraron satisfechos, Mark se levantó de la cama y trajo de la mesa las dos copas de vino.

—¿Sabes lo que nos diferencia fundamentalmente a las mujeres de las hembras chimpancé? —preguntó Jennifer.

—Alguna grosería machista se te habrá ocurrido.

—La actividad sexual.

—¿No follan las monas? —preguntó Mark con fingida cara de sorpresa.

—Como la mayoría de los animales se ciñen a su ciclo reproductivo. Y fuera de ese ciclo ni las hembras ni los machos tienen deseos de copular.

—Ahí estoy de acuerdo —aseguró Mark con una amplia sonrisa—. Yo siempre tengo deseos de copular contigo. Así que eso quiere decir que estoy más evolucionado que los monos.

—Y que los gorilas —aseguró Jennifer, cogiéndole el pene con la mano, lo cual excitó enseguida de nuevo a Mark—. Nosotras tenemos una sexualidad derrochadora, que no conoce más límites que el deseo por el deseo, lo que hace que sea una acción reproductivamente estéril. Las mujeres hemos vencido a la naturaleza.

—Lo que no se te ocurra a ti —dijo Mark acercándola de nuevo hacia él por la cintura con deseos de continuar el encuentro sexual, pero ella le apartó suavemente con la mano.

El brillo irónico en los ojos de la joven hizo pensar a Mark que la cosa no había acabado ahí y que aún quedaba más de una declaración de intenciones maliciosa pero, sin duda, bien planteada y justificada.

—Las mujeres independientes somos la cúspide de la evolución.

—Vaya, has pasado del machismo al feminismo extremo en un periquete —el detective cruzó los brazos a la espera de que continuara.

—¡No seas retrógrado! Escucha. En general, los humanos se parecen más a los pájaros en sus

comportamientos que a los chimpancés. Las aves forman parejas estables que se juntan para criar a los polluelos y se concentran en determinados lugares con otras muchas parejas.

Mark, de nuevo preparado para reanudar la actividad sexual, acariciaba las piernas de su amante, escuchando a medias lo que decía, excitado por el tacto de su tersa piel y la rotundidad de sus muslos.

—Pero nosotras somos capaces de vivir sexualmente activas sin tener descendencia ni atarnos a ningún macho para colaborar en mantener a la progenie y el nido. Podemos tener nuestra progenie, si queremos, sin que tengamos la necesidad de mantener al cabo de unos años a nuestro lado a un tipo sexualmente aburrido. Podemos sostener por nosotras mismas el nido hasta que los polluelos alcen el vuelo. Si es que queremos tener polluelos.

—¿Y a ti? ¿No te gustaría tener polluelos?

—De momento, ni de broma. Y ahora me voy a mi nidito, vacío y tranquilo.

Él, excitado y de nuevo con deseos de estrecharla entre sus brazos y hacerla suya, le pidió que se quedara. Pero ella ya se estaba poniendo los pantalones.

—*Merci, mon ami*. Otro día, tal vez —recalcó Jennifer mientras se recogía el pelo en una gruesa coleta.

A través del espejo pudo ver en los ojos de Mark su decepción. El inspector no estaba acostumbrado a pedir atenciones y menos a ser rechazado, pero hizo como que no se daba cuenta y salió con una alegre despedida.

—¡Mua! Ha sido fantástico. *Au revoir*.

Jennifer se fue del apartamento de Mark sin ducharse, con el olor a sudor de los cuerpos humedecidos por la actividad sexual. Ella bien sabía que era un olor diferente al del sudor en cualquier otra circunstancia. Era un olor arrebatador, atrayente, denso y, a la vez, fluido, que salía de la piel más allá de la piel, que impregnaba, que atrapaba, y le gusta sentirlo durante un rato antes de que el agua se lo llevase hasta el siguiente encuentro.

Cogió un taxi, y en el trayecto dejó vagar su pensamiento mientras miraba abstraída por la ventanilla las luces cambiantes de la ciudad. Qué tornadizas eran las cosas, en un momento había placer y quién sabía si al siguiente se presentaba el dolor; había vida y un instante después muerte. Por eso, *carpe diem*, disfruta el momento, se dijo Jennifer.

Al llegar a su casa se acostó sin ducharse. Le gustaba sentir el olor de Mark en su cuerpo. Y así se durmió plácidamente.

Durmió toda la noche de un tirón sin soñar con Jim Morrison cantándole al oído y contoneándose frente a ella.

## LA AGENCIA

Jennifer despertó poco después del amanecer. Unos rayos de sol penetraban por el ventanal, pero no abrió los ojos ni cambió de postura. Estaba a gusto, y decidió recrearse un poco más en la cama y masturbarse un rato sin llegar al orgasmo. Le gustaba acariciar su clítoris, suave y acompasadamente. Era como tomarse un café doble. Un estímulo para ponerse en marcha plena de vitalidad.

Antes de llegar al climax, Jennifer se levantó y entró en la ducha. Abrió el grifo del agua fría y, mientras el líquido refrescante caía por su cuerpo, se enjabonó la piel. Puso el agua templada, dejó que su cuerpo se relajase, y acabó con un buen chorro de agua fría. Sin secarse, se puso el albornoz blanco de algodón, y fue descalza a la cocina a ponerse el café matutino dejando tras de sí sus huellas húmedas.

Se vistió con unos vaqueros, camiseta blanca de tirantes y blusa negra, un suéter rojo, una cazadora vaquera y un pañuelo rojo al cuello y salió llena de energía, con ganas de trabajar en el caso. En cuanto entró en su Opel Cabrio, Jennifer, instintivamente, pulsó el botón de play en el equipo de música y sonó *Hoochie Coochie Man*. Con diez mil vatios de potencia y un efecto de luz azul en el subwoofer, Mudy Waters cantaba:

*La gitana le dijo a mi madre antes de que yo naciera: Veo que viene un niño y él va a ser hijo de un cañón, él va a hacer que las mujeres bonitas salten y griten. Entonces el mundo querrá saber qué es todo esto. Pero tú sabes que yo soy él, todos saben que yo soy él.*

El hombre cañón, pensó con una sonrisa Jennifer, aunque sus amantes y especialmente Mark no estaban muy lejos de ser hombres cañón en todos los sentidos.

*Entonces el mundo querrá saber qué es todo esto. Pero tú sabes que yo soy él, todos saben que yo soy él.*

La agencia estaba situada en un imponente edificio de acero y cristal, en Bajo Manhattan, no muy lejos de Wall Street, el Ayuntamiento, el Distrito Financiero y la calle 42. Jennifer cogió el ascensor justo cuando las puertas estaban a punto de cerrarse. Planta décima. Le gustaba el número diez. Un número redondo. El primero de dos cifras. Uno más cero, uno. El primero, el número uno. Y a ella siempre le gustaba ganar, ser la número uno. Al abrirse la puerta del ascensor giró a la derecha. Una entrada de cristal blanco. Barra de recepción de tonalidades verdosas satinadas.

Con ella colaboraban cuatro investigadores. Colaboradores pocos, pero buenos en lo suyo. Dos hombres y dos mujeres, y Emma Haggerty, secretaria y mujer multifacética. La joven tenía un aspecto angelical, rubia con el cabello corto algo rizado. En el rostro suave y pálido destacaban

unos ojos intensamente azulados. Emma le saludó con efusividad y le tendió unos papeles. Llevaba un vestido sencillo a rayas blancas y azules, a juego con sus ojos, que dejaba al aire sus piernas hasta las rodillas y abotonaba por delante, salvo los tres últimos que dejaban ver un largo y estilizado cuello e intuir unos pechos juveniles. Dulce y amable, pero cuando la dulzura y la amabilidad no eran suficientes argumentos, era capaz de ser fuerte y persuasiva.

Jennifer siguió adelante con una sonrisa. Separaciones del mismo cristal satinado. Columnas de acero. Luces empotradas en el techo. Llegó a la gran sala abierta con tableros informáticos en las paredes. Amplios ventanales de pared a pared, del suelo al techo. Mesas altas de aluminio, para trabajar varias personas de pie alrededor, con pantallas integradas horizontalmente de última generación. Moderno. Aséptico. Eficaz.

Aparte de la sala de trabajo, había un espacio de reuniones y dos cómodos despachos.

Una vez acabó la universidad, Jennifer trabajó como asesora en criminalística en una conocida firma de abogados. Con el dinero que consiguió y algo más que tenía, reunió lo suficiente para arrendar un pequeño local cerca de su apartamento y empezar la agencia. Pronto los casos fueron llegando con asiduidad, y Walter Collins, su mentor y buen amigo de su padre, la convenció para que se trasladase a un local más amplio y mejor situado. Contrató a más colaboradores aparte de Emma y Donald, que estuvieron con ella desde el principio, y la agencia fue cada vez mejor, y bajo el consejo experto de Walter, un hombre con amplia experiencia en los servicios de inteligencia, adquirió el mejor equipamiento tecnológico y de espionaje.

Cuando Jennifer entró en la sala principal, Donald estaba informando a los demás de la situación.

John Glow, uno de los empleados de la agencia, se giró sonriente al verla entrar. Nadie hubiera sospechado por su aspecto que era uno de los mejores expertos informáticos que se podían encontrar en toda la ciudad. Un tipo guapo y atractivo, musculado, moreno, pelo corto, traje oscuro, amplio, bien cortado. Treinta y cinco años. Graduado en Yale, trabajó para el Centro Nacional para el Análisis de Crímenes Violentos del FBI, como detective informático. Había sido uno de los expertos en el sistema de conciencia del dominio creado por Microsoft, que era capaz de conectar miles de cámaras de vigilancia en un circuito cerrado de televisión, controlar las matrículas de los coches, incluso, con algunas variantes que John sabía manejar, podía cotejar las caras de los transeúntes e identificarlos con una imagen concreta. Algo muy útil en la agencia.

Hastiado de recibir órdenes y de perder el tiempo en papeleos y burocracia, dejó el departamento de informática de la policía y se dedicó a trabajar por su cuenta para descubrir criminales, y ponerlos en manos de la justicia. Este trabajo a veces le había llevado a los límites de la ley, y en un par de ocasiones más allá. Fue detenido por hacker, y tenía un expediente por obstrucción a la justicia y por allanamiento informático.

Después de pasar una temporada en la cárcel de Rikers Island, Jennifer lo contrató para trabajar en la agencia Solution Channel.

—He oído que has estado muy entretenida —comentó John, refiriéndose al asesinato.

Jennifer se acercó a la barra que separaba la zona de ocio. Una mesa redonda, una máquina de café y un frigorífico con bebidas frías, sándwiches y donuts. Puso la pastilla del café y la taza debajo del tubito de la máquina y apretó el botón. En un instante el café estaba listo. Un aroma intenso. A Jennifer le gustaba más el olor que el sabor del café. Con olerlo ya estaba a punto, más despejada y dinámica. El segundo del día.

La amarga invención de Satanás, como llamaban al café los sacerdotes católicos cuando

llegó a Europa desde tierras americanas, debido a sus propiedades medicinales y afrodisíacas. Viendo sus efectos lascivos y que podía sustituir entre los fieles al vino, la bebida santificada por Cristo, los sacerdotes abogaron por que fuese prohibido. Pero hete aquí, que el Papa Clemente VIII condenó a Giordano Bruno a la hoguera por herejía y salvó al café de ser el causante de la pérdida del alma de los fieles consumidores. Santificó la bebida del diablo por ser cosa buena y, así, aseguró que iba a engañar al mismo diablo que había negado el vino y creado el café. A Jennifer le gustaba contar esta leyenda cuando le convenía, mientras saboreaba un intenso café de Colombia, suave, aromático y sensual, al tiempo que miraba pícaramente a su interlocutor.

El resto del grupo se acercó.

—Tenemos que saber más de lo que sabíamos de William Adams, de su mujer y de su secretaria, del abogado, del portero, de la empresa de vigilancia y de cualquiera que tenga relación con este caso —explicó Jennifer. Removió el azúcar de cañamo en el café solo a la espera de oír la opinión de sus compañeros.

Donald levantó los hombros y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Vamos a investigar por nuestra cuenta?

—Claro, tenemos un cliente.

—Pero el objetivo está muerto.

—Tenemos un nuevo cliente, el departamento de policía, además aún no hemos terminado el informe para la mujer del señor Adams.

—Según Donald ha sido un asesinato bastante escabroso —intervino Ben García con un típico ademán mostrando una de sus manos pétreas y curtidas.

Detective privado en Nueva York, de origen mejicano. Jennifer le había conocido a punto de dejar el oficio, cansado de trabajar solo en asuntos de poca monta y escasamente lucrativos. La joven le prometió acción y respaldo. Boxeador retirado. Duro y seco. Nariz rota y cara de pocos amigos. De la vieja escuela. Sombrero, pantalones y chaqueta de pana negra, hiciese frío o calor. Salvo cuando el verano pegaba con fuerza. Entonces Ben llevaba pantalón de tergal y camisa de franela. Con solo verle llegar vestido de esa guisa, se sabía que el termómetro superaba los treinta grados centígrados.

—Marido rico, mujer pobre. Marido muerto, mujer rica —intervino Úrsula Pierce—. No parece que haya mucho que investigar. Salvo si fue ella o hizo de una u otra forma que otro lo hiciera.

Pelirroja. Piel pálida, el cabello ondulado hasta media espalda. Siempre irreprochablemente peinada, y con un brillo leonino en sus ojos verdes. Investigadora y periodista, bien relacionada en círculos artísticos y en las altas esferas. Además de su trabajo en la agencia Solution Channel escribía en una famosa revista de cotilleos, lo que le abría muchas puertas, y le cerraba muchas otras.

Vestida con una elegante americana de color perla y falda a juego, sobre una camisa blanca como la nieve abierta lo suficiente para atraer la atención de sus llamativos pechos, pero no lo bastante para mostrar más de lo necesario para querer saber más. Una mujer bella e inteligente.

Los ventanales mostraban una panorámica con vistas espectaculares a la gran ciudad.

—Una buena teoría, generalmente acertada. Pero por ahora los indicios son sólo instrumentos, no la verdad en sí —explicó Jennifer cogiéndose la barbilla con el pulgar y el índice—. Además, tiene coartada.

En silencio observaba Nicole Lee, una belleza oriental. Ella sugería que había nacido en Japón, pero su apellido era de origen chino, y significaba “rey”, y en realidad era de Brooklyn. Los rasgos orientales, los ojos oblicuos, los labios perfectamente perfilados, el pelo negro muy largo por encima de ambos pechos hasta la cintura. Experta en artes marciales, caligrafía, arte y falsificaciones. Vestida con un ligero vestido negro. Unos elevados tacones la hacían parecer más alta de lo que era, pero incluso con ese calzado era capaz de moverse con soltura y agilidad.

—Las coartadas pueden prepararse —intervino Nicole.

—Claro. Lo comprobaremos —aseguró Jennifer.

—No especulemos —dijo John—. La verdad aparecerá en cuanto nos pongamos manos a la obra.

John era capaz de tratar los indicios científicamente y después reflexionar sobre ellos en base a lo que sabían, y después contrastarlos hasta llegar a un camino firme y sólido.

—También podemos usar técnicas o ideas diferentes, ¿no? —intervino Úrsula sonriendo—. En fin, podemos usar la imaginación e inventar lo que sea para llegar a la verdad.

—Eso es, pero siempre científicamente —dijo con ironía Donald—. Veamos.

El joven fue pasando en la pantalla más grande las imágenes que había hecho en la entrada del edificio. Primero la llegada de la pareja, Adams y su joven acompañante.

—Está claro que el marido se veía con ella —opinó Úrsula señalando a la muchacha de la fotografía—. Seguramente fue por esto por lo que nos contrató su mujer.

Jennifer le indicó que ordenase las fotografías por orden cronológico.

—Después otra joven llega al edificio y llama al timbre, porque la puerta está cerrada y el portero no está —observó Donald—. Mirad, su dedo toca exactamente el pulsador del apartamento de los Adams.

—Adams le abre enseguida —aseguró Úrsula mirando a todos con sus intensos ojos verdes —, por lo que debió reconocer la voz.

—O lo hizo su joven amiga —puntualizó Jennifer, que no quería dejar ninguna opción fuera del posible escenario.

—Luego se marcha la acompañante de Adams; y después se ve salir a la última joven en subir —dijo Donald.

—En la fotografía se la ve con una bolsa de mano que no llevaba al llegar —intervino Ben con buen ojo de halcón.

—Sí —confirmó Nicole—, es una especie de amplio neceser.

En la mano de la mujer se veía una especie de maletín de piel negra con asas y ribetes de color café con leche. Por su tamaño era obvio que cabía algo más que el pene de Adams, y en las fotografías daba la sensación visual de que no estaba vacío.

—¿Qué contendría que le llevó a matarle? —planteó Úrsula acercándose más a la fotografía como si quisiese traspasar con la mirada la piel del bolso y descubrir lo que ocultaba en su interior—. Si fue ella, claro —matizó antes de que la mirada reprobadora de Jennifer le alcanzase.

—Si el neceser sólo se hubiese usado para llevarse el pene, no hubiese hecho falta un recipiente tan grande —opinó Nicole, dando algunos suaves golpecitos con el tacón en el suelo como si estuviese impacientándose—. Cualquier pañuelo o bolsita hubiese servido para metérselo

en un bolsillo.

—¿Qué más puede haberse llevado? —insistió Úrsula.

—Habrá que averiguarlo —aseguró Jennifer—. Ahí puede estar la clave de este crimen.

—¿Quién será la chica? —intervino Donald.

—Pasaré la imagen por reconocimiento facial —dijo John.

—Y, al cabo de un rato, llega la mujer —indicó Donald mientras miraban otra fotografía.

—Repasemos los hechos. Según nuestro particular reloj atómico —expuso Jennifer mirando a Donald y señalando las imágenes bien colocadas en el largo tablero informático en orden cronológico—, Adams llega acompañado de una chica a las 22 horas al edificio. Media hora después entra otra joven. Al poco sale la primera y una hora después la otra. Sobre las dos de la madrugada llega la mujer de Adams, y es cuando Donald se da cuenta de que el portero no está en el mostrador de recepción.

Dio un sorbo al café, y siguió hablando.

—Al poco rato Donald me llama. El hombre está muerto y está llegando la policía avisada por la mujer. Inicialmente, la hora estimada por el forense de la muerte es entre las doce y las dos.

—Pero nosotros sabemos que tuvo que ser un buen rato antes de las dos —dijo Donald.

—Así es, cuando la mujer de Adams llega al apartamento, ve el cadáver y llama a la policía.

—¿Y la nota que escribió el asesino? —preguntó Jennifer.

—Está escrita con una caligrafía poco frecuente —explicó Nicole.

—¿Psicópata? —inquirió Jennifer levantando las cejas, pensando en lo truculento del crimen.

—No he logrado establecer un perfil claro de personalidad psicopática —dijo la enigmática joven de rasgos orientales—. Aún.

—¿Antisocial? —insistió.

—¿No es lo mismo? —se sorprendió Nicole.

—Aunque las escuelas americanas aseguran que son una misma identidad, en Europa se considera que hay una clara diferencia diagnóstica entre psicopatía y sociopatía —aseguró Jennifer.

Según su experiencia, los psicópatas eran individuos carentes totalmente de moral, y en el caso de los sociópatas esa carencia era relativa, más bien tenían un desajuste de la moral. Los psicópatas solían ser personas encantadoras cara a los demás, aunque incapaces de sentir la más mínima empatía hacia ellas. Los sociópatas no solían ser tan peligrosos como los psicópatas cuya tendencia real era hacia la violencia y la crueldad, y capaces muchas veces, al carecer de miedo, de cruzar cualquier límite sin importar los riesgos.

—En cualquier caso no he encontrado en la escritura rasgos sociópatas. Pero quizá tú puedas revisarlo y ver si se me ha escapado algún detalle.

Jennifer también era una experta calígrafa, y asintió pensativa.

—Tras una fachada de honradez y sinceridad el sociópata suele tener una conducta intrigante y engañosa. Hay diferentes personalidades psicopáticas: antisocial, impulsiva, inestable, excitable... Pero, efectivamente, a primera vista no veo que encaje en ninguna de ellas.

—Es extraño, ¿no os parece? —intervino Ben.

—Los dos pueden engañarnos, pero generalmente sólo uno de ellos es capaz de matar: el

psicópata.

—Habrá que descubrir quién es —apoyó Ben.

—¿Hombre o mujer? —preguntó Donald.

—Es una caligrafía neutra, es como si se hubiese hecho por ordenador, pero no, hay una mano humana detrás —aseguró Nicole.

Muchos aspectos del caso permanecían oscuros, y la investigación no había hecho más que empezar, pero Jennifer era una mujer vitalista y no le gustaba que lo que se podía resolver hoy se dejase para mañana. Y todos los miembros de la agencia sabían que tenían que ponerse inmediatamente en marcha y más cuando el propio asesino había lanzado un mensaje directo y retador a su jefa.

## LA FEMME FATALE

Con un ligero abrigo marrón y un vestido color púrpura con escote abierto, la criminóloga apareció en la terraza de la cafetería donde habían quedado con Mark para ir juntos a la empresa de Adams. Jennifer en muchas ocasiones prefería usar una camiseta ceñida en vez de sujetador, lo que le daba un sinuoso movimiento sensual al andar. Y más cuando, como en esa ocasión, llevaba una falda por debajo de la rodilla que se abría a cada paso por una amplia abertura dejando ver en su totalidad las piernas perfectamente moldeadas. Los zapatos de medio tacón eran de color dorado a juego con el vestido con la silueta de un dragón negro en la parte frontal.

—Seguro que serías la más sexi de la clase y de toda la universidad —atinó a decir Mark mirando sus largas piernas mientras ella se sentaba frente a él.

—Eso decía mi profesor favorito. Igual eso contribuyó algo a ser la primera de mi promoción —sonrió con picardía dejando ver unos atractivos hoyuelos.

—Si eso puntuara, seguro que sí. Pero con tu inteligencia creo que tienes méritos más que suficientes para ser la número uno en lo que te propongas.

—Qué encanto. Tú sí que sabes conquistar a una mujer. Seguro que a la que es guapa le dices que es inteligente, y a la que es inteligente le dices que es guapa. Muy hábil, Mark, muy hábil.

—El problema es que contigo eso no sirve. Eres inteligente y bella. Una combinación fatal.

—*La femme fatale*. Parece el título de un folletín de crímenes con un toque erótico.

Jennifer encendió un cigarrillo. Ocasionalmente la joven se permitía fumar un cigarrillo, aunque salvo en contadas ocasiones apenas se tragaba el humo y lo que le gustaba era más el ritual de sacarlo de la cajetilla, golpear la punta contra la mesa y encenderlo con parsimonia.

—Deberías dejar de fumar —le dijo Mark.

—Deberías de dejar de decírmelo —contestó ella.

Él la miró asombrado.

—Es la primera vez que te lo digo.

—Y espero que la última, *mon cheri*. No me gustan los sermoneadores.

Desde que era niña, a Jennifer le rebelaba que le dijeran lo que tenía que hacer, y más cuando eran cosas que sólo le atañían a ella, y no tenía reparos en exponerlo con claridad una primera vez, la segunda su actitud era bastante más expeditiva y definitiva.

—Conforme. Olvídalo.

—Estoy dándole vueltas a algunos aspectos del caso, y hay alguno que me preocupa.

—¿Cuál?

—¿Crees en la fidelidad?

—Claro, estuve a punto de casarme.

—Eso no significa nada. Ya ves lo que pasa con tantos matrimonios. ¿Y qué pasó?

—Te conocí.

Ella le miró con incredulidad, aunque se abstuvo de hacer ningún comentario.

—Pero si me hubiese casado, te aseguro que le hubiese sido siempre fiel.

—Siempre que durase —aseguró Jennifer con rotundidad levantando la mano con el cigarrillo entre los dedos—. La infidelidad no existe más que en unas normas sociales absurdas. En todo caso, la única infidelidad es con uno mismo. Dos personas viven juntas para ser felices, no para ser fieles.

—Es un contrato que se establece entre partes contratantes.

—Eso suena a Groucho Marx. La parte contratante de la primera parte... —un ligero viento racheado refrescó el aire. Jennifer apagó el cigarrillo a medio consumir, se cerró el cuello del abrigo y lo subió dejando que su largo pelo castaño cayese ondulado por los lados. Ella lo tenía claro, pero no era fácil hacérselo entender a otros, incluso aunque tuviesen una mentalidad abierta como la de Mark—. Cuantas parejas son fieles y son infelices; otras, sin embargo, tienen relaciones sexuales con otras personas, y son felices con sus parejas. Dime, aunque hubiese un contrato firmado, ¿qué es mejor?

—La sinceridad es lo mejor.

—¿Pero sólo hay que ser sinceros en si uno se acuesta o no con otros? ¿En todo lo demás la sinceridad no vale? En que uno no es feliz, en que piensa en otro mientras hacen el amor, en que a veces desearía estar en otro sitio y con otra persona...

Él la miró atónito y la joven sonrió con cierta ironía.

—¡En todo, claro, en todo!

—Me río de esa sinceridad socialmente conveniente —protestó con énfasis Jennifer abriendo sus suaves y fuertes manos—. ¡Qué hipocresía!

—Tú eres... diferente... —balbuceó Mark—. Pero la gran mayoría de la gente no es así, y necesita creer en la fidelidad.

—Escucha, *mon ami*, somos animales evolucionados, y de esta evolución nuestra libido es un instinto básico. Sobre todo en las mujeres. Los hombres vais a remolque de nuestra evolución.

—¿A dónde quieres llegar? —se impacientó Mark.

—Ah, sí, al caso que nos ocupa, *mon cheri*. ¿Y si hay un triángulo en esta historia más allá de la chica y el marchante?

—¿En qué te basas?

—Como te decía, en la naturaleza humana y en las circunstancias de este caso.

—Un hombre de cierta edad, una joven acompañante, una mujer con mucha menos edad, un abogado atractivo... —reflexionó Mark—. Quizás haya algo más en relación a la fidelidad, las mentiras...

## LA COMPAÑÍA

La empresa de William Adams estaba situada en la zona de Manhattan, en un edificio de cinco plantas junto a la avenida Madison, cerca de Museo Metropolitano de Arte en la Quinta Avenida. La entrada del edificio de piedra pulida blanca tenía dos puertas de hierro forjado que daban paso a un vestíbulo y a una sala de recepción de color nacarado con altos y majestuosos techos con bellas molduras doradas de más de veintidós pies de altura y un elegante suelo de roble. Las paredes de yeso veneciano estaban prácticamente cubiertas de valiosas pinturas de arte vanguardista. Incluso en la imponente escalera de piedra tallada que subía a las plantas superiores se podían ver obras de Pollock, Rothko o Newman. Gruesos y desenfrenados trazos negros junto al sutil colorido del misticismo.

El edificio urbano estaba valorado en más de veinticinco millones de dólares, pero lo que había en las paredes lo superaba con creces. Varios operarios entraban y salían con cajas y utensilios. Dos guardas armados vigilaban la entrada y la recepción, y en una garita otro miembro de la seguridad privada del local controlaba varias cámaras repartidas por todo el edificio.

Había mucha actividad a su alrededor cuando en la entrada les recibió Abigail Jonhson, una secretaria de dirección de confianza del fallecido. De mediana edad, la mujer en su día debió de ser agraciada, pero no era la edad la que le había deteriorado el aspecto, si no el gesto agrio. Jennifer sabía que la actitud era decisiva en mostrar u ocultar cualquier tipo de belleza. Morena, pelo recogido en un moño, tez pálida, labios finos, traje azul, falda por debajo de la rodilla y zapatos negros cerrados de medio tacón.

Abigail Jonhson había sido la secretaria personal de William Adams, pero una inoportuna enfermedad la apartó unos meses de su cargo, y la que actualmente era su mujer la sustituyó.

Lo primero que les hizo saber la mujer fue que las cuentas del marchante de arte estaban muy saneadas. El negocio era floreciente.

—¿Algún suceso relevante en los últimos tiempos?

—No —recapacitó la mujer—, últimamente no.

—¿Y anteriormente?

—Tuvimos una inspección del Departamento del Tesoro hace unos años.

—¿Qué motivo? ¿Había sospechas de fraude, robo...?

—¡No! —se escandalizó Abigail Jonhson—. No encontraron nada.

Fue concluyente en su negación, para que no quedara la menor duda de la honestidad de su jefe. Era de esas personas plenamente entregadas a una causa, y ésta era William Adams.

—¿Y por qué la hicieron?

—Una denuncia anónima. Seguramente uno de nuestros competidores.

—¿Llegan a tanto?

—¿Lo dice en serio? Este es un mundo muy competitivo y duro.

—¿Cree que algún competidor sería capaz de asesinarlo?

—Es posible... —dudó la mujer estirando el cuello como si quisiese situarse por encima de los demás.

—¿Quién?

Abigail Johnson frunció el ceño aún más que de costumbre, como si tratase de pensar con ahínco, pero enseguida soltó su veredicto.

—Frank Anthony no sería un mal candidato. Sus caminos se cruzaron más de una vez, y William, el señor Adams, solía salirse con la suya. Aunque curiosamente en los últimos meses su relación había mejorado bastante, y tras varios años de enfrentamiento volvían a hacer negocios juntos. Pero con esta gente obsesionada por los negocios y el poder nunca se sabe lo que pasa por su cabeza.

—Así que cuando usted volvió, Sarah la había sustituido en su puesto —intervino Jennifer con su habitual e incisivo tanteo.

—Cuando regresé al despacho después de la enfermedad seguí figurando como secretaria personal del señor Adams, pero en realidad era ella —dijo, y Jennifer percibió en el fondo un tono despectivo al pronunciar *ella*— la que hacía más bien esas funciones.

—Pero ahora está usted de nuevo al mando, ¿no?

—Al casarse, la mujer fue dejando de venir por aquí. Ahora sólo lo hace de cuando en cuando para controlar algunas cosas. Recuperé mis competencias, pero ya nunca fue lo mismo.

Aunque sabía que no, Jennifer le preguntó provocativa:

—¿Mantén usted una relación sentimental con su jefe?

La mirada escandalizada de la mujer le fulminó.

—Desde luego que no —respondió ofendida echándose ligeramente hacia atrás.

—Pero le hubiese gustado, ¿no es así, querida? —indagó Jennifer con complicidad.

—Era mi jefe... —dijo con la mirada airada, pero menos afrentada—. Me gustaba y creo que yo le gustaba, pero, claro, estaba esa... su mujer.

—Ya entiendo. No se fía de ella.

—Somos de una edad similar, pero ella es mucho más vital, más...

—Guapa, bella... ¿embaucadora?

—Contra eso poco se puede hacer.

La mujer calló unos instantes, y luego se apremió a soltar lo que llevaba dentro de sí amargándola.

—Sarah llegó como suplente cuando enfermé. Le engatusó, y luego...

Se hizo un denso silencio. El murmullo de los operarios fuera de la sala les llegaba mezclado con el gorjeo de los pájaros en los árboles de la calle.

—¿Y luego qué?

—Luego está ese... abogado, asesor... o lo que sea.

—Era el hombre de confianza de Adams.

—Pshh —balbució.

—Insinúa que había algo más entre ellos.

La gélida secretaria, miró por encima de sus gafas como si estuviese valorando si valía la pena aplastar a un insecto con sus gruesos tacones.

—Soy mujer —afirmó Abigail arrastrando las palabras—. Ya sabe. Ciertas cosas no se nos escapan. Hay algo raro.

Quizá fuese la impresión de una mujer de mediana edad sin esperanza y despechada. Quizá fuese algo más, o no. Pero no perdía nada por meter la nariz un poco más en los asuntos de la viuda. Además, este tipo de personaje le fastidiaba. Eran prostitutas de lujo de un solo hombre, o de dos quizás en este caso. Malas actrices de un público poco instruido en las artes escénicas y, por tanto, fáciles presas de su ego y su edad.

Tres mujeres y un muerto, la mujer, la amante y la secretaria. Qué buen título para una película de los años sesenta, pensó con una sonrisa.

Más que un triángulo, era un cuadrado, y si se incluía al abogado un pentagrama, y quizás alguien más que aún se mantenía en la sombra. Tal vez la impresión de Jennifer de que había algo más que un simple triángulo amoroso fuese cierta, recapacitó Mark.

—¿Por qué hay tanto movimiento? —quiso saber Jennifer.

Al entrar habían visto a diferentes operarios que iban y venían por todas partes con cajas, bultos, escaleras...

—Estamos acondicionando la galería. Dentro de unos días inauguramos una importante exposición.

—¿A pesar de lo sucedido? —dudó Mark.

—El mundo del arte no para, y esto hará que venga mucha más gente. Además, la señora Adams ha dado órdenes de que todo siga adelante.

## LA BOLA DE CRISTAL

Mark y Perry bajaron al sótano y entraron en el laboratorio forense del Departamento de Policía de Nueva York. Aislado totalmente del resto de áreas del edificio, era un universo aparte.

La sala de autopsias era fría, y no sólo por la temperatura, si no por los colores monocromáticos de las paredes, techos y suelo. Las paredes estaban chapadas desde el techo al suelo, que era impermeable y de fácil limpieza y desinfección. El blanco dominaba el lugar mezclándose con el acero inoxidable de las mesas de autopsias y las cámaras frigoríficas donde se mantenían los cadáveres. Era uno de esos lugares en los que, seguramente, ni siquiera a los muertos les debía gustar estar allí, se decía Mark cada vez que bajaba.

Al doctor Gardner le atraía el característico olor de la dependencia, mezcla de formol y otros gases procedentes de los propios cuerpos, y lo echaba de menos en cuanto pasaba un par de días sin ir por allí. Pero a pocos más podía resultarles agradable el olor fuerte y penetrante que impregnaba la sala a pesar del potente sistema de climatización artificial que permitía una constante renovación del aire y la eliminación de gases y olores.

El doctor Gardner era un hombre de apariencia insignificante. Pocos se percatarían de su presencia a no ser que hablase. Dotado de una gran inteligencia, su tono de voz reposado y sensato llenaba la estancia donde estuviese y el interés de cualquiera. Gardner había heredado el próspero negocio familiar de clínicas de estética, y durante años la había dirigido hasta que un día lo vendió por una cifra enorme y se dedicó a su verdadera vocación, la medicina forense.

Cuando vio aparecer a Mark en la aséptica sala, Gardner se acercó a una de las mesas de autopsia y levantó la sábana que cubría el cadáver de Adams. El médico forense iba cubierto por una bata larga y pantalones de quirófano, llevaba encima un delantal de goma, un gorro le cubría completamente la cabeza y unos guantes de látex las manos, calzaba zuecos de goma y sobre el pecho había dejado deslizar unas gafas protectoras y una mascarilla quirúrgica. Gardner cogió una manguera con rociador y limpió una zona del cuerpo y, para secarlo, cogió unas gasas de la mesita anexa con el instrumental. A continuación hizo una descripción minuciosa de la posición del cadáver y de las circunstancias que habían rodeado el asesinato.

—Por la fuerza que tuvo que usar para hundir el arma a tal profundidad debe de tratarse de un hombre o de una mujer muy fuerte —explicó Gardner señalando la zona de la herida mortal—. Se lo clavó en el corazón. Posiblemente se trate de un puñal fino. Una sola puñalada, certera y mortal.

—Eso quiere decir que, si fue un hombre, no sabemos cómo entró ni cómo salió —argumentó Mark—. Si es que salió. Igual se escondió hasta que pasó el barullo, o vive allí mismo.

—Comprobamos a todos los vecinos y revisamos todo el edificio —intervino Perry, a quien aquel sitio no le hacía ninguna gracia y su piel habitualmente sonrosada estaba casi escarlata—. Es difícil que uno de ellos cometiese este tipo de asesinato en su propio edificio.

—Además, le cortaron el pene después de muerto —dijo Gardner—. Ah, no tuvo sexo antes del asesinato.

—¿Cómo se puede saber, si le falta el pene? —preguntó Perry.

El forense le miró como si hablase con un troglodita.

—Hay otras formas de saberlo... Pero para qué te doy explicaciones. No tuvo sexo... y punto.

Ante la mirada persistente de Mark, continuó:

—Hemos hecho análisis anatomopatológicos, bacteriológicos y químicos, un frotis de la zona del corte del pene y en los testículos para extraer distintas muestras, y no hemos encontrado ADN de nadie más, ni plasma seminal.

—En el apartamento se han encontrado huellas recientes del marido, de su mujer y de otras dos personas.

—¿Y la carta?

—No tiene huellas, ni nada relevante.

—Al final pone dos letras: D.H.

—Supongo que se referirá a los Desafíos del Hombre. Lo primero que pone en la carta es: *Esto es sólo el principio de los Desafíos del Hombre*.

—No estaría nada mal que el asesino pusiese su firma y su número de teléfono —intervino Jennifer, que apareció en ese momento—. Sería un detalle que nos quitaría muchas preocupaciones y reduciría el gasto para el contribuyente.

—¿Y de qué trabajaríamos? —preguntó, socarrón, Mark, y a continuación se puso más serio—. Aunque en este caso preferiría que lo hubiese hecho.

—Además —explicó Gardner—, la tarjeta que acompañaba el regalo del portero tiene la letra con la misma caligrafía que la nota del muerto.

—No parece un desliz —apuntó Mark—, sino más bien un detalle del asesino para que sepamos que es él y que sabe jugar.

—Aun en pequeñas dosis, el efecto de la droga que suministraron al portero es fulminante. A los pocos segundos la víctima está inconsciente.

El doctor Gardner dio órdenes a un celador para que llevase el cuerpo a una cámara frigorífica, y en previsión de que aún pudiese estar varios días más, se cercioró de que el termostato estuviese por debajo de los cuatro grados centígrados para que se conservase adecuadamente. Pero el forense había terminado su trabajo, y nada impedía el velatorio y el sepelio de William Adams.

—Por cierto, Adams era un hombre fornido, ¿no se defendió? —preguntó Jennifer.

—No, es extraño. Fue apuñalado de frente, pero no hay marcas defensivas —aseguró Gardner.

Los dos detectives y Jennifer salieron de la sala forense, y subieron a la planta donde trabajaba Mark y su equipo. Mientras iban camino de la brigada, Jennifer andaba pensativa.

—¿Algo no te cuadra? —preguntó Mark, que conocía bien su gesto absorto.

—Alguien se duchó, había gotas recientes en el suelo y las paredes de la ducha, pero no hay ninguna toalla usada o mojada. Además, están las cámaras.

—Las cámaras estuvieron intervenidas por control remoto.

—Bien, las cámaras estaban pinchadas, y quien fuese que las controlaba pudo ver cuándo el portero bebía. Es mucha coordinación. ¿Y cómo consiguieron acoplar que el portero bebió y que llegó la víctima con su acompañante?

En la brigada había mucha actividad. Todas las mesas estaban ocupadas por uno o varios detectives. Llegaron a la mesa de Mark, y en ese momento apareció Ron Speegle.

—En la Security Companies, la empresa de las cámaras de seguridad, dicen que no saben nada. Ellos no enviaron a nadie a ese edificio.

—Los documentos de la empresa parecen reales —dijo Mark sacando unos papeles del expediente del caso, y los golpeó con dos dedos—. Incluso el sello es idéntico al de Security Companies.

—Lo único que falla es el número del protocolo de trabajo —aseguró Ron—. Ese mismo día la empresa asignó ese número a otro trabajo, y por eso está duplicado.

—Eso quiere decir que usaron el siguiente número que estaba libre —intervino Jennifer—, y que por tanto su ordenador central estaba intervenido.

—Así parece —masculló el detective, a quien aquello cada vez le gustaba menos.

Mientras sus dos subordinados se enfrascaban en otras labores, Mark se quitó la chaqueta, la puso en el respaldo de su silla y se sentó mientras se arremangaba la camisa.

—Cuéntame tus avances. A ver si el dinero de los contribuyentes está bien empleado —dijo el detective a Jennifer en un tono desenfadado.

Jennifer se acomodó en otra silla junto a la mesa de Mark, y cruzó las piernas. Aunque sus conocimientos no eran enciclopédicos, para eso estaban las bases de datos y sus valiosos colaboradores, como John, la joven tenía cualidades poco frecuentes, que unidas en una misma persona la inferían de un talento realmente excepcional. Su agilidad mental y su percepción psicológica, unidas a su capacidad de observación, de análisis y de deducción, hacían que sus servicios fuesen muy valorados por sus buenos resultados. Aparte del goce del sexo, Jennifer tenía otra pasión: desenredar los casos más complicados y poner a los culpables ante la justicia.

—Es un asesino organizado, el más difícil de atrapar. Por el análisis de la escena del crimen, conoce bien la ciencia forense, y ha planeado al mínimo detalle todos los pasos y sucesos que podían darse. Portero, costumbres, horarios, cámaras, huellas identificables...

A Mark le encantaba oírle hablar de temas tan serios e imaginársela en la cama gozando con él. Por lo que en más de una ocasión perdía el hilo de la conversación y tenía que hacer que repitiese algo.

—Tiene un coeficiente intelectual elevado, planea sus crímenes con mucha antelación, incluso es de los que puede tardar años en cometerlos. Ello es debido a que obtiene gran placer en la fase de preparación. No deja nada al azar, y menos la elección de sus víctimas. Por eso debemos tratar de entender por qué ha elegido a este hombre.

—No sé cómo llegas a esas conclusiones —dijo Mark con un movimiento negativo de su rubia cabeza y su rostro curtido y bronceado—, pero sigue.

—Si es un hombre, que por el perfil es lo más probable, es una persona sociable y meticulosa, seguramente con esposa, aunque es posible que no tengan hijos, por causa física de

uno de los dos. Eso le genera frustración, aunque no lo haga ver en su comportamiento y simula que todo va bien.

—Me parece increíble, pero sigamos. ¿Evaluación futura?

—Sacaré la bola de cristal —bromeó Jennifer abriendo las manos como si sujetase una esfera imaginaria entre ellas—. La probabilidad de que cometa más asesinatos es muy alta, tanto como que mientras siga con vida los cometerá. Hay que considerar que la violencia de este tipo ha de entenderse desde diferentes ángulos: biológicos, psicobiológicos y socioculturales. Pero me temo que para avanzar más en su perfil, hay que esperar a que cometa otro asesinato.

—A ver si tu bola mágica sabe cuándo —dijo Mark con cierta sorna y sin esperar ninguna contestación concreta.

—Según la valoración que hemos hecho en la agencia con respecto a su personalidad, dado que es frío y calculador pero al mismo tiempo orgulloso y vanidoso, no tardará más de un mes.

—¿Un mes?! —se sorprendió el detective. Puso los codos sobre la mesa y acercó su rostro a la joven.

—Máximo. Si jugáramos a la ruleta del asesino, apostaría a que será dentro de una o dos semanas.

—¿Puedes predecirlo con tanta exactitud?

—Me gustaría predecir el día concreto y la hora, pero de momento no puedo. Mira, los primeros días estará gozando del reciente recuerdo de este asesinato y de la sofisticada elaboración, pero pasado el subidón generado por la segregación de sustancias endógenas, que son auténticas drogas que el organismo libera en determinadas circunstancias de gran excitación o placer, querrá seguir adelante lo antes posible con el plan que tiene establecido. Ese subidón no dura más allá de una semana, y la frustración llega unos días después.

—Pero antes has dicho que puede tardar años en elaborar un plan.

—Cierto, pero una vez se pone en marcha es difícil que pare hasta haberlo concluido. Y en este caso me temo que sólo estamos en la primera fase.

—¿Crees que llegará a ser un asesino en serie?

—Oh, no. Creo que ya lo es. Quizá se haya aburrido y busque nuevos retos más retorcidos y complejos.

—Y te ha elegido a ti.

—Cuanto honor.

—¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Será por mi belleza arrebatadora —bromeó.

—Es posible —dijo con seriedad Mark—. Y eso no me gusta nada.

—Criminal y criminóloga, una pareja inevitable.

—¿Serás tú la siguiente?

—No, seguro que no. Para un hombre con inquietudes intelectuales sería un juego demasiado corto y sencillo. No, antes habrá al menos un crimen más.

—Me parece increíble cómo logras entrar en la mente del asesino.

—No tengo interés en conocer la mente del asesino, trato de buscar en la mente del asesino lo que me permita evitar que cometa más asesinatos. Y si para eso hay que entrar en su mente, lo

hacemos, pero la razón de todo esto es que no mate, y si lo hace buscar los medios para que vosotros podáis atraparlo.

En ese momento se acercó Perry.

—Una de las huellas identificadas en el apartamento que no corresponde con Adams ni con su mujer pertenece a una limpiadora que suele ir un par de veces a la semana; no sabe nada del asunto y creo que podemos descartarla; pero la otra es de una tal Cinthia Scott. Detenida por prostitución. Tenemos su dirección.

Mark se puso en pie, y cogió su chaqueta del respaldo de la silla.

—Vosotros dos id a ver a la mujer de la limpieza —dijo a sus dos inspectores—. Nosotros iremos a por Cinthia Scott.

## OTRO ASESINATO

Una joven de pechos abundantes, rubia y con los ojos enrojecidos abrió la puerta de una modesta casa de una planta de fachada blanca y techo verde.

—¿Cinthia Scott? —preguntó Mark.

—¿Quién pregunta por ella? —quiso saber la mujer.

—Brigada criminal —dijo Mark enseñando la placa.

—Murió ayer.

Los dos se miraron sorprendidos. Otra casualidad.

—Lo sentimos. Soy el inspector Mark Crowell y ella es Jennifer Palmer, consultora de la brigada. ¿Y usted es?

—Belinda, una amiga. Vivía conmigo.

La joven se hizo a un lado para dejarles pasar.

—Ya ha estado la policía tras el accidente. ¿De qué departamento me han dicho que son ustedes?

—Somos de homicidios.

La joven observó a Mark con expresión asombrada.

—¿Qué tiene que ver homicidios con la muerte de Cinthia?

—¿Cómo ha muerto?

—Atropellada por un coche. Justo ahí fuera —señaló con el brazo hacia la calzada.

—¿Cogieron al que la atropelló?

—Se dio a la fuga. Vino la policía, y luego se llevaron su cuerpo.

Se acercaron al lugar que indicaba la muchacha. Los jardines de la zona estaban totalmente descuidados y la maleza invadía incluso las aceras y parte de la calzada.

Buena visibilidad, una recta sin obstáculos, ni marcas de frenazo.

—Asesinato —sentenció Mark.

—Así parece —corroboró Jennifer—. Corrió bastantes riesgos, podían haberle visto.

—A esas horas no suele haber mucha gente en la calle. Además el vehículo puede ser robado o llevar placas falsas.

Mark llamó a la brigada para que le consiguiesen la información que había recabado la

policía sobre el atropello. Tras unos instantes de espera, le informaron que una testigo acababa de declarar haberlo visto todo. El modelo era un Ford Galaxy, pero la matrícula no pudo verla y creyó que estaba tapada o que no llevaba. El conductor era un hombre blanco, traje oscuro, pelo negro, mediana edad. Primero se acercó despacio por la avenida, y cuando la joven cruzó, el coche aceleró de improvisto atropellándola. Ella, viendo que no podía apartarse, se quedó quieta, tal vez con la esperanza de que el conductor la esquivase.

—Ha matado muy pronto —apuntó Mark.

—Esto no forma parte de los Desafíos del Hombre —dijo Jennifer—. Es simplemente una ejecución.

—Va eliminando testigos y tapando bocas —aseguró Mark.

—¿Pero qué es lo que vio? —se interpelló la joven.

—Llamaré a la científica y que confirmen lo que dice la vecina. Daré órdenes de que busquen ese modelo de coche con una abolladura o con un arreglo reciente de plancha y pintura.

Desde luego no era una zona muy concurrida, y no era fácil que hubiesen muchos más testigos. Volvieron a la casa. La joven les esperaba bajo el dintel de la puerta.

—¿Ha notado algún cambio en los últimos tiempos en el comportamiento de Cinthia? —le preguntó Jennifer.

—Estaba más retraída. Ella siempre era... —suspiró, hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo— muy extrovertida, pero llevaba un tiempo como si estuviese ensimismada.

—¿Le importa que echemos un vistazo a su cuarto? —preguntó Jennifer.

—Claro —se apresuró a responder, dejándoles pasar al interior—. Vengan, por favor.

La habitación era sencilla, colores alegres y posters de comics. Una cama estrecha ocupaba un lateral del cuarto, junto a un armario mal cerrado. Se veían algunas prendas de vestir baratas, otras pasadas de moda y, en una repisa, zapatos de colores vivos. Y en un lado dos trajes y los respectivos complementos de marca. Más de mil dólares por conjunto, valoró Jennifer.

—¿Desde cuándo viven ustedes aquí?

—Yo me casé y vine a vivir a Nueva York con mi marido. Me separé y me quedé aquí con mis dos hijos.

Al fondo de la sala principal se oían las voces de unos niños.

—Hace algún tiempo conocí a Cinthia, y la acogí, aunque a veces estaba días sin aparecer. Quería ser actriz.

Una aspirante a actriz. Sexy y bella. Una chica de pueblo con sueños.

—¿Prostitución? —preguntó Jennifer.

—No lo sé. Es posible —reconoció la joven encogiéndose de hombros—. Deseaba triunfar a toda costa. Iba a ciertas fiestas. Cinthia estuvo metida en ambientes sórdidos. Aunque se había salido y parecía que llevaba una vida normal.

—¿Tomaba drogas?

—Algo había, aunque me parece que no estaba enganchada, y se había liberado de las malas compañías, aunque últimamente...

—¿Sí?

—Aunque lo había dejado, quizá volvió a trabajar de stripper.

En la mesita del tocador había una fotografía de Cinthia con sus padres. Era una joven muy atractiva. En otra fotografía estaban las dos amigas sonrientes llevando unos ramos de flores blancas. Jennifer la cogió.

—¿Le importa que me lleve esta foto?

—Ojalá sirva para algo —dijo Belinda.

Jennifer hizo una fotografía con su teléfono móvil y la envió a la agencia, y guardó la fotografía en su abrigo.

—Cinthia era una chica muy imaginativa —explicó la amiga.

—No fue la imaginación lo que la mató —dijo Jennifer.

—¿Y su teléfono móvil? —preguntó Mark.

—No sé. Es raro, no lo he visto y al parecer no lo llevaba encima cuando la atropellaron. ¿Creen que la han matado adrede?

—Lo comprobaremos.

Salieron de la casa y subieron al Chrysler 300S de Mark.

—Una prostituta puede tener una media de cinco clientes al día, lo que hace que en un año hayan pasado por su vagina o por su boca unos mil ochocientos hombres —dijo Jennifer—. Y muchos de estos clientes se creen con derecho a más cosas que a sexo. Son agresivos, violentos... algunos las agreden, las violan, las apuñalan o disparan. Y esto sucede ante la complacencia de la sociedad que hace que estos hombres se creen con derecho a hacerlo y piensen que difícilmente van a ser castigados por ello.

—Sí, si realmente se dedicaba a la prostitución, puede que fuese un cliente insatisfecho, alguien obsesionado con ella o un loco, o puede que tenga relación con el caso —dijo Mark.

—O ambas cosas, que tenga relación con el caso y que se trate de un loco —expuso Jennifer—. A esta chica la han matado porque sabía algo o había visto más de lo que debía.

—Es posible, pero el qué.

## POR AMOR AL ARTE

Miércoles. Los miércoles por la tarde Jennifer tenía sesión de posado con Henry Davis. Al atardecer, cuando la luz de Nueva York tenía una luz especial solía ir a su estudio y desnudarse ante él.

Henry era un reconocido pintor de vanguardia. No era un hombre guapo, al menos no sólo guapo. Era atractivo. Realmente atractivo. De esos hombres que llaman la atención solo verles. Y más cuando miraba a los ojos. Era de esos hombres elegantes, llevase lo que llevase.

Se conocieron cuando él se acercó en una galería de arte, y le propuso con su tono de voz cálido y sereno pintarla en su estudio. Era un hombre persuasivo.

Llevaba más de un año simulando que intentaba acabar un cuadro de Jennifer desnuda. Pero ella sólo quería hacerle el amor, y siempre terminaban en la cama antes de que hubiese podido avanzar mucho.

El cuadro era la excusa perfecta para sus encuentros amorosos.

Henry vivía en Greenwich Village, junto al Washington Square Park, zona donde solían congregarse artistas y estudiantes. Su estudio era una especie de nave de ladrillo rojizo y escaleras metálicas verdes que ascendían por la fachada hasta la planta superior.

Jennifer llamó al timbre de la puerta. Henry abrió con dos copas de champán en la mano. A Henry le encantaba el champán y aprovechaba la menor ocasión para tomarlo. A Jennifer no le cautivaba demasiado, solía darle dolor de cabeza y se limitaba a hacerle ver que daba pequeños sorbos para acompañarle.

El estudio era al mismo tiempo su vivienda. En su interior reinaba un orden caótico. Los espacios estaban delimitados, pero se podía encontrar cuadros y bocetos en cualquier rincón. La cama estaba alejada de la zona del estudio, pero el recorrido entre los dos sitios estaba unido por láminas esparcidas por el suelo, caballetes, pinceles, botes de pintura y toda clase de artilugios necesarios para su trabajo.

Aunque era poco más alto que Jennifer, su naturaleza vivaz y su porte atlético recordaba a un dios griego. Para la joven, Henry era Eros, el dios del amor. Jennifer era multiorgásmica, uniorgásmica o frígida, dependía de su acompañante y del interés que ella ponía. Algunos la dejaban fría como si fuese una auténtica dama de hielo en la cama, otros la derretían, y algunos la hacían arder. Este era el caso de Henry, su dios particular del sexo.

En la literatura fantástica de crímenes, los detectives, los protagonistas, solían tener gustos refinados. Sherlock Holmes tocaba el violín, el inspector Maigret fumaba en pipa, Poirot cuidaba

con esmero su altivo bigote, Auguste Dupin era un enamorado de los libros raros, y a Philo Vance le entusiasmaba la arqueología. Jennifer no tenía esas aficiones tan distinguidas, a ella lo que le apasionaba era el sexo.

Jennifer se desnudó despacio mientras Henry la observaba dudando si ponerse tras el lienzo preparado en un trípode o acercarse y ponerse sobre ella, pero antes decidió mirar a la joven mientras se quitaba la chaqueta. Después se desabotonó la camisa mostrando el sujetador negro de encaje, se bajó los pantalones dejando ver sus largas y vigorosas piernas, se giró desprendiéndose de las mínimas bragas y del sujetador que cayeron al suelo. Indolentemente se tendió de lado en un amplio diván, como si fuese a posar. Él se acercó y le retiró la melena y vio con deleite su esbelta espalda, sus estilizadas piernas y su ovalado trasero. Henry se tendió pegado a ella en la misma posición. Mientras besaba su piel suave, fue bajando desde la nuca hacia la espalda hasta llegar a las magníficas nalgas. Subió de nuevo, lentamente, al tiempo que curvaba su torso y la cintura para facilitar la penetración. Despacio, su miembro fue entrando y saliendo de la vagina húmeda de Jennifer, que jadeaba ladeando la cabeza para dejar que él la besase en los labios mientras la sujetaba por la garganta. Luego la asió del pelo con una mano, como si fuese las riendas de una yegua salvaje. Besó su cuello, sus hombros, sus brazos. Ella suspiraba de placer, y él la cabalgaba, ahora al trote, ahora al galope, variando el ritmo según la intensidad de los gemidos de Jennifer.

Se fundieron en un lenguaje común: el sexo sin barreras, sin límites de los cuerpos sedientos de erotismo salvaje. Él la miraba con la mirada incendiada. La buscaba con su mano ardiente, y la hundía en su cabello, y el pene erecto en su vagina. Mordía suavemente sus labios, sus mejillas y los lóbulos de sus orejas.

Jennifer se dio la vuelta, y se puso sobre él. Sus manos recorrieron el cuerpo poderoso de su amante. Y él, ahora, se dejaba hacer, extasiado por la visión de la diosa Afrodita cabalgándole. Sus labios exigían más fuego y ellos, en vez de apagarlo, lo avivaban más y más. Los gemidos, al unísono del orgasmo, fueron la explosión final de su ardiente pasión.

Se tendieron en el amplio diván, y Henry apuró con satisfacción el champán de su copa. Se giró hacia ella con una sonrisa gozosa.

—Esta semana tengo una importante exposición.

—Eres un magnífico artista. Te lo mereces.

—¿Vendrás?

—Veremos, ya sabes que no me entusiasman las citas fuera de la cama. ¿Dónde?

—En Manhattan, en un edificio de exposiciones cerca de la avenida Madison.

Jennifer se puso en guardia. No me vengas con otra coincidencia más, rechazó mentalmente ante la posibilidad de que fuese en la galería de Adams.

—¿Quién la organiza? —preguntó con gravedad.

—William Adams —se sorprendió Henry por el tono de voz de Jennifer.

La joven arqueó ligeramente las cejas, y se incorporó en la cama.

—Está muerto.

—¡No es posible! Es uno de mis mejores mecenas.

—Es la noticia de portada de todos los noticiarios.

—No sabía nada. Llevo encerrado aquí varios días pintando. Ni he mirado las noticias.

—¿Desde cuándo os conocéis?

—Hace un par de años me compró algunos cuadros, y hace unos meses me propuso participar en una exposición conmemorativa de los pintores neoyorquinos más destacados del siglo pasado y una visión paralela de pintores actuales.

—Demasiadas coincidencias rodean este suceso —dijo Jennifer.

—¿Estás en el caso?

—Sí, asesoro a la brigada criminal. ¿Hay algún detalle que te pueda parecer relevante?

Falto de elocuencia, negó con la cabeza, hasta que finalmente, con la mirada de su amante traspasándole, contestó con ciertas dudas en la entonación.

—No...

Los ojos de Jennifer se separaron entonces de los de Henry, y con desapego se despidió mientras se vestía.

—Si se te ocurre algo, llámame.

Salió del estudio con una extraña sensación en el estómago. Será el maldito champán, se le ocurrió, pero ella en el fondo sabía que había algo más.

## EL COMPETIDOR

La mañana era templada, la temperatura había subido varios grados. Jennifer se vistió con un pantalón suave de lino verde y una camiseta negra de tirantes. Encima se puso una gruesa chaqueta Mao a juego con la camiseta.

Jennifer subió al Chrysler 300S, deportivo, negro y potente, que esperaba junto a la acera de la entrada del edificio con Mark al volante. El detective llevaba uno de sus clásicos trajes informales que resaltaba su carácter dinámico.

Fueron a la dirección de contacto de la sede de la empresa de Frank Anthony, competidor y antiguo socio de William Adams. Se encontraba en una casa de lujo de cuatro plantas y semisótano de mediados del siglo veinte en Carnegie Hill, una zona de la ciudad impoluta y ordenada.

Subieron los siete peldaños que conducían a la entrada. Un arco anular del pulcro edificio antecedido por una pequeña verja de grueso hierro repujado y la fachada de tonos rojizos, contrastaban con el blanco de las ventanas y los alféizares. Un lugar realmente elegante.

En el vestíbulo, la joven pisó, con sus zapatos verdes de tacón bajo, un enorme león de incrustaciones de pedrería que tutelaba el suelo de mármol. Un secretario calvo y estirado les condujo hasta un despacho a la derecha de la entrada principal. Un gran escritorio presidía la espaciosa sala iluminada por dos amplias ventanas. Una gruesa y valiosa alfombra de tonos pastel indicaba el lujo del lugar y el poderío de Frank Anthony. Un tipo importante.

Si se le miraba de lejos, Anthony tenía un aspecto cansado, un hombre mayor decaído, pero al acercarse se veía una sonrisa pícaro y juvenil. Alto y delgado, con una distinguida nariz aguileña. Su rostro perfectamente afeitado mostraba un cutis curtido por el sol y el aire del mar. Vestía una chaqueta a cuadros, camisa y pantalón de suave tela verde oscuro y zapatos de ante.

Al verles entrar, Frank Anthony se levantó de su silla de ejecutivo y se puso a horcajadas en un lateral del escritorio, y les indicó con la mano que se sentasen en un mullido sillón de cuero, que crujió al acomodarse en él. Ese sonido satisfacía enormemente al marchante de arte. Era una especie de símbolo de su éxito en la vida, de su actual status. Un dato más para activar las conexiones sinápticas de Jennifer, un hombre hecho a sí mismo, que había trabajado duro para prosperar y llegar a donde estaba y que haría cualquier cosa para no volver atrás.

Ante las preguntas sobre su relación con William Adams, el hombre se cruzó de brazos tratando de mostrar seguridad en sus palabras.

—Empezamos juntos en el mercado del arte. Luego seguimos caminos diferentes.

Jennifer hizo una valoración rápida: arrogante, rico, listo y, sin embargo, inteligente.

—Dicen que su relación no era demasiado buena.

—¿Por qué iba a matarle? —interrogó sin más rodeos abriendo las manos y mostrando las palmas—. Hacíamos negocios juntos, y seguíamos siendo amigos.

Anthony era de esos hombres que afrontaban las cosas en el momento sin dejarlas para más adelante.

—Competidores —matizó Jennifer.

—A pesar de la competencia seguíamos siendo amigos.

—No lo parecía —Mark decidió llevar la voz cantante.

—Íbamos a hacer una exposición conjunta con algunos de nuestros respectivos artistas representados.

—Pero incluso con Adams muerto, la exposición se va a hacer, y eso allana su posición en el mercado de arte neoyorquino, ¿no es así?

Frank se acarició el mentón, como si valorase si valía la pena meterse en ese asunto.

—Creo que deberían buscar más cerca.

—¿Cómo de cerca?

—Sarah, su mujer. William sospechaba de ella, pensaba que le engañaba.

—¿Con quién?

—Eso no lo sé, pero lo que sí sé es que estaba preocupado.

—¿Tanta confianza tenían como para contarle algo tan íntimo?

—Hace años éramos muy amigos. Hasta que un día me quitó a mi secretaria, Sarah.

—¿Sarah trabajaba para usted? —se sorprendió Jennifer.

—Así es, pero un buen día me notificó que se iba con William. Desde entonces nuestra relación se truncó. Pero últimamente habíamos vuelto a aproximarnos. Fue él quien dio el paso, y aquello por mi parte estaba olvidado.

Interesante, pensó Jennifer, muy interesante. De un posible triángulo habían pasado a un hexágono. Muchas relaciones e interconexiones. Algunas de ellas probablemente peligrosas y mortales. Como les había dado a entender Abigail Jonhson, no había que descartar al marchante como un candidato a ser el asesino de su amigo y competidor. Uno más en la lista.

—¿Y cómo sucedió que Sarah dejase su puesto y se fuese con Adams?

—Poco antes de que su secretaria enfermase, William se encontró con Sarah en una exposición en el Museo Metropolitano de Arte. Entonces ella trabajaba para mí. Adams comentó la posibilidad de que trabajase con él, pero Sarah declinó la oferta. Ella misma me lo dijo, y luego él me lo confirmó. Pero cuando su secretaria enfermó, él la llamó y acabó convenciéndola.

—¿No sabrá algo sobre una denuncia al Departamento del Tesoro por posible fraude en la contabilidad de Adams? —interrogó Jennifer.

—No es mi estilo. Suelo ser más directo.

—¿Cómo el asesinato? —insistió la joven.

El hombre ni siquiera contestó y con una amplia sonrisa dio por finalizada la conversación.

Al salir del edificio, Mark propuso tomar algo en las inmediaciones. Siguieron la tranquila acera hasta desembocar en la avenida. Caminaron entre los viandantes y los toldos de las tiendas que protegían del sol los exquisitos escaparates. Boutiques de alta moda, bolsos y carísimos

complementos, establecimientos de refinada decoración y muebles de diseño.

En ese barrio en vez de cantinas había cafés con su pizarra a pie de calle indicando sus exquisiteces de forma atractiva.

—Aquí uno es capaz de gastarse cinco dólares en un *freshly*, un *blended* o un *flat coming*; vamos, en un cruasán de toda la vida o en un cappuccino —dijo Jennifer meneando la cabeza.

—Recapitulemos —expuso Mark cuando los dos se sentaron en una terraza—. El crimen lo descubrió la esposa a las dos de la madrugada. Había estado en una gala benéfica con cientos de personas que pueden atestiguarlo. De ahí asegura que fue a su residencia en Alpine, y luego al apartamento. Cuando llegó no vio al portero y abrió ella misma el portal con su llave. Subió en el ascensor. La puerta de la casa estaba cerrada. Entró, se encontró con el cadáver y llamó a la policía.

—Eso parece —asumió Jennifer—, pero habrá que cotejar los tiempos y los recorridos.

—Si fueses el asesino, qué motivaciones tendrías para hacer todo esto —preguntó Mark.

—Quieres buscar razones donde sólo hay trastornos mentales —dijo Jennifer.

—Hasta los perturbados tienen sus motivos.

—Claro, y curiosamente suelen ser económicos, emocionales... Pero lo que ahora me importa no son los motivos, sino el cómo. Por ahí llegaré hasta él. En su recorrido desde que lo pensó hasta el asesinato está la clave, incluso después —su voz fue subiendo de tono—. ¡Esto es lo que interesa! Sus motivos se los puede meter donde le quepan.

Cuando la oía hablar así, impetuosamente, de algún sitio profundo e irracional, a Mark se le encendían los instintos más primarios y sólo pensaba en abrazarla contra su pecho, sentir su cuerpo voluptuoso y hacerla suya, pero sabía que ella lo rechazaría, y algo más, cuando tenía la mirada encendida.

—¿De qué te conoce? ¿Qué interés puede tener en ti? —ante la ahora mirada fría de Jennifer, Mark aclaró—: No me refiero a que no merezcas el máximo interés, sino por qué hace esto precisamente contigo o contra ti. ¿Por qué llamar tu atención? Es lo último que debería de hacer un asesino, y más si pretende seguir matando.

—Quizá crea que soy un adversario digno de sus capacidades, pero que él es aun así superior.

—Pues no sabe con quién se las busca.

—En este momento lleva ventaja. Yo estoy a plena luz y él está en las sombras. Pero creo que pronto las tornas cambiarán.

Estaba claro que, si no fuese por esa carta dirigida a Jennifer, éste sería un caso más, un asesinato por dinero, por poder, por celos... Pero la enigmática misiva abría muchas incógnitas o trataba de enmascarar un burdo asesinato. De cualquier forma, Mark estaba dispuesto a resolver el caso antes de que fuese demasiado tarde.

## EL VELATORIO

El velatorio de William Adams se iba a celebrar en la finca de Alpine, al que seguiría un funeral más privado. Más que un acto luctuoso, se podía considerar un encuentro social del más alto nivel. Destacados políticos, empresarios y personajes de la alta sociedad neoyorquina acudieron para no perderse el evento ni la oportunidad de dejarse ver ante los demás relevantes ciudadanos y las oportunas cámaras de televisión.

Entre las más de cien personas invitadas que acudieron a honrar a William Adams, se encontraban algunos de sus escasos amigos. Entre ellos estaba Frank Anthony, su competidor y socio en la exposición, y Henry Davis, uno de sus pintores predilectos.

El cuerpo de William Adams estaba embutido en un rígido traje negro.

No daba la sensación de ser un hombre sexualmente muy activo, pero quizá vivo sí lo fuese, especuló Jennifer, aunque realmente no se lo pareció. ¿Por qué, entonces, el asesino le había cortado el pene? Miró alrededor del salón. Unos cuchicheaban, otros hablaban en voz alta sin reparos y algunos sonreían mientras de pie tomaban una copa y picoteaban unos canapés de una alargada mesa recubierta de un pulcro mantel blanco.

Jennifer se mantuvo algo apartada observando lo que sucedía. Se acercó al amplio ventanal ovalado que daba a un cuidado jardín. Los setos bien cortados, los parterres cuadrículados, los caminos bien trazados con piedras planas, blancas y relucientes.

El sol apareció entre las nubes. Jennifer se puso las gafas de sol, tratando de esconderse a su vez de la luz cegadora. No le gustaba la lluvia. Mejor dicho, no le gustaba mojarse vestida. Era mejor hacerlo desnuda. Pero tampoco le gustaba sudar bajo el sol, prefería hacerlo bajo unas suaves sábanas de hilo con una buena compañía.

En la parte de atrás del jardín, fuera de las miradas de los invitados, las gotas de agua de los aspersores refrescaban el ambiente creando delicados arcos iris. La hierba simétricamente cortada asomaba entre las losetas, y cubría todo el jardín uniformemente. Un jardinero se encontraba faenando recogiendo los rastros de una reciente limpieza de los setos. Su mono verde pasaba casi inadvertido sobre el fondo del seto.

Siguió con su trabajo hasta que la sombra de la joven se interpuso con el sol.

—Buenos días —dijo Jennifer.

—Así lo sean —respondió el hombre de mediana edad de origen cubano.

—¿Quién ha diseñado el jardín?

—El señor Adams.

—¿Trabajaba él en el jardín?

—Ocasionalmente, pero el señor Adams en persona revisaba que todo estuviese en perfecto estado, tal como él quería.

—Un hombre perfeccionista.

—Hasta el último detalle.

—¿Era un buen patrón?

—Estricto, pero justo.

Cuando Jennifer entró de nuevo al salón, Mark estaba hablando con Larry Lawrence.

—No hay mucho que decir con respecto a la herencia —comentó el abogado—. La voluntad del señor Adams fue dejárselo todo a su mujer, a Sarah Adams.

Jennifer pasó junto a ellos y subió las amplias y curvadas escaleras. El cuarto del matrimonio estaba situado al fondo de un corto pasillo con dos cuadros de tonos pastel a cada lado. La puerta estaba abierta y la luz encendida iluminaba tenuemente el dormitorio. Era una estancia amplia y lujosa. Una cama grande con dosel labrado en tonos marfil presidía el dormitorio. Toda la estancia estaba alfombrada en color beige al igual que la pintura satinada de las paredes.

Asimismo se veían las puertas que conducían a dos grandes vestidores. Jennifer pensaba que un vestidor decía más de las personas que su currículum. Empujó una de las puertas. Era el vestidor del marido. En el suelo, debajo de un estante, una caja con recuerdos. Cosas de cuando era joven, fotos de su época escolar, una de él en su graduación de la universidad con una mujer, que Jennifer imaginó por el parecido que debía ser su madre. En el otro vestidor ropa de mujer, zapatos, vestidos, pelucas, sombreros...

Dos puertas conducían a los baños. Uno era, obviamente, el de Sarah Adams. Un alargado mueble de baño y, en un lateral, una mesa adosada a la pared con un gran espejo y luces alrededor. Jennifer abrió una de las portezuelas del amplio mueble, y escudriñó su interior.

Desde una puerta lateral se accedía a otro pequeño dormitorio. Jennifer vio un libro sobre la mesita y unas gafas. Pensativa, la joven se levantó y regresó al dormitorio principal.

—¿Busca algo? —preguntó Juliette Parker, la secretaria de la señora Adams, desde la puerta.

—No lo sé, por eso miro y observo —contestó Jennifer en tono casual—. Aunque con la poca luz que hay en el dormitorio es difícil ver algo.

—Es una zona privada —dijo en tono reprobatorio. Levantó la barbilla, y la vena de la frente marcada por el pelo estirado en un pequeño moño se acentuó aún más.

—¿Conoce a su señora desde hace mucho tiempo?

—Llevo varios años trabajando para ella.

—¿Le gusta su trabajo?

—La señora Adams le espera —contestó Juliette Parker con sequedad, a modo de fin de la conversación.

Al bajar la escalera, Jennifer se acercó a Mark y los dos fueron a ver a la mujer. Las sombras lívidas de los párpados de Sarah Adams habían desaparecido, pero su gesto seguía siendo grave y aún tenía la mirada perdida.

Tras los oportunos saludos y condolencias, Mark entró en materia.

—¿Ha podido comprobar si faltaba algo en el apartamento?

—He vuelto al apartamento, he revisado todo y no, no falta nada.

—¿No ha echado en falta un neceser de piel de color negro?

—Ahora que lo dice —contestó pensativa—, es posible.

—¿Qué había en su interior?

—Nada, estaba vacío. Lo utilizaba algunas veces cuando íbamos de viaje. Pero hace tiempo que se quedó en el apartamento y no lo había vuelto a usar. ¿Por qué lo pregunta?

—Tal vez el asesino se llevase algo en su interior.

—¿Y qué se puede haber llevado?

—Quizás algo que su marido tenía en el apartamento y que usted no sabía.

—No lo creo, pero...

Algo preocupa a esta mujer, pensó Jennifer. Lo veía en su ojos, quizá fuese la muerte de su marido, quizá fuese otra cosa más simple.

—¿Sí?

—Últimamente estaba raro.

—¿Fue ése el motivo por el que contrató los servicios de nuestra agencia? —intervino Jennifer.

—Así es —contestó la mujer sin inmutarse—. Su comportamiento era... no sé... huidizo.

—¿Por eso dormían en habitaciones separadas?

En el pequeño dormitorio, Jennifer había visto indicios de que el marido dormía allí, al menos ocasionalmente. La mujer le miró sorprendida.

—William roncaba. Problemas de sobrepeso. Y eso le hacía sentirse incómodo.

Jennifer conocía las técnicas para exasperar a las personas y que se situasen en una posición molesta y así dejasen caer las estrategias y barreras que cualquier persona suele tener levantadas ante un interrogatorio o incluso ante una conversación con un desconocido.

—¿Sabía que su marido se vio con una joven el día de su muerte?

—Nada de todo eso tiene ahora importancia.

—¿La reconoce? —preguntó Mark.

Sarah Adams miró atentamente la fotografía que le mostraba el detective en donde se veía a los dos entrar en el edificio. En la pantalla de su teléfono móvil se veía a la chica con la que Adams entró en el edificio del apartamento de Manhattan el día en que le mataron.

—¿Esa? Es su sobrina —dijo en tono despectivo.

Mark y la joven se miraron.

—¿Y por qué se lo ocultaba? —preguntó el detective.

—Seguramente porque mi relación con ella no había sido muy buena.

—¿Por qué? —insistió.

—Su sobrina trabajaba con William, pero tuvo algún que otro comportamiento inapropiado, y finalmente tuve que decírselo. Fue una situación realmente incómoda.

—Su apellido no es Adams.

—William era el hermano de su madre. Su padre se apellidaba Scott.

—Así que usted trabajaba en la empresa de Frank Anthony, el competidor y amigo de su marido, y se pasó de bando cuando su secretaria personal enfermó —incidió Jennifer.

—Él me lo propuso varias veces, pero yo me negué hasta que se quedó sin su secretaria personal, y, cuando volvió a insistir, accedí. Era una buena oportunidad laboral. Aunque sé que eso no le sentó nada bien a Frank Anthony y desde entonces se convirtió en su enconado enemigo, y más desde que nos casamos.

—¿Conoce a esta otra mujer? —Jennifer le enseñó la fotografía de la otra mujer ante la puerta de entrada al edificio del apartamento poco antes del asesinato.

—No se le ve el rostro. No puedo identificarla. ¿Es la asesina?

—Aún no lo sabemos —indicó Mark.

—No hay ninguna fotografía de su familia, ni de la de su marido, ni de la suya —dijo Jennifer.

—Vivíamos el uno para el otro. Eso nos bastaba. El pasado quedó atrás.

—Ni siquiera una fotografía con su madre —comentó Jennifer recordando la fotografía de la caja del vestidor.

—Era un pasado triste. Su muerte, hace unos diez años, le dejó una dolorosa huella. Samanta, su madre, le crio sola, sin ayuda de su padre, que les abandonó cuando era niño, y la sola visión de su fotografía le causaba dolor.

Sarah Adams dio por terminada la charla. Todos los presentes fueron acercándose a darle las condolencias. Cuando llegó el turno de Frank Anthony y Henry Davis, la joven criminalista vio algo que llamó su atención. Fue una milésima de segundo, un gesto apenas imperceptible para cualquiera que no tuviese la capacidad neuronal de Jennifer Palmer.

## EL CLUB DE STRIPTEASE

Cuando salieron de la casa de los Adams, Jennifer sacó del bolsillo de la chaqueta su teléfono móvil. Bajo la sombra de los árboles que filtraban los últimos rayos de sol, llamó a la agencia y habló con Emma Haggerty, la secretaria de Solution Channel.

—Tenemos que averiguar más cosas de Cinthia Scott. Dile a Úrsula que indague más, que vaya a ver a Belinda, su amiga, a ver si sabe dónde solía trabajar.

—Ok, jefa.

—Otra cosa más, que John compruebe la relación entre Sarah Adams y Henry Davis, y que verifique todos los pasos del teléfono móvil de la mujer de Adams en las horas del asesinato.

—Cuenta con ello, jefa.

Jennifer bajó del coche de Mark en la esquina de Long Island con la quinta, y se dirigió a su apartamento. En cuanto entró en el salón y dejó las llaves sobre una repisa sonó el teléfono.

—Cinthia Scott trabajaba en Angie, un sórdido antro —aseguró Emma—. ¿Vamos?

—Aún no. Pásame la dirección y dile a John que prepare un montaje con la fotografía de Cinthia Scott en donde salgamos las dos. Ah, dile que mi ropa en la fotografía sea un tanto ligerita —ordenó a Emma, y le dio las oportunas instrucciones—. Que Ben y Donald se den una vuelta por la zona, y que me esperen allí en un par de horas.

La joven colgó y se quedó unos instantes pensativa.

Tras cambiarse de ropa, Jennifer se dirigió a donde había quedado con sus dos colaboradores en las inmediaciones del club de striptease.

Aparcó a cierta distancia y salió del coche. El pelo suelto, una blusa azul chillón, falda corta de color amarillo eléctrico, que cegaba los ojos, medias botas de un tono rosa imposible, y una bandolera negra brillante colgada al hombro descubierto.

Ben y Donald la esperaban en su coche y se quedaron con la boca abierta al verla llegar. La apretada falda le llegaba justo hasta debajo de la entrepierna, y dejaba poco a la imaginación. Repuesto de la aparición, Ben le pasó a Jennifer un fotomontaje que había hecho John con la fotografía de ella y Cinthia Scott.

—Parecéis muy buenas amigas —dijo Ben con una mueca a modo de sonrisa.

Las dos se veían alegres y sonrientes.

—La información que hemos podido recabar del garito de nuestras bases de datos y ahora sobre el terreno no es muy alentador —explicó Donald con un tono de voz despreciativo.

—Está dirigido por gentuza de cuidado —reveló Ben mostrando su recia mano guarnecida con un par de anillos de oro—. Lo peor de los bajos fondos. El tipo que suele atender la barra es Clark, un proxeneta de poca monta, al que le gusta pegar a las chicas.

—Suena bien. ¡Vamos allá! —anunció Jennifer.

Sus dos acompañantes se quedaron en el coche, conectados a Jennifer a través de un micrófono espía oculto en su ropa, un minúsculo aparato receptor y emisor de la más avanzada microelectrónica.

La joven caminó con andares descarados hasta la calle donde estaba el local, y vio el cartel: Angie. Una zona sucia, un letrero luminoso que al atardecer era aún más triste que de noche. Empujó la puerta. Un establecimiento pasado de moda, con olor a vicio y degeneración, mesas y sofás rojos adosados a las paredes, y un pequeño escenario vacío.

Jennifer siempre se preguntaba por qué esos lugares no podían ser algo más normales, al fin y al cabo la sexualidad era de lo más cotidiano en la vida, y no debería mostrarse en sitios tan sórdidos. Siempre que fuese consentida por ambas partes y que la mujer lo hiciese libremente, si no quienes las obligaban, sometían o manipulaban debían ser perseguidos y condenados duramente.

Cuando se disfrazaba de libertina, el personaje en el que se sumergía Jennifer aprovechaba para fumar. Jennifer encendió un cigarrillo. Negro. Fuerte. Antes de llegar al local, la joven aspiró el humo, tres grandes bocanadas, como si quisiese que le penetrase hasta el tuétano.

Empujó la puerta batiente y al entrar vio a tres chicas. Una joven de piel clara con una rubia y ostentosa peluca coronada con un lazo azul leía una revista en la barra. Una portorriqueña con piernas magníficas se hacía las uñas en uno de los sofás. Y un poco más allá, una mulata con largas pestañas moradas a juego con su exiguo conjunto de minifalda y camiseta, miraba indolentemente su teléfono móvil. Entre las tres no sumarían los años de cualquiera de los dos hombres de edad avanzada que, al fondo del garito, apoyados en la barra, bebían y hablaban por lo bajo.

Los bailes sensuales aún no habían empezado. El local estaba casi vacío. En el centro un escenario con cortinas doradas y una barra vertical pulida donde más tarde las chicas se contonearían para solaz de los clientes.

Detrás del mostrador, un camarero con pinta de matón de discoteca se quedó mirándola impertinente, valorando la mercancía, pero con la poca luz rojiza que había cualquiera cosa que entrase por la puerta parecería aceptable. Sacó un paño, aspiró aire para hinchar el torso y tensó los músculos del brazo para reafirmarlos ante la chica.

—¿Tomas algo?

—Ponme un whisky, solo, sin hielo.

—Buen gusto —dijo el tipo intentando hacerse el simpático, mientras cogía una botella de dudoso contenido y ponía frente a ella un vasito—. Espero que sea para todo.

—Así es, para todo —dijo ella recalcando despaciosamente las palabras—. Busco a una amiga.

—¿A quién? —se mosqueó el hombre mientras dejaba caer el líquido en el vaso.

—La conocerás. Me dijo que si necesitaba trabajo viniese por aquí y preguntase por Clark. ¿Eres tú?

El hombre asintió.

—¿Quién es tu amiga?

—Se llama Cinthia.

—No conozco a ninguna Cinthia.

—A alguna conocerás, aunque sea a tu tía Cinthia de Oregón.

—¿Qué vas, de graciosa? —dijo el hombretón, soltando el aire retenido de los pulmones.

Las chicas, que no le habían prestado atención al entrar, ahora sí que la miraron con curiosidad.

—Mira —dijo sacando una foto del bolso en donde se veía a Cinthia y a ella sonriendo.

John le había hecho en un periquete un fotomontaje con la foto que le había prestado la hermana de la joven y una de Jennifer de unos cuantos años atrás. John era un artista y el montaje no se notaba nada, pero con la poca luz del antro aunque las hubiese pegado con celofán ni se hubiese dado cuenta.

—¿Ya la reconoces?

—¡Es Bella! —dijo una voz estridente a sus espaldas.

Era una de las chicas. La de piel clara con peluca rubia desproporcionada.

—¿Bella?

—Se lo puso éste —dijo la chica señalando con un gesto desdeñoso de la cabeza al camarero, que le miraba con animosidad por inmiscuirse en la conversación.

—Sí, era una chica muy sosa, como la de la película esa de vampiros y hombres lobo, o algo así. Vamos que para echarle un polvo hay que tomarse una docena de esos —aseguró Clark con una estúpida sonrisa en su rostro señalando el vasito de whisky, que seguía intacto en la encimera.

Jennifer no acababa de ver dónde estaba la gracia de lo que no era más que una torpe grosería.

—O sea, que no quiso follar contigo.

La joven rubia se rió con ganas, hasta que el tipo la miró con cara de “luego te vas a enterar”.

—¿La has visto últimamente?

—No creo que ésta vuelva por aquí.

—¿Ah, no?

—Habría encontrado algo mejor. Pero si eres su amiga, deberías saberlo.

—Hace tiempo que no estamos en contacto, y su teléfono no está operativo. Pero en realidad vengo por otra cosa —cambió de dirección Jennifer—. ¿Qué trabajo me puedes ofrecer?

—Depende —contestó el tipo mirando sin disimulo sus formas sensuales.

—Ah, sí, mejor lo hablamos en un sitio más discreto —dijo ella con naturalidad.

—Vamos atrás —propuso el hombretón.

Dejó el paño que tenía apretado en el puño, y ordenó a la joven portorriqueña que ocupase su sitio en la barra.

—Y tú —le dijo a la mulata—, ve al almacén y avisa a Bill que salga.

Abrió la marcha hacia una puerta de color verde con desconchados situada al fondo del local junto a los aseos. En un trozo de papel raído a duras penas se adivinaba: Privado.

La puerta chirrió al abrirla. Al entrar, se veía una desvencijada mesa de despacho con tres

sillas, y un camastro al fondo de la dependencia llena de cajas de botellas y olor a cerveza rancia.

—Así que Bella era sosa —dijo Jennifer.

—Sosa hasta morir.

—Pues está muerta, pedazo de cabrón —espetó Jennifer propinándole un duro y seco golpe en la entrepierna.

El hombre cayó redondo. Jennifer le arrastró hasta el camastro. Y se sentó de medio lado junto a él.

—Bien, ahora que estamos cómodos me vas contar todo lo que sabes.

—No te voy a decir nada, cabrona. Te voy a matar —balbuceó al tiempo que se cogía los testículos con ambas manos. En la sien una vena azulada palpitaba como si fuese a salirse disparada.

—Mala elección —señaló ella con serenidad, y con un rápido movimiento le inmovilizó las muñecas con unas esposas de plástico.

Sacó un estilete de una funda que llevaba oculta en la bota y se lo puso en los testículos. Le abrió la bragueta y antes de ponerle el estilete en la zona más delicada, vio que llevaba un tanga rojo.

—¿En serio?! —exclamó la joven.

La libido de Jennifer caía en picado en cuanto veía a un hombre en tanga. Era lo menos erótico que podía ver en la cama, eso y un hombre con calcetines, especialmente si eran calcetines negros de ejecutivo.

—A veces me tiembla la mano, y más después de tomar un whisky —dijo ella, aunque ni siquiera había probado el mejunje que el hombretón le había servido en la barra.

—¿Está bien! ¿Qué cojones quieres saber, tía loca?!

—¿Con quién se relacionaba Bella? ¿Tenía chulo? ¿Algún cliente asiduo?

El sujeto rumió un instante antes de contestar.

—Unos tipos vinieron hace un par de días y me preguntaron por la chica. Les dije que no sabía nada. Pero no estuvieron satisfechos. Tuve que decirles lo que sabía. Si tú te crees muy dura, no tienes ni idea de quienes son, ni de lo que pueden hacer.

—Tú tampoco has visto nada de lo que yo puedo hacerte si no me dices algo sobre esa gente y dónde puedo localizarla.

—No sé nada. Y aunque lo supiera no te diría nada. Tú no me vas a matar, y ellos sí que lo harán si se enteran.

—Yo no se lo voy a contar, pero sí te voy a decir lo que te va a pasar si no me lo dices en diez, nueve, ocho... —dijo la joven apretando el estilete un poco más por encima de los testículos.

—¡Me matarán!

—Mejor muerto que sin tus colgajos.

Y él estuvo de acuerdo.

—Vale, vale... Sólo sé que uno de ellos tiene relación con un centro o algo así. Buscan chicas para salvarlas de la vida inmoral, o eso es lo que dicen. Pero dan muy mala espina. Yo de ti me mantendría bien lejos de ellos, o mejor, no, ¡vete a verles, maldita zorra!

—¿Por qué sabes eso?

—He visto a uno de ellos un par de veces por garitos como éste buscando chicas a las que sacar de estos ambientes. Se dice que no se andan con tonterías, y que más de uno que se les ha enfrentado no se le ha vuelto a ver. ¡Pero yo no sé nada, ¿me oyes?!

Le puso un trozo de espuma que asomaba del colchón, y le ató los tobillos con otra cincha de plástico.

—Ok. Ah, y procura no volver a tocar a ninguna de las chicas. Si lo haces volveré y no seré tan amable contigo como hoy. ¿Me has oído? Asiente si estás de acuerdo.

El hombre movió frenéticamente la cabeza.

Jennifer salió. Las chicas esperaban atentas y expectantes.

—Es mejor que le dejéis descansar un ratito. Le he dejado agotado.

—¡Espera! —casi gritó la joven, que se había quitado la peluca rubia dejando ver su pelo moreno cortado al uno—. ¿Le ha pasado algo a Bella?

—Está muerta —soltó Jennifer frenando su paso hacia la salida—. La han asesinado.

—¿Ha sido él? —preguntó la chica portorriqueña.

—No creo. ¿Le crees capaz?

—Es un fanfarrón —reflexionó la joven—. Pega a las mujeres, pero no tiene estómago para matar.

—Hace poco Bella dejó de venir —intervino la joven mulata.

En ese momento el tal Bill apareció con unas botellas del almacén, y se quedó mirándola con cara de pocos amigos. Pero antes de que pudiese siquiera acercarse, la puerta se abrió y entraron Ben y Donald. Instintivamente, el hombre trató de sacar una pistola de debajo del mostrador, pero Ben ya lo había previsto y le sacudió un fuerte golpe en el mentón que dio con sus huesos en el mugriento suelo de detrás de la barra. El tipo tardaría un buen rato en recuperar la consciencia. Por si entraba alguien, Donald se puso en la barra como si fuese el camarero, e hizo un gesto a los dos únicos y estupefactos clientes para que se mantuviesen tranquilos.

—Un tipo vino un par de veces a buscarla —continuó la chica—. Ella me dijo que habían quedado otras veces, que era muy atento y educado, y que quería ayudarla. Pero a mí me daba mala espina.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Sé que de vez en cuando vienen tipos raros intentado atraer a otras chicas pero no sé para qué. No sé nada más.

Los tres salieron del local, y se dirigieron a la agencia. Habían obtenido nueva información, pero de momento no llevaba a ningún sitio. Había que seguir investigando en una nueva dirección y ver a dónde llevaban las relaciones de Cinthia Scott.

## EL TEQUILA DE LAS CINCO

Cuando acababa de trabajar, a Jennifer le gustaba llegar al borde oriental de Brooklyn y acercarse a Prospect Park. La avenida Flatbush. Las avenidas ordenadas dejaban paso a las bulliciosas calles. Era la frontera entre una forma de entender Nueva York y otra más pura y genuina. Familias de diferentes nacionalidades se reunían en las cantinas, en las tiendas de todo a 99 centavos y en las calles, que se convertían en círculos sociales. Jóvenes de Barbados, Jamaica, Trinidad o Granada en una mezcla de sonidos musicales y voces de diferentes idiomas y etnias. Rastafaris, chilabas o reverendos pentecostales con sus prédicas en plena calle, y unos metros más allá algún joven jamaicano cantando reggae.

Una mujer de mediana edad con una especie de bata y con los ojos muy abiertos, le dio un panfleto arrugado anunciando el fin del mundo.

—¡Pecadores! ¡Arderéis en el infierno! —exclamaba con voz que pretendía ser apocalíptica, pero que sonaba monótona y desfasada, como todas las recurrentes y fallidas predicciones milenaristas, se decía Jennifer, recordando los incontables finales del mundo que había oído en muchas otras ocasiones.

Prácticamente cada año, alguien vaticinaba un fin del mundo. Sin embargo, el planeta seguía dando vueltas y más vueltas alrededor del Sol y con la gente encima cometiendo los mismos supuestos pecados de siempre sin importarle un comino las profecías de su eminente desenlace fatal. A Jennifer no le interesaba lo más mínimo estas historias de salvadores y salvados, sabía que la única redención para vivir en paz consigo mismo era hacer las cosas correcta y honestamente según su propia conciencia y no según opinasen otros.

Ensimismada en sus pensamientos, un montón de colillas húmedas a la puerta del badulaque le trajo al lugar dónde estaba. Edificios caóticos y desordenados, desconchados, grafitis en paredes enmohecidas, verjas oxidadas. Dos puertas abatibles de conglomerado verde separaban la calle de la entrada a la cantina en un ir y venir constante de clientes y amigos.

La madre de Jennifer tomaba todas las tardes el té de las cinco. Le había inculcado esa costumbre, sólo que ella con la rebeldía de su juventud, desde que murió su padre, en vez de té tomaba tequila. Eso sí, nunca lo hizo en casa de su madre, y después siguió con la costumbre de tomarlo fuera de casa. Hacía tiempo que solía ir a El Laberinto, un local donde se servían bebidas de todo tipo y cocina de lo que se le ocurría hacer ese día a la propietaria. Todos los días, Kayla sorprendía a sus habituales con alguna perla culinaria y con sus cocteles especiales.

El establecimiento no estaba demasiado lejos de donde Jennifer vivía, y después de su incursión en la sala de streptase fue a su apartamento, se duchó rápidamente y se cambió de ropa.

Desde allí fue dando un largo paseo hasta El Laberinto.

Repiqueteo de vasos, botellas y platos, conversaciones, susurros, risas y música soul y, sobre todo ello, la presencia de Kayla. Una mujer de algo menos de cuarenta años, alta, corpulenta, de raza negra, guapa, con unos ojos limpios que quitaban el hipo, y unos pechos que cualquiera, fuese hombre o mujer, no podía menos que admirar. Soltera, sin hijos, sin amantes conocidos. Kayla. Una joya de un metro ochenta de magnífica mujer. Ciento veinte, ochenta, cien. Medidas rotundas. Perfectas.

Dos camareras jóvenes de raza negra servían con sonrisas y faldas cortas las mesas y la barra. Por la mañana el ruido del propio local atestado, por la tarde la música góspel, los blues o el soul inundaban suavemente El Laberinto.

Los viernes y los sábados, cuando caía la noche, tocaba una banda de blues, The Fabulous Band. Aunque como el local era frecuentado por músicos y toda clase de artistas, más de una vez, algunos se arrancaban a tocar y cantar. La misma Kayla solía acompañarles cantando sus blues preferidos, y las guapas camareras y sus amigas hacían los coros y el acompañamiento.

En cuanto Jennifer entró por la puerta, Kayla le sirvió un vasito de tequila, sin sal, sin limón, añejo solo, *derecho*, para notar lo fuerte del alcohol y ese momento de jadeo mientras bajaba por la garganta, como un instante antes del orgasmo.

Kayla vestía un traje amplio, largo, por debajo de las rodillas, que apenas ocultaba la rotundidad de un cuerpo firme y espectacular. Nariz perfecta entre pómulos abiertos y sonrientes. Cejas finas que se ensanchaban cuando se acercaban a sus hermosos ojos, dándole a su mirada una profundidad hipnótica. Pelo liso que se ondulaba por debajo de los hombros, negro como la noche, con olor a pan recién hecho.

Kayla se sirvió otro trago. Sin gesto alguno hacia su clienta, como todos los días que iba Jennifer, brindó.

—Para que cuando nos vaya mal, nos vaya como esta tarde.

Y se lo tomó de un trago. Sus brillantes pendientes, largos y llamativos, se movían al compás de su energía incesante. Limpió su vaso con el trapo blanco y lo dejó en su sitio hasta el día siguiente. Generalmente Jennifer ponía un billete sobre la barra y salía sin despedirse, aunque a veces le gustaba quedarse a charlar un rato con Kayla. Era de las pocas mujeres que no se sentía agredida por la belleza y seguridad de Jennifer, y podía hablar con ella sin barreras ni máscaras.

Sólo fallaba los días que tenía trabajo o relaciones sexuales con alguno de sus hombres cañón o cuando llovía. A Jennifer no le gustaba mojarse ni siquiera debajo del paraguas.

Las camareras y las amigas de color de Kayla hablaban sin cesar. Cada una de ellas tenía la necesidad de contar sus cosas y especialmente su autobiografía sentimental. La propietaria y Jennifer escuchaban sin apenas participar, pero cuando lo hacían solían ser claras y rotundas.

—Todas tenemos una historia de amor —dijo una de ellas, menuda, ojos vivaces y cuerpo macizo y sensual—. Al menos una.

—Algunas tienen muchas —explicó otra de las chicas, huesuda y con cara alargada, con acritud aunque acabó soltando una risotada—, incluso algunas más de las que desearían. Tengo cuatro hijos, y alguna de las historias que les trajeron al mundo me las podía haber evitado.

—Más te hubiese valido —intervino una de las chicas—. Pero es lo que hay, y a ver si te sirve de experiencia.

—A ver si a la quinta vez aprendo —la aludida rió de buena gana y bebió un largo trago de

su alargado vaso.

—En ocasiones las historias de amor son escurridizas, se escapan entre los dedos de la memoria —intervino Kayla con una sonrisa picante—. Y más vale no acordarse o, mejor aún, no contarlo.

—Otras viven entre los dedos —dijo Jennifer—. ¡Vaya! Qué filosófico me ha salido. Pero, eso, las mejores historias son las de cuerpo a cuerpo, las que puedes tocar con las manos y con más partes de tu piel.

A Jennifer el amor romántico, obsesivo y atrapante, no le interesaba, al menos no más de unas cuantas horas. Luego se ponía la falda o los pantalones, los zapatos, con o sin tacones, y a otra cosa.

—Es tan difícil encontrar al verdadero amor —opinó la joven menuda, soltando intencionadamente un melodramático suspiro—. Ojalá fuese como en las películas.

Jennifer enarcó las cejas. Las películas románticas le daban arcadas. *West Side Story*, *Titanic*, *Cumbres borrascosas*, *Sonrisas y lágrimas*... para echarse a llorar, y no precisamente de emoción sentimental. Más bien ella era de *Pulp Fiction*, *Kill Bill* o *El gran Lebowski*. Y de Chuck Berry antes de las bandas sonoras lastimeras y lacrimógenas.

Eso no quitaba para que Jennifer no fuese romántica. El sexo y el romanticismo muchas veces iban unidos, otras no.

Romanticismo y sexo unidos: a veces.

Romanticismo por sí sólo: no.

Sexo por sí sólo: sí; sola o en compañía.

Jennifer regresó a su apartamento. Se fue quitando la ropa mientras se dirigía a la ducha. Descalza recorrió el suelo de madera y entró en el baño. Al momento el agua templada caía por sus hombros. Se puso gel en la mano, y mientras el agua le quitaba la tensión acumulada, se acarició con suavidad el clítoris. Bueno, un poco más de relajación no iría mal, se dijo. Acercó el cabezal de la ducha y dejó que el agua masajeara el clítoris. Después se frotó con la esponja suave y húmeda, y luego acabó con las yemas de los dedos índice y corazón, en círculos, de arriba abajo, suave, despacio, más rápido, más energético... El sonido del agua acompañaba sus suaves gemidos.

Salió de la ducha y se sirvió una copa de vino tinto. Siempre tinto, el blanco ni para hacer gárgaras, le gustaba decir.

El resto de la tarde lo pasó en su casa ante la gran pantalla de su ordenador repasando aspectos del caso y escuchando música. Sonaba *Hoochie Coochie Man*. Muddy Waters, con su voz rota, confesaba:

*Yo llevo a Juan el conquistador, así que voy a meterme contigo. En la séptima hora, en el séptimo día, en el séptimo mes, los doctores dirán: Él nació con buena estrella y lo verán. Yo tengo 700 dólares, no te metas conmigo. Pero tú sabes que yo soy él, todos saben que yo soy él.*

Sonó el teléfono. Era Mark.

—¿Nos vemos?

—Unos minutos antes y te hubiese dicho que sí. No, en serio, estoy cansada.

—Ya, un poco tarde. Bueno, otra cosa, me ha llegado el informe del forense.

—¿Alguna novedad?

—Te lo envío, y mañana hablamos.

## EL ABOGADO

Reunión en la agencia. El grupo estaba de pie alrededor de la alargada mesa rectangular de cristal. Había que poner en común lo que cada uno había averiguado y abrir nuevas vías de investigación.

—No hemos hecho suficiente hincapié en la premisa más elemental de un crimen: ¿a quién beneficia? —opinó Donald.

—Pero es un caso claro... —opinó Nicole—. Está la carta, la forma de matarle... No parece un asesinato por lucro.

—Y también la muerte de la sobrina de Adams, y los ambientes sórdidos en los que se mezclaba —dijo Ben.

—Se abren muchas incógnitas y posibilidades, pero alguien está detrás de todo esto —opinó John.

—Es posible, ya trazamos un perfil, pero aparquemos eso de momento —intervino Jennifer—. Si no supiésemos lo de los Desafíos del Hombre, qué pensaríamos.

—Que obviamente la mujer es la mayor beneficiaria —reconoció Nicole—. Hereda todos los bienes del difunto.

—¡Ah! —intervino John—. He comprobado los movimientos del teléfono de Sarah Adams en la noche del asesinato a través de las diferentes antenas de telefonía que registran sus movimientos, y concuerda con su versión.

—No nos olvidemos del abogado, Larry Lawrence —dijo Ben—. El fiel asesor fue quien nos contrató en nombre de la mujer del fallecido a través de Juliette Parker, la secretaria personal de Sarah Adams.

—Vale —asintió Jennifer—. Haré que Mark cite al abogado en la brigada, y veamos qué pasa.

—Ah, una cosa más —participó John—, según confirma el Departamento del Tesoro no ha habido ninguna inspección a la empresa de William Adams.

—¿Habría mentido Abigail Jonhson o fue alguien haciéndose pasar por inspector del Departamento del Tesoro? —se planteó Úrsula.

—Pero ¿por qué motivo? —preguntó Nicole entornando aún más sus ojos oblicuos y apretando sus labios refinados—. Nunca había oído algo así.

—Otra cosa más que debemos averiguar —sentenció Jennifer—. Puede tener que ver con el caso, o también puede que sea un intento de estafa. Alguien que hurgó en sus asuntos para tratar de

encontrar algo con lo que chantajearle.

—Adams tenía una gran fortuna —John amplió los datos de las propiedades y bienes—. Buena parte en inversiones y en su negocio de arte, y también liquidez, aparte de la casa de Alpine, el apartamento y el edificio de la empresa de arte.

—El dinero siempre es un motivo de asesinato —aseguró Ben.

—William Adams era hombre de pocos amigos, dedicado a su trabajo hasta que apareció Sarah y se casó —dijo Nicole.

—He indagado más sobre la secretaria —intervino Donald—. Cuando estuvo enferma, fue la primera vez que estaba de baja laboral por enfermedad.

—¿De qué enfermó? —preguntó Jennifer.

—Se puso enferma del estómago, mareos, vómitos... Adelgazó y perdió vitalidad de forma alarmante, y le costó varios meses recuperarse —explicó Donald.

—Quizá la envenenaron... —recapitó Jennifer—, y Sarah llegó y se quedó. Investigad más a su antiguo amigo y socio, a Frank Anthony. Es uno de los mayores beneficiarios de esta muerte.

Jennifer abrió el informe del forense que le ha enviado Mark. Fue repasando la causa de la muerte y las circunstancias en las que se produjo, la hora, el lugar, la posición del cadáver, la carta...

Se acercó al frigorífico y puso un vaso ancho de cristal en un espacio rectangular y apretó el botón. Los cubitos de hielo cayeron sobre el vaso y añadió agua de un tubito que sobresalía del hueco.

En el informe de criminalística había muchos datos de las muestras recogidas, pelos, restos de agua y gel de la ducha, trazas de cosmético...

Los pelos encontrados pertenecían a la víctima y a su mujer, los restos de la ducha eran del gel que había en una botella y las trazas de cosmético debían ser asimismo de la mujer.

—El gel y el maquillaje por sus componentes son de los caros y poco frecuentes —dijo Úrsula.

—¿Nada más? —indagó Jennifer.

—Son ricos y compran cosas caras, pero si te interesa podemos indagar algo más sobre la composición —explicó la joven pelirroja—. Hablaré con Gardner por si puede aportar más datos.

—Cualquier detalle será bienvenido.

Lloviznaba cuando salió del restaurante Toloache. En la acera se habían formado algunos charcos que reflejaban los edificios de ambos lados de la calle 50. Había comido a toda prisa unos saltamontes secos estilo Oaxaca y unos sabrosos tacos de pescado rebozado, lechuga crujiente, salsa de ajo, pico de gallo y jalapeño. Le encantaba la comida mexicana, pero al cabo de un rato le dejaba la garganta seca.

Jennifer pisó el último charco antes de acceder al edificio de la brigada. En cuanto subió a la planta de la brigada, se sirvió un vaso de agua en el grifo del dispensador del hall que conducía a la zona donde trabajaba el inspector. Se lo bebió de un trago y lo volvió a rellenar antes de dirigirse a la mesa de Mark.

—Veo que estás sedienta —dijo Mark—. ¿Comida mexicana?

Ella le hizo un gesto de reprobación, y le pidió llevar la voz cantante en el interrogatorio. Él

accedió sabiendo lo persuasiva que podía ser, y más con un hombre.

Larry Lawrence llegó a la brigada con aspecto relajado, tranquilo, elegantemente vestido y sonriente.

En cuanto se hubieron sentado frente a frente, Jennifer le preguntó sin más rodeos.

—¿Por qué ordenó a la secretaria de la señora Adams que contratase nuestros servicios?

La joven le miró fijamente a los ojos como si no quisiese perder detalle de sus más mínimos gestos. Se inclinó intencionadamente para dejar ver a la vista del abogado la curva insinuante de sus senos.

—La señora Adams estaba preocupada por su marido —contestó Lawrence devolviéndole, imperturbable, la mirada—. Su comportamiento en los últimos meses era extraño.

—¿En qué sentido?

—Tenía sospechas de que William la estaba engañando.

—¿Para lograr un provechoso divorcio?

—¡No! —se escandalizó el hombre levantando la mano donde se veía una costosa alianza de oro—. Era una pareja bien avenida.

—De todas formas ahora ya no es necesario —dijo Mark—. Ella lo hereda todo.

—Así es —confirmó el hombre—. Era la voluntad de William Adams.

—¿Por qué a nosotros concretamente? —insistió Jennifer—. Hay muchas otras agencias que están más especializadas en este tipo de actuaciones.

Su pensamiento avanzó lo que creía que el hombre iba a contestar. Era un juego que su propia mente hacía para tratar de adelantarse a los siguientes sucesos.

—Tenía buenas referencias.

Una vez más acertó en sus predicciones.

—¿Quién se las dio? ¿Alguno de nuestros clientes satisfechos?

—Umh... verá, no lo recuerdo en estos momentos. Puede que alguien me lo dijera o que viese algún anuncio.

—No nos anunciamos. Somos muy discretos.

—Quizá fuese eso lo que me recomendaron. Si tienen tanto interés trataré de buscar en mi agenda alguna anotación al respecto. ¿Alguna pregunta más? —el hombre se estaba impacientando, pero seguía mostrando unos ademanes calmados.

—¿Sabe el montante de la fortuna del señor Adams?

—Aún no está plenamente cuantificada, dado el poco tiempo transcurrido desde su muerte, pero es una suma elevada, sin duda.

John había revisado las cuentas bancarias y las propiedades del fallecido y, efectivamente, su fortuna era realmente importante.

—¿Y cuáles son las intenciones de la señora Adams con respecto a las posesiones?

—Eso tendrían que preguntárselo a ella, aunque mi opinión es que debería vender parte de las propiedades, especialmente el negocio, antes de que se devalúe al no estar su marido al frente, que era el mayor experto en arte de vanguardia de todo el Estado de Nueva York.

—¿Dónde estaba usted la noche que mataron a William Adams?

—En mi casa. Escuchando música clásica y leyendo un buen libro. Mi mujer lo puede corroborar.

Tras la charla con el abogado y con el estómago dando saltos, Jennifer regresó a la agencia con la mente sumida en desmenuzar toda la conversación con el abogado y tratando de encontrar correspondencias con cualquier otro de los muchos datos que había ido recabando en la investigación. Aunque, de momento, había más sombras que luces en sus sinapsis y redes de circuitos neuronales. Pero ella sabía que las neuronas se comunican entre sí mediante conexiones sinápticas, en las que intercambian información entre ellas, y que sus neuronas se modulaban a la perfección debido al dinamismo constante al que las sometía y a las sincronías de sus experiencias anteriores. Y que esa experiencia y actividad neuronal al ir cruzando datos y posibilidades antes o después le conduciría a una pista esclarecedora.

—Tenemos a Henry Davis —dijo Nicole en cuanto Jennifer entró en la sala.

—¿Davis? —preguntó la jefa, que por un momento no recordó que había dado instrucciones a Donald y a Nicole para vigilar el estudio de Henry.

Al cabo de un par de días de observación desde la cafetería que estaba justo enfrente, Nicole vio llegar a Sarah Adams.

Al poco Donald subió y llamó a la puerta, Henry abrió con una bata puesta.

—Ah, disculpe —dijo Donald—. Debo haberme equivocado.

Un par de horas después, cuando los dos hubieron salido del estudio, Donald y Nicole abrieron la puerta con una ganzúa y entraron. Dos copas de champán y otros indicios mostraban que habían tenido un encuentro más que amistoso. Además, el boceto que estaba en el caballete no dejaba lugar a dudas. Donald sacó su teléfono e hizo fotografías de algunos de los esbozos del estudio de Henry.

Una vez volvieron a la oficina, Donald trasladó la imagen gráfica de su teléfono móvil a la pantalla, y apareció la figura del boceto que había pintado Henry Davis. El rostro de Jennifer no se inmutó lo más mínimo al ver quién aparecía en ella.

—Es perfectamente reconocible —dijo Úrsula.

En la imagen se podía ver sin ningún género de duda los trazos del cuerpo desnudo de Sarah Adams.

—Se conserva muy bien —opinó con ojo experto John.

—Sí, y es realmente hermosa, no me extraña que Adams perdiese la cabeza por ella —dijo Donald.

—Y quizá la vida —sentenció Jennifer.

## EL DRAGÓN

El sol se estaba poniendo y la iluminación de la ciudad comenzaba a alumbrar las calles entre dos luces. Como no tenía ganas de conducir, Jennifer le pidió a Ben que le dejara en el estudio de Henry de camino a su casa. El viejo detective no era muy dado a entablar conversaciones banales, lo cual a Jennifer le parecía perfecto. Hablar por hablar le parecía una solemne majadería.

Cuando llegaron a la esquina de Broadway con la 8ª, Jennifer le dijo que la dejara allí mismo. El viejo detective paró el coche y ella se bajó.

—¿Te acompaño? —preguntó con su voz grave.

—Hablamos mañana —impuso Jennifer desde la portezuela abierta.

Era miércoles. Los miércoles por la tarde tocaba sesión de pintura con Henry.

Al entrar, él le dio un beso en la mejilla.

—Llevo varios días encerrado pintando —alegó a modo de excusa por su aspecto desaliñado.

Trazó una sonrisa blanca que destacó aún más en su suave barba de varios días. El pelo peinado hacia atrás le daba un aspecto más formal, pero la barba contrastaba esa primera impresión.

—Estás, estás... diferente —dijo Jennifer—. No pareces tú.

—Como si fuese la primera vez.

—Sí, siempre, una continua primera vez o tal vez la última.

—¿La última? —se inquietó el artista.

—Eres el amante de la mujer de tu jefe asesinado —Henry pareció por un momento desconcertado—. Me dedico a esto, ¿cómo pensabas que no me iba a enterar? —quiso saber Jennifer.

Su pregunta era lo más cordial que cabía suponer dadas las circunstancias y el carácter impetuoso de la joven.

—¿Crees que soy culpable del asesinato? —el joven enarcó las cejas sorprendido.

—Creo que eres estúpido. Pero estoy casi segura de que no mataste a William Adams y que no eres cómplice de asesinato.

—¿Piensas que fue Sarah?

—Tal vez, estamos en ello. Es una sospechosa más. Pero pronto lo sabremos.

—No creo que tenga nada que ver.

—¿Por qué me ocultaste que la conocías?

—¿Qué importancia puede tener eso?

—No sólo la conocías, sino que eráis amantes.

—No me pareció relevante ni oportuno, y más teniendo en cuenta nuestra relación, ¿no crees?

—Aparte del día del velatorio y de ayer, ¿cuándo fue la última vez que la viste?

—El día del asesinato. Vino a verme después de ir a una gala benéfica.

—¿Y cuándo se fue?

—Estuvo un buen rato, pero creo que bebí demasiado y no lo recuerdo con exactitud.

Aquella declaración sorprendió a Jennifer. La mujer les había contado otra versión de los hechos. Pero aquello ya lo verían al día siguiente.

—Nuestra relación, como tú la llamas, es de índole puramente sexual —dijo Jennifer—. No hay ningún compromiso entre nosotros más que el querer ambos vernos de vez en cuando y disfrutar de nuestros cuerpos.

Henry le miró de forma tan intensa que la joven desabrochó su camisa, y exploró con sus dedos su torso y su cuello. La barba de unos pocos días le daba un aspecto rebelde, como un potro sin domar.

Él se dejaba hacer, anticipando con la mirada el tacto de sus pechos anhelantes, de sus piernas junto a las suyas, de su cuerpo ondulante.

La mirada hipnotizada de Henry permanecía absorta en sus ojos. Ella le retiró el pelo lacio que caía por su frente. Él rozó su mejilla de seda con los dedos, y besó con delicadeza sus labios, luego su nariz, el mentón, los párpados, el lóbulo de la oreja, después lentamente el cuello. Sus cuerpos se aproximaron. Ahora fue ella la que se dejaba hacer, hasta que bajó por la garganta hacia sus pechos vibrantes. Entonces le alzó, y fue Jennifer la que le besó apasionadamente. Le quitó la camisa con parsimonia, mientras él dejaba caer sus pantalones.

Henry se apoyó contra la pared. Elevó a Jennifer sujetándola por debajo de los muslos. Ella pasó un brazo por el cuello de su amante para apuntalar la postura. Sus muslos apretaban la pelvis de Henry mientras él la penetraba.

Henry se sentía el hombre más viril y poderoso teniéndola a su merced, insertada en su pene erecto, bajo la presión de los músculos de sus brazos. Él trataba de seguir el ritmo sin perder el control. Pero más de una vez tuvo que pedirle que parara un momento. La posición era tan sensual que le era difícil mantener el dominio de su eyaculación. Los dos encontraron el vaivén más placentero hasta que ella estalló de placer.

El sofá les esperó para sentir sus cuerpos desnudos. Ella sobre él. Jennifer se sentó en cuclillas sobre los muslos de Henry. Masajeó su pene, lo introdujo en su vagina y cerró los muslos mientras movía la cintura en suaves movimientos circulares.

Jennifer se quitó por encima de la cabeza la camisa de seda y la camiseta blanca de tirantes que llevaba debajo, pero él le cogió la mano y la bajó para que sus pechos sobresaliesen sobre la camiseta. Se agachó y los cogió con las manos apretándolos hasta tenerlos frente a sus labios. Alternativamente fue lamiéndolos, mordisqueándolos...

Ella le levantó y le besó apasionadamente el cuello, los hombros, los pezones. Se dio la vuelta y Henry la penetró por detrás. Sus dedos revueltos en el pelo manejaban con firmeza el cuerpo

cimbreado de Jennifer.

Un calor arrollador bajó desde su cabeza por todo el cuerpo. Jennifer deseaba que nunca cesara. Giró la cabeza y sus lenguas se juntaron en un vaivén enloquecedor. Sus corazones latían desbocados.

Una hora después se tumbaron en la cuadrada cama de madera maciza. Henry sirvió dos vasos de zumo de naranja de una jarra, y pasó su dedo índice por el brazo de Jennifer hasta llegar al único tatuaje que tenía. Un dragón rojo.

De jovencita Jennifer creía que era una persona común, pero pronto descubrió que no. Max, uno de los chicos más populares del instituto, le pidió que fuese su novia, pero pronto la dejó con una cheerleader rubia de bote y copas del sujetador rellenas con papel de váter. Entonces supo que era especial, y no por tener algo diferente, sino porque era ella. Lo era porque no necesitaba a nadie para ser feliz y, sobre todo, para ser ella misma. Al cumplir los dieciocho años decidió hacerse su primer tatuaje. Danny Zerox le hizo un dragón en el hombro. Un hermoso e indómito dragón. Zerox era el mejor tatuador que conocía. El número uno en tatuaje realista. Si alguna vez se volvía a hacer otro tatuaje no dejaría que nadie más tocara su piel. En cuestión de tatuajes sí que tenía claro que la fidelidad a las cosas bien hechas era importante.

—¿Qué simboliza? —preguntó Henry.

—Es sólo un dragón —contestó con cierta aspereza. No tenía intención de revelar ninguna intimidad.

—¿Por qué te lo hiciste?

—Muchas preguntas para una primera cita —dijo ella, quitándole la mano del brazo.

—¿Primera cita? No es...

—Para mí siempre lo es, porque si no es la última. De todas formas, probablemente esta sea la última —dijo categórica—. Mañana deberás ir a la brigada a declarar.

Mientras se vestía, Jennifer vio reflejado en el espejo el tatuaje de su hombro. Era el dragón que luchaba contra el mal, contra Nian, la terrible bestia que surgía del mar y mataba a la gente.

## EL INTERROGATORIO

Sarah Adams apareció en la brigada acompañada por su abogado, Larry Lawrence, embutido en un traje oscuro de corte clásico. La mujer llevaba grandes gafas de sol y un sombrero Fedora, elegante y fresco, de color gris oscuro rodeado de una banda perla.

—Nos mintió —espetó Mark sólo sentarse en la sala de interrogatorios—. Estuvo con Henry Davis, pero nos dijo que desde la gala benéfica en la terraza del hotel Hudson se fue a la finca en Alpine.

—¿En qué podía ayudar que estuviese en uno u otro sitio? —respondió con dignidad la mujer.

—Estaba con su amante.

—No quise manchar la memoria de William con detalles escabrosos que no iban a aportar nada a la investigación.

—¿Nada? Su amante está vinculado a su marido.

—¿Es sospechoso?

—Es un sospechoso, al igual que ahora usted por ocultar información relevante.

—¿Qué podía ganar él?

—Celos, intereses... Si su marido se hubiese enterado podía haber suspendido la exposición y cortar la relación comercial con Henry. Esto hubiese sido un duro golpe para su carrera.

Mark hizo una premeditada pausa.

—¿Sabía que su marido sospechaba que usted le engañaba?

—¡De ninguna manera! Es más, era yo, como bien saben, la que veía algo extraño en el comportamiento de mi marido. Y mi intuición era acertada, como se ha podido comprobar. Pero ahora da igual.

La mujer emanaba una sensación de sensatez y respetabilidad, y parecía satisfecha de que el inspector fuese tan directo.

—Vamos, vamos —intervino, conciliador, Larry Lawrence, que se mantenía sentado junto a su clienta, y le puso la mano en el antebrazo—. ¿Por qué iba a querer matarle?

—Por dinero —contestó Mark.

—No tenía ningún motivo para desearle la muerte, y menos para asesinarle —dijo la mujer.

—La señora Adams tenía un acuerdo muy favorable en caso de divorcio —terció Lawrence—. Y su relación sentimental con el señor Davis no menoscababa en absoluto dicho acuerdo.

—Nos gustaría ver ese acuerdo.

Lawrence miró de soslayo a Sarah Adams, que asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—En cuanto llegue al despacho se lo haré llegar —dijo el abogado.

—Henry era uno de los pintores favoritos de William —la mujer hablaba con calma y mesura—. De hecho, en unos días se inaugura una exposición que mi esposo había preparado con mucho mimo, y uno de los pintores más destacados es Henry.

—¿No se va a suspender, dadas las circunstancias?

Sonrió con cierto halo de tristeza y sus rasgos uniformes se acentuaron.

—No creo que a William le gustase.

—Quizá si hubiese sabido que su pintor estrella era amante de su mujer, hubiese querido hacer algo más que cancelarla.

—Es un comentario fuera de lugar —intervino Lawrence—. La exposición se hará como él deseaba. Además, precisamente por las circunstancias los patrocinadores no permitirán que se suspenda.

—Quizá lo mató para ocultar su adulterio —dijo Mark.

—¿Ocultarlo? ¿A quién? Mi marido estaba al corriente de todo lo que yo hacía. William conocía perfectamente mi relación con Henry y estaba totalmente de acuerdo. Él mismo dio su visto bueno.

—No parece muy creíble que su marido consintiera compartir a su mujer con alguien —adujo Mark—, que por otra parte era un artista al que él representaba.

—Padecía problemas cardiacos. Pueden confirmarlo con su médico, el doctor Morris. Y por eso me instó a buscar un amante, además de que gracias a esta relación, Henry firmó un contrato muy ventajoso para mi esposo.

Cuando la mujer salía de la sala de interrogatorios, Henry Davis entraba a otra sala. Se vieron tan solo un instante en la distancia cuando ella se marchaba y él llegaba.

—Es mejor que le interroge yo solo —dijo Mark.

Jennifer estuvo de acuerdo y se situó en la dependencia contigua a la sala de interrogatorios tras el cristal que le permitía ver y oír sin ser vista.

Sin mucho protocolo, en cuanto estuvieron sentados frente a frente, Mark comenzó el interrogatorio.

—¿Dónde estabas el día en que mataron a William Adams entre las doce y las dos de la madrugada?

—En mi estudio. Pintando. ¿Soy sospechoso?

Henry aparentaba estar tranquilo y seguro de sí mismo, y eso le repateó al detective.

—Eres el amante de la mujer de un hombre rico que ha sido asesinado, y que además era tu mecenas, con el detalle de que ella lo hereda todo. Sí, claro que lo eres. Veamos, ¿algún testigo?

—No... Bueno, pedí una pizza a Domino's. Por cierto, exquisita —apuntilló con cierta sorna Henry—. Tengo el ticket.

—¿A qué hora?

—Sobre las nueve. Luego, algo más tarde, llegó Sarah.

—Tiempo suficiente para ir y matarle. O ella al salir de la gala benéfica pudo matarle y

llegar a tu estudio.

—Imposible, Sarah se quedó una hora, hasta que recibió un mensaje de su marido, y se fue algo más tarde.

—¿No lo sabes con exactitud?

—En esas circunstancias no suelo estar mirando el reloj.

—La firma de las cartas es DH, y tu nombre es Henry Davis.

—Las iniciales están al revés.

—Igual te crees muy ingenioso.

—Sería bastante estúpido.

—Los artistas soléis creeros más listos que los demás.

—¿Sí?

—Pensáis que vivís a costa de unos cuantos primos sin pegar ni golpe.

—¿Alguna pregunta más? —comenzó a impacientarse Henry mostrando un gesto adusto.

—Bien. Estate localizable —zanjó Mark, que no vio motivo para retenerle más hasta tener nuevas pruebas que le incriminasen.

Cuando acabó el interrogatorio y Henry se marchó, los dos se sentaron en la mesa de trabajo de Mark. La oficina era una mezcla de orden y caos, archivadores tradicionales y pantallas planas, y en el conjunto cromático predominaban los colores pardos de los suelos y paredes en contraste con los beige claros de los techos y divisiones.

—Adams diseñó el jardín de su mansión —explicó Jennifer—. Vigilaba que todo estuviese tal y como él había dispuesto.

La mirada de Mark parecía no entender a dónde quería llegar. La joven abrió las manos y enarcó una ceja.

—Era un hombre meticuloso, que le gustaba que todo estuviese en su lugar y controlado.

—¿Y eso que nos dice? —preguntó Mark, que sabía que su argumentación iba más allá y que no debía impacientarse.

—Pudo permitir que su mujer tuviese un amante, siempre que él estuviese al tanto e incluso haberlo elegido él.

—Muy rebuscado. Un argumento muy rebuscado —insistió el detective, levantando él, a su vez, una mano.

—Tal vez para otro hombre, pero no para él.

—¿Y eso dónde nos lleva?

—A que esa relación extramatrimonial no tiene por qué ser la causa de su muerte.

—Quizá él pudiese estar de acuerdo con esa relación, pero puede que la otra parte no lo estuviese en que Adams participase y quiso quitarlo de en medio.

—Es posible... —dudó Jennifer.

En ese momento apareció Ron con unos papeles en la mano y se los entregó a Mark.

—El acuerdo prematrimonial entre Sarah y William Adams. Tiene una buena razón para no querer matarlo en base al acuerdo prematrimonial —dijo Ron—. Iba a recibir una buena suma sin necesidad de asesinarlo y sin riesgos.

—A veces la codicia puede más —contestó Jennifer—. Y uno lo quiere todo.

—¿Y por qué Adams desconfiaría de ella? —preguntó Perry—. Al menos es lo que dice Frank Anthony, su antiguo socio. A no ser que Anthony quiera desviar la atención de sí mismo.

—Si William Adams sabía que su mujer mantenía relaciones con Henry, no era por ese motivo que desconfiaba de ella —aseguró Mark.

—Quizá no era con quién sino en qué —aseguró Jennifer—. Y la pregunta sería, ¿en qué creía que le engañaba?

Jennifer y Mark bajaron a la sala de autopsias en busca de Gardner. Le encontraron encorvado sobre un microscopio. Con sus dedos enguantados manejaba unas finas pinzas moviendo algo en la bandeja bajo las lentes de aumento, tan diminuto que sólo él podía ver.

Mark carraspeó insistentemente hasta que, huraño, el doctor levantó la vista.

—¿Notaste algo extraño en el corazón de Adams?

—¿Que le clavaron un cuchillo? —contestó con cierto enfado—. Si lo hubiese detectado estaría en el informe, ¿no crees?

—En el informe explicas que tenía un trastorno ventricular.

—Algo bastante común en personas de cierta edad, cierto sobrepeso y cierto tipo de vida estresante.

—¿No estaría siendo envenenado para que muriese de un infarto o algo similar?

—La autopsia no reveló nada anómalo, salvo que murió apuñalado.

—¿Pero es posible?

—Todo es posible. Pero hay que tener conocimientos farmacéuticos y médicos para saber qué sustancias son y para conocer la forma de aplicación, las dosis, el tiempo... y que no dejen rastro. ¿Tienes algún indicio sólido que nos haga replantearnos que hay que ampliar lo que hemos hecho hasta ahora? Si no es así, estoy muy ocupado con asuntos reales y no en conjeturas.

Mientras hablaban, Perry entró en la sala. Su corpulencia pasaba desapercibida al ver sus labios finos y el rostro sonrosado, pero era una impresión engañosa, era un joven fuerte y decidido.

—El doctor Morris confirma que William Adams en los dos últimos años padecía una alteración cardíaca, pero también asegura que era un hombre fuerte y resistente, y que probablemente no hubiese fallecido de muerte natural hasta dentro de muchos años.

Gardner arqueó las cejas mientras miraba a Mark, como si le preguntase si quería conocer alguna obviedad más.

Mark se giró y junto a Jennifer comenzó a salir de la sala, pero antes de que el doctor pudiese replicar, aún tuvo tiempo de una última petición.

—No estaría nada mal que tratases de encontrar algo más.

## LA EXPOSICIÓN

Ante el amplio espejo rectangular del baño de su apartamento, Jennifer se arreglaba para ir a la exposición que William Adams había preparado para exhibir la obra de Henry y de otros pintores de vanguardia. Recogió su pelo en un moño alto, dejando al aire su seductora nuca, y puso un bonito alfiler estrellado del mismo color que su pelo. Rodeó su fino y firme cuello con un collar de pequeños brillantes, que su mentor y amigo de su padre, Walter Collins, le había regalado cuando se graduó en la universidad. Se pintó los labios con una barra de color frambuesa. Su boca de fresa resaltaba tentadora en un rostro suavemente maquillado en tonos cobrizos. El vestido negro y ceñido le sentaba como una media, destacando sus largas piernas, las caderas angulosas y el pecho erguido.

Cuando sonó el timbre de la puerta del edificio, la joven estaba lista, pero aun así se entretuvo un rato. A los hombres hay que hacerlos esperar lo justo para que estén anhelantes pero no fatigados, se dijo a sí misma mientras se servía una copa de vino. Cuando creyó que había pasado el tiempo adecuado, cogió un pequeño bolso negro y cerró la puerta tras ella.

—¡Guau! —exclamó Mark al verla aparecer por la puerta del edificio.

Mark, apoyado en el capó de su coche, iba elegantemente vestido con un traje gris oscuro que resaltaba su cabello rubio y sus ojos azules y profundos.

—¿Estás lista? —dijo tontamente viéndola con su traje ceñido, abierto por un lateral y con un amplio escote que dejaba ver parte de sus generosos pechos.

—¿Y tú, estás listo?

—¡Vaya! —acertó a decir mientras apretaba su cuerpo al suyo con la excusa de darle un beso en la mejilla—. Estás... espléndida.

—Gracias, bombón. Tú tampoco estás nada mal —sonrió Jennifer picaronamente, viendo que sus músculos se marcaban en el ceñido traje y algo destacaba en la entrepierna.

Edificios bien alineados y escalonados con precisión, fachadas de ladrillo rojo y maderas nobles tintadas de blanco. El barrio donde estaba la galería de William Adams parecía más elegante que de costumbre.

Mark paró el coche frente a la puerta. Un muchacho uniformado bajó de dos en dos las escaleras y, diligentemente, cogió las llaves y el billete que le ofreció el inspector.

Abigail Jonhson, la que fue secretaria personal de William Adams, les recibió en cuanto traspasaron la puerta que conducía al hall.

—Una pregunta —dijo Jennifer con complicidad cogiéndole del brazo—, la sobrina de

William Adams trabajaba con él. ¿Qué pasó?

—Era una buena chica. No hacía mucho que estaba en la empresa, pero al menos tenía responsabilidades.

—¿A qué se refiere?

—No parecía que hasta que llegó aquí las cosas le hubiesen ido muy bien, pero en la empresa logró estabilizarse, hasta que la mujer del señor Adams decidió que la despidiera.

—¿Y él no se opuso?

—En aquel tiempo, el señor Adams sólo veía la realidad a través de los ojos de su mujer. Aunque con el tiempo creo que cambió y sé que había decidido acercarse de nuevo a su sobrina.

La mujer miraba disimuladamente a uno y otro lado como si buscara a alguien.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Jennifer.

—Se me hace extraño no ver al señor Adams por aquí conversando con unos y otros —dijo la mujer con voz afectada.

Los camareros, en traje de etiqueta, andaban entre los invitados con bandejas llenas de copas con distintas bebidas. En eso se acercó Sarah Adams. Llevaba un vestido de escote redondo de color nácar y una gruesa gargantilla de diamantes.

—Él lo hubiese querido así, querida —aseguró la viuda saludándoles con un leve gesto de la cabeza—. Disfruten de la velada.

Sarah se dirigió hacia donde estaba su abogado hablando con una mujer alta y delgada. Las dos se alejaron conversando animadamente y Larry Lawrence, elegantemente vestido, se acercó a Jennifer y a Mark con una amplia sonrisa, semejante a la que exhibiría un actor de Hollywood tras haber recibido un Oscar a la mejor interpretación.

—¿Ha venido solo? —preguntó Jennifer.

—Oh no, Merrill —dijo refiriéndose a la mujer con la que estaba hablando un momento antes—, mi esposa, volverá enseguida, está hablando con Sarah. Se la presentaré.

El hombre fue en su busca antes de que Mark le dijese que no era necesario.

—Es homosexual —aseguró Jennifer.

—Está casado.

—Eso no tiene nada que ver.

—Si apenas le conoces —dudó Mark—. ¿Cómo puedes saberlo?

—Las mujeres guapas sabemos cuándo alguien nos mira con deseo o con simple cortesía. Te lo puedo asegurar, le he puesto a prueba un par de veces.

—Tal vez no seas su tipo o le imponga que seas criminalista.

La joven le escrutó un instante con su penetrante mirada.

—Conforme —concedió Mark—. Es homosexual. ¿Y qué?

—Puede que signifique algo o puede que no. Cuando venga su mujer te lo diré.

En ese momento se acercó el abogado llevando del brazo a su acompañante, una mujer estilizada, de rasgos agradables, con el pelo corto y negro, y vestida con un elegante traje de dos piezas.

—Cariño, te presento a Mark Crowell, inspector de la brigada contra el crimen de la ciudad de Nueva York, y a la asesora de la brigada, Jennifer Palmer. Mi mujer, Merrill Gibb, abogada

penalista, así que vayan con cuidado que es mucho más intransigente que yo —chanceó.

—Bueno, si finalmente resulta ser usted el asesino ya tiene quien le defienda —soltó Jennifer con una sonrisa pero con voz firme.

—Oh, no creo que pudiese pagar sus honorarios —contestó jovialmente Lawrence cogiendo dos copas de la bandeja del atento camarero vestido con un esmoquin blanco que se acercó solícito a ellos.

La pareja se alejó, y Jennifer habló por lo bajo a su acompañante.

—Significa algo. ¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—De cómo ella te miraba.

—¿Cómo? —se impacientó Mark.

—Como si fueses su hermano pequeño. Es lesbiana.

—¡¿Qué!?

—Sí, hombre, es una pareja de conveniencia. Quizá para que papá y mamá crean que llevan una vida respetable.

—Ser homosexual o lesbiana es ser respetable.

—¡Pues claro que sí! Aunque en ciertos círculos no lo crean. Así pueden mantener una fachada de respetabilidad en su ambiente decadente.

—Eres una auténtica bruja. Es como si vieras a través de las personas.

—Sólo de ti, sólo de ti, cuando me miras con lujuria cuando hablo de cosas serias.

—Qué cosas dices —dijo Mark, con ademán enfadado, pero no pudo resistirse a preguntar —: ¿Cómo ahora?

—Sí, como ahora, pero déjalo de momento y centrémonos. Las personas no siempre son lo que parecen; es más, generalmente nunca lo son. La cuestión es si esa falsa apariencia oculta algo relevante para el caso o no.

Jennifer solía buscar en lo que aparentaban aquello que ocultaban. Y por su aspecto y forma de conducirse, Larry Lawrence ocultaba muchas cosas. ¿También lo haría Merrill, su mujer?

Mark se alejó a hablar con algunos de los invitados, y Jennifer vio entre la gente a Henry delante de uno de sus cuadros hablando con dos parejas de posibles compradores. Al darse cuenta de su presencia, el artista se acercó a ella con una copa de champán en la mano.

—¿Te gusta el arte? —le preguntó Henry, que no sabía muy bien sus gustos más allá de su acogedora cama.

—Claro, aunque depende lo que entiendas por arte.

—Munch, Van Gogh...

—Si no hubiese un gran negocio especulativo detrás de estos pintores, la mayor parte de sus obras no valdrían ni un centavo.

Henry la miró con los ojos bien abiertos, incrédulo ante lo que oía.

—De hecho, personalmente —continuó ella—, si no supiese su absurda cotización, ni siquiera me pondría la mayor parte de sus obras ni para cubrir un desconchado de la pared.

—La gran mayoría de la gente no opina así.

—Porque ha oído lo que valen, pero si preguntase a quienes no tienen esa información opinarían más o menos lo mismo que yo.

—Bueno —se resignó Henry—, al menos este encuentro parece más ameno que el del otro día.

—¿Te refieres al velatorio de Adams o al interrogatorio en la brigada?

—Bueno —repitió—, cualquiera de los dos momentos no fue muy grato. Pero es agua pasada, y la vida sigue. Aunque en realidad prefiero acordarme de nuestro último encuentro en el estudio.

—Ya ni lo recuerdo. Es como si hubiese pasado una eternidad.

—Te puedo refrescar la memoria cuando quieras. ¿Después de la exposición?

—Los miércoles, recuerda, sólo los miércoles.

—Esperaré impaciente —le susurró Henry antes de que Jennifer se diese la vuelta y se alejase con sus andares felinos.

## EL SUCESO

Había amanecido cuando sonó el teléfono. El sonido de la llamada interrumpió la sesión onírica y sensual con Jim Morrison. Justo ahora que Jennifer estaba comparando el beso de Jim con los de sus amantes. ¿Quién sería?, pensó con irritación antes de descolgar.

—¿Jennifer? —oyó la voz de Mark.

—¿Sí?

—Han matado a Henry Davis —soltó el detective sin más preámbulos. Era una dura noticia, pero él sabía que a Jennifer no podía adornarle la realidad, si no decírsela sin más.

Se hizo un silencio espeso al otro lado de la línea. Ni un aspaviento, ni un gesto conmovido. Un leve escalofrío. La dama de hielo.

—¿Dónde?

—En su estudio. Tengo el caso asignado —ante el mutismo de la joven, Mark continuó hablando—. Lo cogemos. Cuenta con ello.

—¿Tienes información?

—Sí, pero no sé si es conveniente que te involucres.

—Ya lo estoy —dijo con frialdad Jennifer—. No perdamos tiempo con sentimentalismos.

—Como quieras, pero quizá Mael no esté de acuerdo.

—Quizá.

—Conforme, nos vemos en el lugar del suceso.

—Vale.

Jennifer cortó la comunicación, pero se quedó quieta, con el pensamiento concentrado en lo que acababa de oír.

El lugar del suceso. Henry era ahora un caso, un suceso.

Estaría vivo si hubiese aceptado la invitación a ir a su estudio después de la exposición, especuló Jennifer. Notó cómo las lágrimas le llenaban los ojos y una presión le subía por la garganta. Pero una impetuosa furia se lo impidió. No, no lloraría ni ahora ni nunca hasta que hubiese cazado al asesino.

Al cabo de unos instantes se puso en pie dispuesta a luchar, dispuesta a cazar a su asesino. Sí, ella sabía quién lo había matado: D.H.

La joven entró en el estudio de Henry cuando Mark y su equipo habían acabado la primera evaluación del lugar, y el inspector ordenaba que entrasen los de criminalística.

—Todo suyo, doctor —indicó el joven fotógrafo de la brigada cuando por la puerta apareció el doctor Gardner.

Una mujer de mediana edad estaba siendo interrogada por Perry. Era la persona que hacía las labores domésticas en el estudio de Henry. Abrió con la llave que el pintor le había dado, y se encontró con el cadáver.

—Hemos descartado el móvil del robo —explicó Mark sin más dilaciones a Jennifer—. En su cartera hay bastante dinero, y su anillo y el reloj valen varios miles de dólares, aparte de los cuadros y otros objetos de valor.

La joven se acercó al cuerpo desnudo de su amante. Tenía una expresión serena y confiada, como cuando acababan de hacer el amor.

—Murió entre la una y las tres de la madrugada —certificó el forense—. En condiciones normales, la rigidez empieza a las siete horas. En este caso este muchacho no llevará muerto más de seis.

—Ha sido nuestro hombre —le dijo Mark.

—Lo sé —contestó ella secamente—. ¿Y la nota?

Ella estaba segura de que había una nota. Un paso más en el juego funesto del asesino.

Jennifer cogió el sobre plastificado que le dio el detective.

*Segundo asalto de Los Desafíos del Hombre. Un paso más en el camino hacia tu propia muerte, Jennifer Palmer. Ha muerto otro hombre.*

*El mundo querrá saber qué es todo esto. Pero tú sabes que yo soy él, todos saben que yo soy él.*

*D.H.*

—¿Esa no es una estrofa de una de las canciones que sueles escuchar? —preguntó Mark.

—Sí. *Hoochie Coochie Man* de Mudy Waters.

—Tal vez el asesino esté obsesionado con la canción —dijo Ron Speegle, que se había acercado tomando notas con una libreta en la mano.

—O con Jennifer —opinó Mark—. Sabe que te gusta. Voy a revisar tu apartamento y la agencia por si hay micrófonos o cámaras.

—No hay nada. ¿Te crees que no lo hemos pensado? En la agencia se revisa periódicamente, y nada. Y en casa hace pocos días pasamos el detector.

—¿Y el coche?

—No, el coche no lo hemos comprobado —reconoció Jennifer.

—Dame la llave —pidió el detective.

Jennifer la sacó del bolsillo de su amplia chaqueta de cuero negro, y Mark se la pasó a su subordinado.

Ron salió del estudio. Fue a su vehículo a por un aparato detector de micrófonos y transmisores espía, y se acercó al vehículo de la joven. Al poco rato apareció con un minúsculo dispositivo en la mano.

—Micro y célula de seguimiento.

—Un modelo de última generación —apuntó Mark mirando el dispositivo con atención—. De lo mejor que hay.

—Esto no se encuentra en una tienda por la calle —corroboró Ron.

—Un punto más a favor de nuestro asesino —dijo Jennifer—. ¿Y el arma?

—Una daga vieja y roma. Por lo visto, es probable que sea la misma que mató a William Adams. Gardner nos lo confirmará. Esta vez el asesino ha tenido el detalle de dejarla.

Mark le enseñó un sobre plastificado con el arma dentro.

Jennifer dio un respingo, y cogió el sobre mirando su interior con atención.

—La conozco.

—¡Cómo! —exclamó Mark.

—Sí, esta vieja daga la usaba mi abuelo y luego mi padre para abrir las cartas. Era una época en que aún había cartas, claro.

El instrumento homicida era un arma blanca de hoja corta y ancha; una especie de pequeña espada con empuñadura de marfil y hoja reluciente en la que se veían unas manchas de sangre.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. Mira esas marcas en la empuñadura están hechas por mis dientes. Cuando era niña me gustaba morderla, y mi padre siempre me reñía. Decía que era peligroso, pero yo era un poco tozuda y se vio obligado a esconderla.

Mark asintió, aunque lo de un poco no le cuadraba. Tozuda, y mucho.

—Nunca más la volví a ver.

—Hasta hoy —reflexionó Mark—. Se está tomando muchas molestias. No es un asesino cualquiera.

—Un juego de altos vuelos. Bien, jugaremos. Subiremos el nivel.

—Déjame pensar. Es difícil que la mujer con la que posiblemente mantuvo relaciones sexuales lo matase con esta daga. A no ser que fuese muy fuerte.

—*Oui*. Como yo, por ejemplo.

—No gastes bromas con esto. El arma tiene poco filo y la punta está roma. Incluso para un hombre sería difícil. Haremos pruebas en el laboratorio a ver si encontramos huellas, pero me temo que no.

Al oír la conversación, Gardner se acercó.

—El hecho de que la punta esté roma hizo que las heridas en los dos casos hayan sido mucho más destructivas que si hubiese estado bien afilada, pero para causar esos destrozos a tal profundidad hay que hacerlo con precisión y mucha fuerza.

La mirada de Jennifer andaba perdida, pero sus neuronas trabajaban al cien por cien. Tras mirar el arma más detenidamente, el doctor, cogió una copa vacía que habían recogido del pavimento y, aunque no era muy dado a especulaciones, arriesgó una hipótesis.

—Aunque no lo puedo afirmar con total seguridad, es muy posible que la víctima haya sido drogada con un narcótico en el champán.

—¿Algo más que puedas adelantarnos? —preguntó Mark admirado de la buena predisposición del forense.

—Ha sido un profesional.

—¿Sufrió? —preguntó Jennifer.

El doctor Gardner se sorprendió de la pregunta, pero contestó sin su habitual arrogancia.

—Probablemente ni siquiera se enteró. Estaba drogado —dijo señalando una botella de champán—. La herida en el corazón fue instantáneamente mortal.

Mientras se dirigían al despacho de la brigada en el ascensor que comunicaba todo el edificio, Mark quiso romper el incómodo silencio.

—El asesino ha matado a dos personas relevantes, y las dos relacionadas con el mundo del arte. ¿Qué vínculos encontramos? —preguntó Mark sin esperar respuesta—. Uno obvio: tú, el otro: Sarah Adams.

—Vayamos a verla —indicó Jennifer deseosa de avanzar lo más rápidamente en la resolución del caso.

## NIAN, LA BESTIA

Al llegar a la finca de Alpine, vieron que la seguridad de la casa de los Adams había aumentado considerablemente. Unos técnicos estaban montando cámaras de seguridad y dos guardas armados vigilaban la puerta y el jardín.

La secretaria de la mujer de Adams les condujo hasta el salón donde esperaba la viuda. Estaba sentada en una butaca junto a un amplio ventanal mirando el jardín, llevaba un sencillo traje de dos piezas gris perla, el pelo recogido en un pañuelo de seda del mismo color y grandes gafas negras.

—No vale la pena vivir así, enclaustrada en mi propia vivienda —dijo al verles entrar—. En cuanto Lawrence se ha enterado de la muerte de Henry ha ordenado que me pusieran protección.

—¿Sabía que Henry Davis había sido asesinado?

—Sí, la empresa estaba tratando de localizarlo por asuntos de la exposición y, al enterarse, han llamado a Lawrence y él me ha dado la noticia.

La mujer hablaba con entereza y una cierta actitud de entrega ante las desgracias que se producían en su vida.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Henry Davis, señora Adams? —preguntó Mark.

—Ayer sobre las diez de la noche.

—En ese caso es usted probablemente la última persona que vio con vida a Henry Davis —comentó el detective.

—Llegué sobre las nueve o algo más, y una hora más tarde salí. Cuando le dejé estaba vivo —aseguró Sarah Adams.

—¿Tuvo relaciones sexuales con él anoche?

—Sí —contestó secamente.

—¿Se cruzó con alguien al salir del estudio? —preguntó Jennifer.

—Cuando me marchaba vi un hombre justo enfrente. Me dio la sensación de que estaba esperando algo o a alguien.

—¿Podría describirlo? —intervino Mark.

—La cara no, estaba oscuro y llevaba una capucha. Pero era alto y atlético.

—Poca cosa nos da —dijo el detective.

—¿Soy otra vez sospechosa?

—Marido muerto. Amante muerto —interpretó Mark—. ¿No ve la conexión?

—Claro, yo. Así es, yo soy la víctima. Dos hombres a los que amaba han sido asesinados. Puede que la siguiente sea yo.

Jennifer se sorprendió de que en aquel momento el rostro de la mujer empalideciese, y su habitual seguridad y aplomo desaparecían como por ensalmo. Bajó la mirada y, por primera vez, se la vio como una viuda desvalida y no como la gran dama de sociedad que solía aparentar.

—Podemos protegerla —dijo Mark.

—Lawrence ya se ha encargado de hacerlo —explicó mirando hacia el jardín donde se veían las nuevas medidas de seguridad.

La mujer hizo una pausa antes de continuar.

—Encuentren al que le ha hecho esto a mi marido... y a Henry.

Volvían a Manhattan cuando de nuevo vieron a lo lejos las celebraciones del año nuevo chino. Por la calle desfilaban cientos de personas con máscaras, animales míticos, dragones... Los miembros de la banda musical hacían sonar distintos instrumentos, tambores, flautas y timbales.

—Nian, la bestia que habita bajo el mar y sale cuando llega la primavera para atacar a la gente —reflexionó Jennifer viendo a uno de los monstruos.

—¿Cómo se puede luchar contra una bestia que se esconde y sólo sale para atacar y volver a su escondite? —preguntó Mark.

—En la tradición china se usan petardos y la danza del león, en la que los bailarines emplean instrumentos ruidosos —bromeó Jennifer.

Después de ese comentario, la joven se quedó pensativa, y al momento soltó una exclamación.

—¡Eso es, eso es!

Mark la miró sorprendido.

—¡Tenemos que hacer ruido!

El inspector seguía sin entender nada, pero estaban llegando de nuevo a Greenwich Village, frente al estudio de Henry. La joven se despidió de Mark. Bajó del coche para coger el suyo y dirigirse a su apartamento.

Desde la acera miró el edificio de ladrillo rojizo, y las ventanas desde las que más de una vez él se asomaba a verla llegar. Se imaginó llamando al timbre, y a Henry abriendo la puerta con dos copas de champán en la mano.

Para Jennifer no era fácil encontrar a alguien con quien congeniar, y más si se trataba de encontrar una pareja para sus juegos de cama. Era exigente y ponía el listón muy alto. Rara vez tenía química con alguien, y cuando lo encontraba procuraba no dejarle escapar. Todo es cuestión de química, solía pensar. Las personas que a otras podían parecerles atractivas, a ella solían provocarles escasa química y mucho aburrimiento. En realidad no tenía muchas relaciones, no conocía a mucha gente con la que quisiera tener una cita. Jennifer quería seguir libre sin ataduras, pero no se consideraba una persona solitaria, se sentía plenamente completa, pero cuando conectaba con alguien era emocionante sentir su presencia en la distancia, saber que de vez en cuando se iban a encontrar y satisfacer sus mutuos deseos, y por eso echaba de menos a Henry.

Cuando ella tenía algo contra alguien iba de frente, directa al combate. Pero aquel monstruo la atacaba por detrás, haciendo daño a otros, matando a una de las personas que más apreciaba. Y eso la rebelaba. ¡Maldito cabrón!

A aquella hora apenas había luz en la acera por donde caminaban los transeúntes. Justamente las farolas más cercanas a la puerta de entrada del edificio de Henry difundían menos luz que el resto de las que se encontraban en la misma calle. Un buen lugar para pasar desapercibido.

Subió al coche y accionó el equipo de música.

*Yo llevo a Juan el conquistador, así que voy a meterme contigo. En la séptima hora, en el séptimo día, en el séptimo mes, los doctores dirán: Él nació con buena estrella y lo verán. Yo tengo 700 dólares, no te metas conmigo. Pero tú sabes que yo soy él, todos saben que yo soy él.*

¿Cuándo ella se había metido con él? ¿Cuándo se habían cruzado sus caminos?

Ineludible. Aunque su pensamiento trataba de dirigirse a otras cuestiones para tener más perspectiva, iba y volvía al recelo de cuáles eran los motivos, qué pretendía. Tal vez Mark tenía razón, y había que investigar cuáles eran las razones tras las apariencias, qué había detrás de aquel comportamiento desequilibrado.

Ahora sí, Jennifer se preguntó dónde estaría aquel miserable, quién le había educado, dónde había crecido, quiénes habían sido sus amigos... Demasiadas preguntas que aún no tenían respuesta.

Una llamada en su móvil. En la pantalla apareció en número de su mentor, Walter Collins.

—Me acaban de notificar la muerte de Henry. Lo siento.

—Gracias —respondió secamente Jennifer.

—Tenemos que vernos.

—Sí. ¿Mañana? —respondió la joven.

—Te espero —dijo el hombre, y colgó.

Walter, él siempre estaba allí, presente en la distancia, ayudándola, aconsejándola, y eso, aunque ella era para muchos la mujer de hielo, la reconfortaba.

Cuando fue reclutado y formado como agente secreto, Walter era un joven atleta, políglota y un brillante estudiante en la universidad de antropología. Al poco tiempo ya estaba en territorios hostiles en misiones de estudiar a las tribus locales, sus costumbres y cuáles eran sus motivaciones para ser insurgentes. Eran servicios de alto riesgo de los que había salido bien gracias a su bien forjado carácter y a su formación en espionaje, armas de fuego, ingenios electrónicos y ordenadores, pero especialmente gracias a su fuerte personalidad e inteligencia. Su capacidad de aprender lenguas exóticas y comprender costumbres diferentes le permitían integrarse rápidamente en cualquier lugar del planeta. Podía hablar a la perfección el pastún, el farsi, el urtu y otras lenguas de zonas de recurrentes conflictos.

Un soltero de oro, unas pocas relaciones amorosas conocidas, y muchas más repartidas por los cinco continentes. Pero la naturaleza peligrosa del trabajo de Walter le impedía echar raíces sentimentales. Él seguía un estricto código de honor de no involucrar a nadie directa o indirectamente en los riesgos que conllevaba el estilo de vida que había elegido. Incluso cuando el amor se cruzó un par de veces estuvo en la encrucijada de renunciar a su carrera como agente secreto, pero siempre primó la lealtad a su país y a su trabajo. Una vez retirado de sus labores internacionales como agente secreto, la rutina de mantener fuera de su vida a personas que pudiesen correr riesgos por su trabajo siguió formando parte de su forma de relacionarse. Jennifer

era de las pocas personas a las que dejaba acercarse lo suficiente como para ver más allá de la máscara.

## NACIMOS PARA SER VALIENTES

Jennifer había continuado el caso con la mayor naturalidad, pero ella sabía que algo se había roto en su interior. En cuanto llegó a su apartamento, instintivamente puso en marcha el equipo de música y se tumbó sobre la cama. ¡Maldita sea!, pensó. Ya nunca más volvería a tener a Henry entre sus brazos.

Sonaba 2pac en *Until the End of Time*:

*Toma estas alas rotas. Necesito que tus manos vengan a curarme una vez más. Hasta el final del tiempo. Así yo podría volar lejos, hasta el final del tiempo.*

Pero ella sabía que Henry no volvería, que sus manos no volverían a acariciar su cuerpo, y que ella debía hacer justicia.

El lugar le asfixiaba. Jennifer se levantó, se puso un suéter blanco ceñido, pantalones vaqueros ajustados, tobillos al aire y zapatos de tacón negros. Se cubrió con una cazadora vaquera, y salió a la templada noche.

Caminó por el barrio hasta que por inercia llegó a las puertas de El Laberinto. Entró más tarde de lo que solía al local. En aquel momento había bastante clientela, variopinta y bulliciosa. La joven se acercó a la barra. Como de costumbre, en silencio, Kayla le puso el tequila acostumbrado, pero al ver su rostro abstraído no pudo evitar preguntarle.

—Un día difícil, ¿no?

Jennifer miró a la mujer y sintió una gran ternura.

—Sí —confesó con lentitud—. Un día difícil.

—Espera —indicó Kayla, y se fue por la puerta del fondo de la barra.

Al poco llegó con una bandeja llena de pequeñas croquetas.

Jennifer la miró estupefacta, pero instintivamente alargó la mano y fue cogiendo una a una las croquetas de salmón, de atún, de verduras... Todas exquisitas, recién hechas por Kayla. A todas luces, el tequila no era el mejor acompañamiento, y la mujer retiró el vaso y la botella, y le sirvió una cerveza suave y ligera.

La música de Freddie King sonó en la parte del fondo del local. Los músicos reclamaron a Kayla para cantar *Mira ma estoy llorando*.

Kayla miró a Jennifer, y salió a cantar.

*Nunca he sentido tanto dolor, mis lágrimas están volando... Si hubiese seguido su consejo, tal vez estaría bien...*

Kayla se movía acompasadamente al ritmo de su propia voz. Su cuerpo sensual vibraba a cada nota, a cada sílaba. Los ojos de Kayla no dejaban de mirarla. Jennifer lo sabía. No eran miradas perdidas.

Kayla volvió a la barra. Poco a poco, el bar se fue vaciando. Los altavoces difundían la música de Casting Crowns:

*Nacimos para ser valientes. Éramos guerreros, sin miedo al deber... Dónde estás hombre valiente de propósito y valor con el latido de tu alma... ya no queremos luchar...*

—Es una de mis canciones favoritas —dijo Jennifer.

Kayla continuaba mirándola con ojos intensos y una expresión de simpatía y complacencia.

—También a mí me gusta... mucho.

—Bueno, debería marcharme.

Hizo el ademán de levantarse del taburete, pero Kayla la frenó.

—Espera.

Ella se giró, y reconoció que en realidad prefería no estar sola.

—No quiero ir a casa.

—Lo sé, pequeña, lo sé.

Kayla cogió la coctelera. Puso abundante hielo, añadió tequila, zumo de naranja y un golpe de curacao. Agitó la mezcla con firmeza y sirvió el líquido dorado en dos vasos de tamaño medio.

—Esto reanima a un ...

Kayla era una mujer intuitiva y, ante la mirada de Jennifer, no acabó la frase.

Jennifer probó el combinado.

—Entra bien.

—Será mejor que vayamos a mi casa. Estaremos más tranquilas. ¿Quieres?

—Sí, quiero —contestó Jennifer mirándola profundamente.

Kayla vivía cerca del local. Un barrio sencillo, vivo. Una habitación grande, una terraza, una sombrilla... La suave brisa.

Sus ojos se encontraron en la tenue luz que llegaba de la calle, y ya no se separaron. Los labios calientes de Kayla se pusieron sobre los suyos. Jennifer sintió como si una descarga eléctrica recorriese su cuerpo. La piel inflamada, la respiración agitada, quieta, inmóvil, dejándole hacer. Sus labios suaves, deliciosos, apretaban, aflojaban los suyos. Poco a poco, ahora con delicadeza, luego con pasión. La lengua húmeda de Kayla entró con suavidad, lentamente, sin prisa, en su boca anhelante, que aún mantenía el sabor del curacao.

Jennifer se dejaba llevar.

La cama acogedora. Los mismos labios recorriendo su piel palmo a palmo, centímetro a centímetro. La lengua sensual llegando a todos los rincones de su cuerpo cimbreado. Sus manos oportunas sobre la piel ávida, los pechos palpitantes, la vulva deseosa.

Los pezones de Kayla en su boca excitada. El tacto firme de su cuerpo esbelto y rotundo. Placeres mutuos, comprensión perfecta, dos cuerpos en un mismo deseo de goce infinito.

Jennifer pasó una mano por la nuca de Kayla y con la otra rodeó su cintura. La atrajo hacia ella y besó su cuello con pasión. Fue bajando lentamente, sintiendo su piel cobriza bajo su boca ardiente.

Sus labios anhelantes de nuevo subieron hasta los de su colosal amante. Quería sentir sus gemidos mientras los dedos bajaban hasta la vulva en un vaivén suavemente enloquecedor. Sus corazones latían desbocados. Y los pensamientos de Jennifer relegaron el dolor, y se fundieron en el presente.

Se durmió abrazada al cuerpo desnudo de Kayla, como nunca lo había hecho hasta entonces, respirando su aroma a canela, sintiéndose feliz y a salvo, en aquel lugar desconocido, con aquella mujer desconocida, donde nadie podría encontrarla. Y agradeció que no fuese como ella y le hiciese marcharse después de la pasión de los cuerpos.

Durmió profundamente hasta que la luz que se colaba por la ventana abierta entre cortinas bamboleantes la despertó. Al abrir los ojos, buscó a Kayla a su lado en la cama, pero no estaba; sólo, flotando entre las sábanas arrugadas, un fresco aroma mezcla de limones, mandarinas y naranjas.

De la cocina llegaba el sonido de la mujer preparando el desayuno. El olor a café acabó de espabilarla. De un salto se puso en pie, se ciñó los blues jeans y el ajustado suéter blanco. Se miró en el amplio espejo que dominaba un lateral del dormitorio, recogió su pelo en una coleta, y se dirigió tras el aroma a café.

Kayla la miró entrar como quien mira a la mejor yegua de su cuadra.

—¡Espléndida! —dijo con satisfacción sonriendo y dejando ver sus dientes resplandecientes—. Tómate el café y vuelve ahí fuera a coger a los malos.

—Al malo —precisó Jennifer—. Sólo quiero coger a uno.

No había más caso para Solution Channel que el de D.H. No había más pensamiento en su mente que atrapar al asesino. No había más reto para ella que los Desafíos del Hombre, y fuese hombre o mujer, Jennifer Palmer le iba a dar caza.

## EN ACCIÓN

La mañana era radiante, la temperatura fresca y agradable, y en el cielo el sol brillaba con intensidad. Jennifer se sentía con más energía, liberada y presta a la acción. El bullicio de la calle le trajo a la realidad. El gentío iba de un lado a otro, arriba y abajo, y los vehículos atestaban la calzada. Era el momento de actuar.

Entró en la recepción de la agencia como un huracán. En el cartel de aluminio gris perla destacaban las letras del cristal blanco: Solution Channel.

Los seis miembros de la agencia estaban allí. John había pasado la noticia, y estaban al tanto de todo.

Jennifer vio que John estaba chequeando el lugar para comprobar que no hubiese escuchas.

—¿Qué tenemos?! —preguntó sin más dilaciones.

—Te estábamos llamando —exclamó Emma Haggerty.

—Lo sé.

—¿Dónde estabas? El teléfono echa humo.

—¡Manos a la obra! —dijo ella sin más explicaciones y por un momento aún sintió en sus labios el sabor dulce de Kayla.

—Es mejor hablar antes de...

—Hay que actuar, ¡y ya! —sentenció Jennifer.

No había nada más que decir, sólo escuchar sus órdenes y ponerse manos a la obra.

Entró en la sala y todo el equipo acudió a su alrededor.

—Investigad más a todos los que tengan algo que ver, aunque sea remotamente. John, vamos a ampliar el área de comprobación de cámaras de la zona del estudio de Henry Davis. Úrsula, acércate a ver de nuevo a la amiga de Cinthia, la chica asesinada, quizá ella o algún vecino recuerden algo nuevo.

—A la orden, jefa.

—Donald, haz un informe de Larry Lawrence, el abogado. Quiero saber hasta lo que defeca.

—Nicole y Ben turnaos para vigilar la casa de Sarah Adams y sus movimientos.

—¿Y tú, qué vas a hacer? —preguntó Emma.

—Volveré mañana —contestó sin más explicación.

Jennifer salió de la agencia sin siquiera despedirse. Subió a su coche, y se dirigió por la autopista interestatal 95 en dirección a Washington. Llegó a las cercanías de la ciudad en poco más de tres horas.

Pronto enfiló el camino hacia la casa de campo de Walter Collins, su mentor. En la distancia, Walter había seguido su carrera y le había apoyado desde la muerte de su padre.

Los servicios de inteligencia empleaban grandes cantidades de dinero de los contribuyentes en no se sabía qué. Jennifer sí que lo sabía, al menos en parte, y el principal destino era en ser imprescindibles para los que mandaban. Éstos cambiaban al capricho de los electores, de los patrocinadores, lobbies y sagas familiares, pero los mandamases de los servicios de inteligencia se perpetuaban.

Walter era un hombre importante dentro del mundo de los servicios de inteligencia. Y lo de “inteligencia” le venía de perlas. Era un tipo pausado, medido y despierto. Pocas cosas escapaban a su sagacidad.

Por su carisma y formación, Walter bien podía haber hecho una brillante carrera política, pero él prefería estar en la retaguardia y perdurar más allá de unos cuantos mandatos con más o menos poder. En el presente su interés se dirigía a conocer los movimientos estratégicos del mundo y a realizar análisis fiables de lo que sucedía y de lo que iba a suceder a medio y largo plazo.

Amigo de su padre, Walter se había portado con ella como una especie de amistoso mentor y bienhechor, amigo y confesor.

Jennifer le recordaba siempre elegantemente vestido. Trajes a medida de su atlético cuerpo. Bien afeitado, el pelo perfectamente cortado y peinado, uñas y manos cuidadas.

Cuando Jennifer creó la agencia Solution Channel, en poco tiempo se labró fama de eficacia y, sobre todo, de seguir cauces poco ortodoxos en cuanto a las formas de resolver los casos que les llegaban. Walter le aconsejó que no convenía llamar tanto la atención y que siguiese formándose. Era mejor ser más prudente y menos impetuosa. Y ella, salvo excepciones, le hizo caso, y cada día el número de clientes era más numeroso.

Jennifer llegó a media tarde. El día estaba algo nublado y la temperatura era agradable.

La casa era de una sola planta, apartada de otras viviendas y lugares de tránsito, de piedra color castaño con enredaderas y grandes ventanales, que daban a una amplia terraza desde la que se veía el bosque y un pequeño lago.

Walter salió a recibirla con ropa informal, pantalones vaqueros, camisa azul y chaqueta de pana beige. Llevaba el pelo algo más largo de lo que solía ser habitual en él, con algunas canas sobresaliendo del fondo oscuro, y barba de un par de días, que apenas ocultaba una profunda y alargada cicatriz consecuencia de alguna de sus misiones. Servicios a su país que más de una vez le llevaron al borde de la muerte, y algunas heridas de bala que jalonaban su cuerpo así lo atestiguaban. Le dio un beso y la estrechó entre sus fuertes brazos.

Se sentaron en unas cómodas sillas debajo de un toldo y ante una mesa con bebidas. Walter sirvió dos grandes vasos con hielo picado y zumo de limón.

Jennifer le relató todos los detalles del caso, aunque Walter estaba bien informado de lo sucedido.

—Para vivir retirado, estás muy al tanto de todo.

—Los hombres como yo nunca se retiran. Se apartan, pero siempre dejan que su sombra

permanezca.

Aunque estuviese en la sombra y no ostentase un cargo de aparente relevancia más que de profesor y agregado especial de inteligencia, Jennifer se preguntaba a quién estaría Walter agregado, y si no era él quien indirectamente ponía y quitaba a muchos otros de sus puestos. Especial sí que era. Su metro noventa, su cuerpo y sus músculos fuertes denotaban que se mantenía en plena forma a sus más de sesenta años.

—¿Por qué me ha elegido a mí como excusa para sus crímenes? —preguntó la joven.

—Estoy seguro de que tu éxito profesional, tu libertad, tu belleza, tu inteligencia y tu fuerza molestan a muchas personas, especialmente hombres acomplejados e inseguros, y alguno con un trastorno grave de personalidad trata de compensar sus desequilibrios con juegos como éste.

—¿Tan horrible soy para que me odien y me quieran matar, y maten a otros por mi causa?

—Lo horrible es esta sociedad absurda y llena de prejuicios que hemos creado, basada en un modelo de familia anacrónica y unos valores vacíos. Pero también estoy seguro que otros saben ver tu belleza interior y te respetan y te aman.

—Preferiría un término medio.

—No podemos elegir lo que los demás piensan de nosotros, sólo podemos hacer las cosas lo mejor que sabemos.

—¿Qué puedo hacer?

—Si siguieses mi consejo, te mantendrías fuera de esto. Pero sé que no lo vas a hacer.

—Es algo personal.

—Sí..., me temo que sí. Así que haz lo que sabes hacer, aquello para lo que has nacido. Nadie como tú es capaz de ver tras las apariencias, y este es un caso de apariencias. Es probable que nada sea lo que aparenta.

—Estoy en un punto muerto.

—Tienes una ventaja sobre la policía y sobre cualquier otra agencia estatal.

—¿Tú crees? —Jennifer le miró intrigada con sus grandes ojos grises.

—Actualmente los agentes y espías se contratan, y por eso sus capacidades son limitadas. Un buen profesional tiene que tener una base sólida, un carácter firme, y a partir de ahí se moldea. Son años de trabajo de creación de mentes estratégicas capaces de comprender las necesidades de cada caso, de cada situación. Y tú tienes esas cualidades y la formación necesaria.

Walter no era muy dado a elogios, y sus palabras le congratularon, pero seguía sin saber cómo avanzar en el caso.

—¿Qué me recomiendas?

—Que trates de traerlo a tu terreno.

—¿Mi terreno? En esta situación no creo que tenga ningún terreno más que el que él decide.

—Crea un marco adecuado para que haga otro movimiento. Descubre algo, por insignificante que parezca, pero que le haga creer que avanzas y que se vea obligado a dar otro paso.

De alguna forma, Walter le recordaba a Mark, aunque con unos cuantos años más y más experiencia, pero los dos eran hombres seguros de sí mismos, personas en las que confiar.

—¿Cómo qué?

—Busca datos familiares.

—¿De quién?

—Tuyos.

Aquello le sorprendió, pero le dejó seguir con sus argumentaciones.

Pocas veces pensaba en su familia. Jennifer desde niña había hecho lo que había querido. Su padre siempre viajando a lugares lejanos. Su madre absorta en sus quehaceres y en reuniones con sus amigas. Su padre murió cuando ella era una jovencita. Desde entonces su madre siempre había ido a su aire. Jennifer había sido más madre con su madre que su propia madre con ella. Y de alguna manera lo seguía siendo con muchos de los que se acercaban a ella.

—Ve al condado de Westchester, a Cortlandt, donde viviste en tu infancia.

Jennifer comprendió enseguida.

—La daga.

—Cierto. La daga. ¿De dónde la ha sacado? ¿Quién se la da dado? Sigue el hilo y llegarás al ovillo —Walter sonrió dejando ver sus dientes perfectos y su gesto cautivador.

—Han pasado muchos años desde que la vi por última vez.

—Averigua qué pasó con las pertenencias familiares. Tal vez alguien las robó o tu madre las vendió al trasladarse de casa cuando murió tu padre y tú te fuiste a estudiar a Nueva York. Busca quién vendió a quién los enseres o cuándo desaparecieron, y sigue la pista.

—Hablaré con mi madre —dijo Jennifer, a quien la idea no la hacía demasiado feliz.

Desde que murió su padre su relación no había sido muy fluida, y en cuanto pudo Jennifer se marchó de la casa y nunca más volvió.

—¿Por qué crees que no dejó el arma en el crimen de Adams y ahora sí?

—Es una pista que te brinda. Parte del juego. Tú avanzas unas cuantas casillas y él te da nuevos indicios.

—Pero no crees que con esto haya acabado, ¿no?

—Hay que ponerse en el lugar del asesino y tratar de entender cuándo dará por finalizado el juego.

—¿Y cómo podemos saberlo?

—Piensa que este tipo de asesinos inhiben o mejor dicho postergan sus impulsos criminales con la satisfacción íntima de que antes o después les darán salida. Y eso también les satisface. Así que vuelven a matar.

—Sí, sé que volverá a matar.

—El criminal ha puesto un reto sobre la mesa y generalmente debe dar respuesta en un plazo no demasiado largo para que no se enfríe su relevancia pública ni su excitación enfermiza, pero mucho me temo que este caso no es un asesino convencional, y probablemente no actuará como esperamos.

—¿A qué te refieres?

—Puede que ahora siga hasta el final del juego que ha abierto contigo o puede que disfrute más postergando su desenlace durante un tiempo y para acallar sus deseos asesinos mate en otro lugar.

—Es posible —reflexionó Jennifer—. Si es así, perderemos su pista durante un tiempo, hasta que él quiera.

—No, si nos damos prisa en cogerle —se sumó Walter—. De todas formas antes o después volverá.

## REGRESO AL PASADO

Jennifer pasó la noche en la finca de Walter. En cuanto amaneció se dispuso para regresar a Nueva York. Su mentor la despidió en la terraza con un beso en la mejilla.

—Estamos en contacto, ¿vale?

—Vale —afirmó ella.

Aquel mañana el aire no se movía lo más mínimo. En la distancia se podía ver una especie de neblina que cubría la ciudad como un hongo. La contaminación ese día era más intensa, pero la joven ni siquiera le prestó la más nimia atención. En lo único que pensaba era en llegar a la agencia y ponerse en marcha.

De nuevo entró en la agencia como un huracán.

—¡Úrsula, te vienes conmigo! Vamos a hacer un viaje en el tiempo. ¡En marcha!

Tras algo más de una hora de viaje, llegaron al condado de Westchester, a Cortlandt, donde Jennifer había vivido de niña cuando se trasladaron de Nueva York para que su padre tuviese un ambiente más relajado cuando volvía de sus misiones en el extranjero.

El aire era húmedo y pesado. Las dos se acercaron al actual domicilio de la madre de Jennifer, que estaba avisada de la visita. La mujer las recibió sonriente y dicharachera, con un vestido de tirantes con falda a media pierna de flores de suaves colores.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó dándole un leve beso en la mejilla—. Estás guapísima, aunque tan seria como siempre. ¿Y tú hermosa amiga, quién es?

—Úrsula —la joven sonrió y se presentó ella misma tendiéndole la mano—. Colaboradora de su hija.

La madre fue a la cocina y se puso a preparar un té sin dejar de hablar.

—Mamá —la interrumpió Jennifer—, ¿aún tienes las cosas que había en casa?

—Claro, muchas aún están aquí.

—¿Y las otras?

—Las otras, ya sabes, se subastaron.

Jennifer hizo un gesto de sorpresa.

—Oh, sí, querida. Después de morir tu padre, cuando te fuiste, la casa se me caía encima y tras darle muchas vueltas decidí dejar una casa tan grande. Te pregunté si querías algo de lo que había y me dijiste que no.

—Lo recuerdo —dijo Jennifer con cierto tono de desaprobación.

—Llamé a una empresa de subastas y se encargaron de vender los muebles y las cosas que descarté.

—Pensé que te llevarías todo a la nueva casa.

—Como ves, ésta es mucho más pequeña. ¿Dónde las hubiese podido meter?

—¿Recuerdas una daga que se usaba para abrir cartas?

—Vagamente —dijo con gesto negativo de la cabeza.

—¿La vendiste?

—Desde luego no la conservo. Si aún estaba en la casa, seguramente se subastaría y alguien pujaría por ella.

—¿Tienes la dirección de la casa de subastas?

—Claro —dijo la madre, y anotó en un bloc los datos.

Úrsula la cogió y se marchó.

—¿Por qué te interesa tanto esa daga?

—Es el arma homicida en un asesinato.

—¡Cielos! Qué horror —la mujer se puso las dos manos en las mejillas y levantó las cejas como si no diese crédito a lo que oía.

—¿Tienes una lista de los objetos que se vendieron?

—No, ni siquiera recuerdo haberla tenido. Cuando la subasta comenzó me salí de la sala, pero me dijeron que varios compradores adquirieron algunos lotes, el resto fueron cosas sueltas. Algunos eran vecinos, otros no tengo ni idea de dónde pudieron haber venido. Había piezas muy interesantes, muebles, jarrones, vajillas, cuadros, alfombras, lámparas... Ya sabes, tantas cosas bonitas que teníamos —se entristeció la mujer.

Al cabo de un rato, sonó el teléfono, era Úrsula.

—Nada, la casa de subastas destruye la documentación a los cinco años, y justamente hace unos meses se cumplieron. He enseñado las fotografías de todos los que pueden ser sospechosos y no han reconocido a ninguno.

—Lástima —dijo Jennifer y colgó.

La joven puso en la pantalla de su móvil una fotografía de Sarah Adams.

—Mamá, ¿reconoces a esta mujer?

—No —negó, después de mirarla un instante.

—¿Y a este hombre?

La fotografía mostraba a Lawrence, el abogado, en la gala de la exposición en la sala de arte de Adams.

—No —dijo la mujer tras observarlo detenidamente—, tampoco lo he visto nunca.

Jennifer fue enseñándole fotografías de Abigail Jonhson, de Frank Anthony y de otros posibles sospechosos, pero no pudo reconocer a ninguno.

## EL CENTRO DE UN NUEVO COMIENZO

Úrsula condujo hasta la calle de Belinda. Cuando iba a bajar del coche, la vio salir de la casa y subir a su vehículo. Tuvo una corazonada y la siguió. Tras una media hora de trayecto, llegaron a un edificio en Edison. En la puerta había un letrero: Centro de un Nuevo Comienzo.

Úrsula hizo guardia en la acera de enfrente, hasta que la joven salió del edificio. Ahora sí bajó del coche y la abordó.

—¡Creo que se te olvidó hablar a la brigada criminal de este lugar!

La cara de sorpresa que puso Belinda fue mayúscula, pero enseguida trató de recomponerse.

—No creo que sea un delito ir a un centro de ayuda.

—Pero sí ocultar información relevante en un asesinato.

—¡¿De qué habla?!

—Escucha, Belinda, el detective de la brigada criminal te preguntó sobre Cinthia, y no dijiste nada del centro.

—No consideré que fuese relevante.

—Pues ahora considera que sí lo es.

—Me dio vergüenza, y por eso no dije nada. En el centro me apoyaron para que me rehabilitara. Les debo mucho. De vez en cuando vengo y colaboro en lo que puedo.

—¿Cómo conociste a Cinthia?

—Trabajábamos en una sala de streptase.

—¿En dónde? ¿En Angie?

—Sí, antes de trabajar con su tío; luego, cuando la despidió, volvió a lo de antes —reconoció la joven con cierta tristeza—. Yo lo había dejado y la ayudé a que ella también lo hiciese. Cinthia se había metido en problemas. Pero había un tipo que la presionaba para que siguiese actuando, y también para algunas cosas más. Por eso llevé a Cinthia al centro para que la ayudaran.

—¿Cómo lo hicieron?

—Con rehabilitación, terapias psicológicas, trabajo...

—¿Quién lo dirige?

—Jack McCully es el dirigente del centro.

En cuanto Úrsula contó a su jefa lo sucedido, Jennifer recogió a Mark en la brigada y los dos fueron hacia el barrio donde se encontraba el Centro de un Nuevo Comienzo. Aparcó su Opel Cabrio justo delante del edificio de dos plantas sede del centro. Una alta valla de ladrillo gris resguardaba el edificio.

Puso el dedo sobre el timbre, y al momento oyó una voz.

—¿Quién?

—Quisiéramos ver a Jack McCully. Mi nombre es Jennifer Palmer.

Como única contestación, se oyó el sonido de apertura de la puerta. Empujó la hoja lisa de hierro negro, y entraron en una explanada recubierta con gravilla que conducía a la casa. Todo el edificio era de ladrillo gris, se veía que era una antigua fábrica reconvertida.

En la entrada les recibió una mujer gruesa, fuerte y con unas pequeñas gafas de concha que parecían a punto de descolgarse de su nariz.

El aspecto de la sala de recepción era igualmente monocromático. La mujer les condujo por un pasillo con grandes ventanas que daban a un patio interior donde se veían varias mujeres jóvenes paseando o haciendo labores de jardinería. Llegaron a una habitación realmente austera. Paredes lisas grises, una sola lámpara de metal en el centro y debajo una silla de hierro. Delante, una mesa de metal y otra silla donde se sentaba un hombre ocupado con un montón de papeles.

Jennifer observó con atención al hombre que estaba frente a ella. La fisionomía de Jack McCully era realmente atípica. Pequeño, enjuto, piel de color indefinido, surcada por infinitas y pequeñas arrugas, circunspecto y de edad indescifrable. Iba vestido totalmente de negro, el traje, la camisa, la corbata y los zapatos.

Con un gesto, el hombre señaló la silla vacía a Jennifer, y la mujerona salió en busca de otra silla a la dependencia contigua.

—No solemos recibir muchas visitas —dijo McCully a modo de excusa.

Mark se identificó y se sentó frente a él.

—Estamos investigando unos asesinatos para la brigada contra el crimen de la ciudad de Nueva York, y quisiéramos hacerle unas preguntas.

El hombre levantó la mirada con cierto interés. Ante su expresión segura Jennifer le preguntó:

—¿Sabía que íbamos a venir?

—Aquí sabemos muchas cosas.

—Belinda les ha avisado —asumió Mark.

—Sin querer pecar de aguafiestas, tengo mucho trabajo. ¿Qué es lo que quieren?

Jennifer sabía distinguir rápidamente las características más destacadas en el carácter de sus interlocutores, y la de aquel hombre era sin duda la arrogancia.

—¿A qué se dedican ustedes aquí concretamente? —interrogó el detective.

—Somos un centro de acogida y de rehabilitación de personas con dificultades.

—¿Qué tipo de personas? —intervino Jennifer.

—Personas descarriadas, prostitutas, jóvenes con problemas de drogas... Hay un amplio perfil.

—¿Y qué hacen con ellas? —siguió la joven.

—Les enseñamos herramientas psicológicas y procuramos darles un oficio. Una vez rehabilitadas, las enviamos a trabajar a empresas que las acogen.

—¿Qué tipo de empresas? —inquirió Mark.

—De todo tipo. Tenemos un extenso listado de empresas que aceptan a personas que se han visto en apuros.

—He oído que envían y reciben chicas de clubs de striptease y sitios de esa índole —quiso saber Jennifer.

—Dicho así suena realmente mal. Lo que hacemos aquí es una labor social reconocida y alabada por las autoridades políticas y religiosas —hizo saber el hombrecillo para que no dudasen de que estaba bien respaldado—. Cierto es que nuestros voluntarios van por ahí buscando chicas descarriadas para conducir las al buen camino. Y también es cierto que algunas no lo consiguen y nos vemos obligados a dejarlas marchar, y muchas suelen volver a su lugar de origen que, lamentablemente, suele ser ese tipo de ambientes como el que me comenta.

—Dicho así —repitió Jennifer las palabras del hombre— suena realmente bien.

El hombre hizo una mueca que semejaba una sonrisa.

—¿Una de esas chicas es ésta? —preguntó Jennifer mostrándole una fotografía de Cinthia.

—Cinthia Scott. Tuvo suerte, pocas mujeres de las que ingresan en el centro tienen la oportunidad de ir a un lugar como éste.

—¿A qué lugar se refiere?

—Había rehecho su vida y tenía un excelente trabajo en la empresa de su tío, William Adams.

—Está muerta. Pero eso ya lo sabe.

—Así es. Lástima.

—Asesinada —dijo Jennifer.

El hombre levantó las cejas a modo de interrogación sin mover ningún músculo del rostro.

—Después de ser despedida del trabajo con su tío, tengo entendido que regresó aquí.

—Así es, pero a los pocos días dejó de venir.

—¿Y no trataron de saber su paradero?

—Esto no es una cárcel. La gente va y viene.

—¿Se le ocurre alguna información adicional sobre Cinthia que no nos haya dicho? —preguntó Mark.

El hombre añadió algunas frases insustanciales, pero nada que fuese de interés para el caso.

—Necesitaremos los informes relativos a Cinthia —requirió el detective.

—Nuestros informes son confidenciales, de cualquier forma no creo que haya nada relevante que contar. Un caso bastante común y, por desgracia, un final también bastante frecuente.

## LA RISA DEL JOKER

Jennifer y Mark salieron del edificio y se dirigieron al coche. El inspector estaba bien formado para no ser detectado en labores de seguimiento, y asimismo lo era en descubrir cuando le seguían.

—Alguien tiene mucho interés en nosotros —dijo disimuladamente sin mirar hacia donde alguien les vigilaba—. Bueno, imagino que en ti.

—¿El tipo del Ford Galaxy negro? —preguntó Jennifer sin girar la cabeza hacia el lugar donde un hombre corpulento, de unos treinta años, pelo corto rubio, trajeado, con cara de bollo y gafas de sol, estaba al volante mirando fijamente un folleto que sujetaba con las dos manos.

—Sí, y no es sólo por tu belleza.

—Vale. Gira para comprobar que nos sigue. Después para y me bajaré junto a la entrada del callejón que está en la próxima manzana.

—¿Sola? —dudó Mark.

—Sí, tú da una vuelta y vuelve. Así, si realmente nos está espiando, estará atrapado entre los dos.

La idea cogió algo desprevenido a Mark, que se pasó la mano por el pelo para ganar tiempo antes de responder.

—Conforme —dijo Mark, aunque en realidad por el gesto no le parecía una buena idea.

Al poco de arrancar, el detective paró el vehículo y Jennifer se bajó.

El vehículo de nuevo se puso en marcha y Jennifer pudo oír cómo se alejaba.

Cuando la joven se adentró en el callejón, sintió una sensación extraña, como cuando alguien la miraba fijamente sin ella verlo. De pronto, algo en el aire cambió.

Todo sucedió en milésimas de segundo, pero Jennifer reaccionó como si hubiese dispuesto de varios segundos. Cuando oyó el disparo ya estaba corriendo en zigzag.

La primera bala le llegó desde la derecha, y le rozó en el hombro.

¡Maldita sea!, pensó, ¡mi tatuaje!

Corrió agachada hacia delante. Otra bala pasó junto a ella. Enseguida giró sobre sí misma dejándose caer al suelo tras un bidón. Sacó su pistola. Aunque no pensaba usar la Beretta y disparar a ciegas, no fuese que Mark apareciese en cualquier momento. En cuanto recuperó el aire, gritó tratando de fijar el objetivo.

—¡Ey, chico, fallaste!

Antes de oír unos pasos que se alejaban, sonó la risa del Joker de Batman. Se escuchó el

sonido de alguien trepando y saltando la valla metálica del fondo del callejón.

Humor negro, me gusta, se dijo. Se puso en pie, y se dirigió hacia donde creía que el tirador había huido, pero ya debía estar lejos. Se taponó la herida con la mano. La sangre corría por su blusa color limonada decorándola de rojo.

—¡Cabrón! Ya te cogeré —masculló.

En ese momento, apareció Mark pistola en mano.

—¿Estás bien?!

Jennifer señaló el camino de huida del agresor. El detective se dirigió hacia allí al tiempo que llamaba por teléfono a la brigada.

Unos minutos después la ambulancia entró en el callejón y atendió a Jennifer. Y en un instante estaba la científica y la brigada al completo.

Mark regresó y les indicó que fuesen a ver unas marcas de neumáticos al otro lado del callejón. Se acercó a Jennifer, y miró al médico.

—Superficial, mucha sangre y dolor, pero no es grave —aseguró el doctor Gardner—. Unos días entumecida, y de nuevo a la calle.

—No creo que nadie la pueda sacar de la calle, ni siquiera una bala —aseguró Mark con cara de pocos amigos.

—Otra cosa —dijo Gardner—, en la saliva y el cuerpo de Henry Davis hemos encontrado ADN de mujer y otros rastros que indican que tuvo sexo antes de morir.

—Sí, al parecer fue con Sarah Adams —explicó Mark.

—Podemos confirmar que fue drogado. Hay rastros de un fuerte narcótico en el cuerpo. También la botella de coñac del portero y su sangre contenían la misma droga, al igual que el champán, por cierto, del caro. Le pusieron una droga para dejarle indefenso.

—¿Algún detalle más? —preguntó el detective.

—Lo que ya os había dicho en la primera impresión. Por la profundidad y precisión de la herida es un asesino fuerte, además de experto. Sabía bien donde apuñalaba.

Ron y la científica tomaron unas fotografías de las marcas de los neumáticos que había dejado un vehículo en el suelo.

Al cabo de un rato, habían identificado la marca y el modelo.

—Es un Ford Galaxy —dijo Ron.

—Como el que estaba aparcado cuando salimos del centro —indicó Jennifer.

—Y como el que mató a la sobrina de Adams —añadió Mark.

—Debieron de ser al menos dos —explicó la joven—, pero en el coche solo había un ocupante.

—Uno en el coche, y otro que estaría en la calle, y fue el que te siguió al callejón —analizó el detective—. El del coche debió dar la vuelta para esperarle al otro lado de la calle.

—Es extraño —recapitó Jennifer—. No cuadra con el perfil de este tipo de asesino.

—La realidad es que ha tratado de matarte.

—No estoy segura. Hubiese esperado un intento más elaborado y sofisticado... Pero... un ataque en plena calle, disparos azarosos... No, algo no encaja.

## AXIAS MUNDI

Jennifer salió de la agencia Solution Channel y fue directamente a su casa a descansar. Aunque era pronto, decidió acostarse. Sonó el teléfono. Era Mark.

El detective había estado llamándola repetidamente, pero ella había hecho caso omiso.

—¿Qué tal estás? —se decidió a preguntar Mark.

—Bien —contestó Jennifer—. ¿Por qué?

—Estaba preocupado. Te llamé.

—Decidí desconectar.

—Conforme, pero en ocasiones como ésta es mejor que estés localizable.

Su interés era sincero, como siempre, y Jennifer no tuvo más remedio que admitir que tenía razón.

—Vale, pero no necesito tu protección.

—No necesitas a nadie —se molestó Mark—. Todos formamos parte de lo que para ti sí que son juegos, donde tú eres la reina, la dama de hielo, y nos manejas a tu antojo.

—Juegos —reflexionó Jennifer sin hacer caso de su enfado—, los desafíos del hombre, sí. Los hombres creéis que sois vosotros los que jugáis en el juego del amor y de la vida, y que las mujeres somos meras comparsas, que estamos ahí para complaceros.

—¿Me ves así? —se sorprendió Mark.

—Bueno, algunos sois la excepción, pero no hay que dejar que os lo creáis mucho para que no os volváis como los demás.

—Está bien, jugaremos a tus juegos y a los desafíos del hombre, a tu manera, claro. Pero con este asesino las reglas cambian conforme avanza el juego.

—Las reglas siempre cambian, Mark. La cuestión es quién cambia esas reglas. Ése es el que dirige el juego.

—Sí, entre nosotros, la dama del hielo —dijo consternado—. De todas formas, esta noche te quedas conmigo.

—Vaya excusa más mala para echar un polvo.

—No es eso... bueno, también —se sinceró Mark. Con Jennifer no cabían los rodeos—. Una cosa no quita la otra.

Jennifer se iba a negar, pero de pronto sintió que necesitaba contrastar. La joven recordaba

una y otra vez el rostro anhelante de Kayla, sus dedos seguros y suaves, su cuerpo firme, sus curvas, el contacto piel con piel, su jadeo enloquecedor. Únicamente el primer beso ya valía por toda una noche de pasión. Jamás la habían besado así, y sólo de pensarlo se le encendía el corazón.

—¿Estás en tu casa? —preguntó antes siquiera de que él dijese nada.

—Sí —respondió Mark un tanto extrañado.

—Prepara algo de cenar.

Media hora después, Mark abrió la puerta de su apartamento con la mirada excitada de verla. No le pareció tan alto como siempre. Su porte y su más de un metro noventa no la impresionaron como otras veces, pero en cuanto él la cogió por la cintura, su mente explotó en mil sensaciones. Su fuerza, sus brazos rodeándola, apretándola contra su cuerpo, sintiendo su miembro erecto. Ah, pensó, juego de hombres. De hombres y mujeres, de mujeres y mujeres.

—¡Espera! —exclamó de pronto Jennifer.

—¿Voy muy deprisa? —dijo él pensando en la herida.

—¡No! ¡Eso es, eso es! Acabo de caer en la cuenta. Se trata de un juego en el que él cree que su papel es el del hombre, el centro del universo, el axis mundi, el eje del mundo, y cualquiera que se cruce con él, especialmente las mujeres, tenemos un papel sumiso en todos los aspectos, sobre todo en el sexual. Por eso le cortó el pene a William Adams, por eso mató a Henry. Por eso juega contra mí.

—¡Vaya! —soltó Mark—. Todo esto tiene un componente sexual.

—Pero enfermizo.

—Un escritor del que no recuerdo el nombre ni quiero recordarlo, decía que la mayor parte de la humanidad aspira a tener una vida sexual plena, pero que al mismo tiempo detesta ese impulso por ser causa constante de frustración, ansiedad y complejos —argumentó Mark—. Está claro que este pobre hombre no te conocía, pero probablemente sí conocía a tipos como éste.

—Frustrados y con complejos sexuales.

—Voy a investigar a todos los que tienen algún tipo de relación contigo. A todos los que puedas recordar desde que eras una niña. Haz una lista. Incluyéndome a mí, a todos. Y luego descartaremos a los que de ninguna manera pueden ser porque hayan muerto o por algo que les excluya sin lugar a duda.

Mientras hablaban, Mark fue a la cocina y se puso a limpiar con esmero los bulbos de hinojo y los fue picando finamente junto con las hojas. Preparó una salsa con aceite, zumo de limón, azúcar moreno, sal y pimienta. Después la vertió sobre el hinojo y lo tapó para dejarlo macerar.

—Tenemos una hora hasta que esté a punto —dijo Mark.

—Excelente —opinó Jennifer—, pero antes...

La joven le desabrochó la chaqueta sintiendo de nuevo sus fuertes brazos, sus hombros moldeados, y se acercó más al inspector, que al momento sintió un ardor que le subía desde el vientre hacia el pecho y llegaba como un torrente hasta su cerebro, hasta cubrir toda su piel. Su respiración se aceleró, su corazón palpitaba con fuerza.

Jennifer pasó una mano por el cabello frondoso de Mark, y con la otra le quitó la camisa mientras le besaba con pasión. Su boca fogosa, sus labios compactos y seguros. Le bajó los pantalones y los slips negros sorteando con cuidado el pene excitado.

Él la besó con pasión. Ella se dejó llevar. Mark la llenó de besos ardientes. Sin que Jennifer apenas se diese cuenta, él la fue desnudando. Desabotonó el pantalón, luego la camisa, le quitó las finas bragas y la tumbó sobre la cama, él se puso a su lado y le susurró:

—Sube.

Ella a horcajadas masajeó el pene hasta que estuvo completamente erecto y lo introdujo dentro de su vagina. Se quitó la camiseta, y alzó el sostén por encima de la cabeza para dejar sus pechos desenvueltos a su boca. Él los levantó con sus manos para poder alcanzarlos con sus labios. Morderlos, lamerlos y besarlos.

Suave y lentamente, la joven comenzó a moverse, cabalgando sobre él.

Jennifer se bajó hasta besarle en la boca, pero él la levantó para poder admirar de nuevo sus pechos y asir sus nalgas moviéndose al vaivén. Todo su cuerpo vibró, absorbiendo el aire a bocanadas por la boca abierta, estremecida por el clímax continuado y vibrante.

Mark se incorporó y se puso sobre ella, le levantó las piernas. Jennifer pudo contemplar las piernas pétreas y los firmes músculos del estómago de su fogoso amante moviéndose al vaivén de la penetración.

Oh, sí, Mark, pensó Jennifer entre gemidos, no tienes nada que envidiar a nadie, y se dejó llevar por el placer desbocado que los dos sentían al unísono.

Tras un buen rato, cambiaron de posición. De espaldas, Jennifer mostraba sus glúteos al ardor de su amante, y él le cogía del pelo para levantarla y bajarla, haciendo la penetración más suave o más intensa. En esa posición llegaron a una explosión de los sentidos, tras haber gozado ambos de varios orgasmos apasionados.

Juego de hombres, juego de mujeres. Un juego, al fin y al cabo, aunque a veces fuese mortal.

El tiempo pasaba rápido en el reloj, y lento en sus mentes. Una postura tras otra, un orgasmo continuo. Ella se desplomó sobre su pecho, y sintió el corazón latiendo desbocado contra su pecho. Los dos sonrieron satisfechos.

Habían pasado dos horas, pero para Mark había sido un suspiro en los labios de Jennifer.

Se quedaron abrazados en la cama con el olor a sexo revoloteando entre ellos, sin que ninguno de los dos quisiese acercarse a la ducha.

Jennifer se quitó la pequeña venda del hombro. Mark vio la rozadura de la bala justo tocando la cola del dragón. A él le gustaba el tatuaje de la joven. Sencillo, discreto, claro. Negro sobre piel dorada. Y agradeció que la bala no lo hubiese estropeado.

—Tal vez lo que pretendía no era matarme.

—Pues lo hizo bastante mal. Has estado a punto de morir.

—Una rozadura en el hombro no es mortal.

—Una bala un poco más abajo sí lo hubiese sido. Y no creo que el tipo tuviese la puntería como para acertarte en el hombro para asustarte.

—¡La risa del Joker!

—¿Qué pasa con la risa del Joker?

—En las películas, el Joker no quiere matar a Batman, sólo quiere ser su competidor, un adversario a su altura.

—Sí, ya me lo advertiste, pero esto no es una película.

—Pero él igual sí lo cree o al menos lo usa para situar la trama real. Un toque de buen humor.

—Tal vez, pero un humor mortal.

Con desgana Mark se levantó de la cama. Fue a la cocina con una toalla blanca de algodón rizado por la cintura. Deshizo las yemas en un bol con una cuchara de madera, las batió con nata agria, y vertió la mezcla sobre el hinojo, removiendo la mezcla con esmero.

Jennifer se puso a su lado, y metió el dedo en el bol. Él le dio un toquecito con la cuchara en la mano.

—Lo bueno se hace esperar.

—Eso quiere decir que habrá postre —dijo picarona—. Y más con esta receta tan sensual.

—Vaya, me has pillado. Es afrodisiaca.

—Es como echar más leña al fuego —dijo poniendo su mano sobre la toalla y notando cómo su miembro cobraba vida bajo la suave presión de sus dedos—. Vaya, y sin haber empezado a probar tu fórmula mágica.

—Espera, espera, repongamos fuerzas antes del segundo asalto.

—¿Segundo? —dijo ella—. Yo ya llevo una docena.

—Yo también, pero quiero más —le susurró Mark al oído.

## SECUESTRO Y AGRESIÓN

El sol ya estaba en el cielo cuando Jennifer salió de la casa de Mark. Llegó al aparcamiento del edificio. Abrió la portezuela del Opel Cabrio, y cuando iba a entrar sintió el cañón del arma en sus riñones.

—¡Entra! —ordenó una voz gruesa y segura.

Era el tipo del Voyager. Mediana estatura, fornido, como un toro de Kansas, de cerca de treinta años, pelo cortado al ras, rubio platino, bien vestido, traje holgado azul marino. Sus ojos oscuros le acechaban con dureza.

—Eso iba a hacer —contestó ella con una inflexión desdeñosa, pero en seguida se arrepintió y, cambiando el tono de voz, pidió—: No me hagas daño.

—Eso depende de ti.

Ella se agachó para entrar en el interior. Levantó la falda, y sus piernas quedaron al descubierto. Fue una milésima de segundo. Suficiente. Mientras los ojos del tipo apenas se desviaban, el golpe le llegó de lleno a la garganta. Cayó hacia atrás cogiéndose el cuello con las dos manos. La pistola en el suelo. La hermosa rodilla de Jennifer en su pecho. La pistola en la frente.

—Ahora depende de ti. ¿Quién eres, qué quieres y quién te envía? Por ese orden, y rapidito que llevo prisa.

El hombre retrasaba contestar para tratar de recuperarse y atacarla. Pero Jennifer se sabía todos los trucos. Y le asestó un golpe seco con los nudillos en el oído. El dolor se dividió y la mente del hombre se derrumbó.

—No quisiese pecar de impaciente, pero sigo esperando —dijo Jennifer cuando en toda la escena no habían pasado más de unos pocos segundos.

—Hans, me llamo Hans —balbuceó.

—¡Bravo! —exclamó ella, como si el tipo hubiese hecho una proeza.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, y sacó la cartera del hombretón.

—Bien, Hans Menzel —dijo mirando un carnet del tipo—. Continúa.

—Quería interrogarte.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que sabes.

—¿Sobre qué?! —repitió impacientándose ahora de verdad.

—Los desafíos del hombre.

—Eso es lo que yo quería saber. Ahora, sé buen chico y cuéntame tú lo que sabes.

—Nada. No sé nada.

Jennifer movió ligeramente la mano en dirección al otro oído.

—¡Espera! Un tipo me contrató. Trabajo de detective privado.

—¿Y cuál era el encargo?

—Asustarte.

—Eso es una estupidez.

—Vigilarte, ver qué hacías.

—Ya. ¿Qué más? Porque has hecho algo más que vigilar.

—Me picó la curiosidad de por qué alguien pagaba tan bien por algo tan sencillo.

—Quizá para que no fueses tan estúpido. ¿Fuiste tú quien me disparó?

—No, yo sólo conducía el coche.

—¿Quién disparó?

—No lo sé. Me daban las instrucciones por el pinganillo.

Jennifer sacó su teléfono móvil y llamó a Mark.

—Tengo un regalito para ti. Manda a alguien a recogerlo al aparcamiento para tomarle declaración por si se me ha escapado algo.

Colgó y miró al hombretón.

—Bien, tenemos un par de minutos.

—Sólo sé que usa un viejo almacén. Voy allí y me da instrucciones a través de una pantalla de ordenador. Luego me llega una transferencia a mi cuenta.

—¿Desde dónde? ¿Quién la hace?

—No sé quién la hace. Cada vez figura un lugar de envío diferente y una empresa diferente.

—Sus nombres.

—No recuerdo. Lo tengo todo en mi ordenador.

—Bien, esos datos se los darás a la policía, yo me doy por satisfecha para terminar nuestra grata charla, con que me des la dirección del almacén.

El hombretón dudó, pero la mirada de hielo de Jennifer le hizo decidirse.

En el momento en el que le dio la dirección apareció una unidad de la policía.

—Intento de secuestro y agresión —dijo Jennifer al agente que se acercó con la mano en la culata de su arma.

El policía se quedó un instante indeciso decidiendo quién era el agresor y quién el agredido viendo el estado en que estaba el tipo en el suelo.

En unos segundos, apareció Mark y al instante Ron, y se hicieron cargo de la situación.

—¡Maldita sea! —exclamó el detective—. Te voy a vigilar las veinticuatro horas del día.

—Ya quisieras —dijo Jennifer guiñándole un ojo.

La joven subió a su coche y se marchó antes de que Mark pudiese impedirselo.

Mark condujo al tal Hans Menzel a la brigada para interrogarle. Mientras tanto, Perry y Ron, con una orden judicial, entraron en su despacho y cogieron su ordenador.

El tipo dio a Mark varios nombres de empresas, y los detectives Ron y Perry extrajeron de su ordenador los enlaces de los pagos que le habían realizado desde diferentes cuentas alrededor del mundo. Nada que hacer por ese camino.

## EL JOKER

Después de comer se acostó un rato a descansar. Era mejor dormir aunque fuese una hora para estar lo más despejada posible a la noche. No sabía el tiempo que le iba a llevar su “trabajo” nocturno, pero difícilmente acabaría antes del amanecer.

Abrió los ojos cuando el día languidecía. Se puso en pie despacio, se duchó sin masaje adicional, necesitaba toda su energía activa y centrada. Comió algo ligero y frío, y se vistió para luchar, para la acción. Como en una película, pensó: vestida para la acción.

Miró por la ventana y, aunque ya lo había previsto, vio complacida que no se veía la luna en el cielo. Las luces de las farolas entristecían el anochecer. Pero ella se obligó a centrar su pensamiento en lo que tenía que hacer. Por Henry, se lo debía. Tenía que encontrar al tipo que le había matado.

En el trayecto cruzó Manhattan por la zona central izquierda en donde estaban buena parte de los grandes rascacielos de Nueva York. Pasó junto al One 57 y al 432 Park Avenue. A Jennifer le gustaban las numerosas luces de los edificios brillando en la noche, pero también le producían una cierta sensación de amargura. Cuantas personas se encontraban solas tras aquellas ventanas, y no solas por propia decisión sino porque la vida les había llevado a la soledad. Quizá fuese su culpa por su carácter y su forma de ser, pero todos deberían tener una oportunidad, aunque fuese la última de ser felices. Y ella quería dar esa oportunidad a algunas de ellas de no ser asesinadas al lograr atrapar a los criminales antes de que siguiesen matando. Y en cuanto pensaba en ello la tristeza se convertía en osadía, y las luces parecían brillar con más intensidad.

El puerto estaba lleno de grandes grúas rojas y de contenedores de todo tipo de colores. Daba una sensación caótica, pero para aquel que conociese su ordenamiento era fácil moverse por él. Pero ella sabía el punto concreto al que se dirigía, guiada por su GPS.

Una neblina empañaba el aire mezclando la humedad con la contaminación de los infinitos coches que durante el día humeaban por las abarrotadas calles de la ciudad. Nueva York llevaba años combatiendo la polución y había logrado reducirla drásticamente, pero aun así los niveles seguían siendo altos y mucha gente padecía las consecuencias. Estaría bien que la contaminación matase selectivamente a lo peor de la sociedad, se decía Jennifer, que detectase algún gen o algún rasgo inequívocamente asesino, así al menos la polución tendría algún beneficio social.

Ben y Úrsula esperaban en un coche justo en la esquina desde donde se veía la entrada del almacén. A los lejos se oían los sonidos melancólicos de la bocina de algún barco. Las farolas con su débil luz matizada por la suave bruma y la humedad creaban un ambiente fantasmagórico. Pero Jennifer no creía en los fantasmas, al menos no en los que pudiesen venir de ultratumba, y no

se dejaba sugestionar por las apariencias escénicas.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—No ha habido el menor movimiento —contestó Úrsula frotándose las manos para calentarlas.

El viejo almacén estaba al final de un callejón sin salida. Cualquiera diría que estaba abandonado, pero Ben había hecho bien su trabajo y sabía que algo extraño sucedía en aquel lugar.

—Las paredes están desconchadas, hay suciedad por todas partes, pero no hay ningún cristal roto, se han colocado bloques de cemento nuevos, y hay cámaras y alarmas de alta seguridad perfectamente camufladas a la vista, pero no al detector de radiofrecuencias —dijo Ben.

—Algo de valor para alguien se oculta ahí —dijo Úrsula.

Jennifer llamó a la agencia donde John aguardaba instrucciones y cotejaba datos.

—¿Has averiguado quién es el propietario?

—Un tal Campbell —oyó la voz de John por el pinganillo—. Muerto hace veinte años. Sin herederos. La propiedad estaba administrada por una sociedad sin ánimo de lucro registrada en Bermudas, un paraíso fiscal.

—¿Gerente, administrador...?

—No figura nadie. Se dio de baja hace diez años por disolución. La propiedad no estaba entre sus activos, con lo que es territorio fantasma.

—Como nuestro hombre. ¡Vamos allá! ¡Entremos!

Mientras Úrsula hacía un barrido con el detector de radiofrecuencias y neutralizaba las señales inalámbricas que protegían el local, los dos se acercaron a la nave. A Jennifer no le costaba manejarse en la oscuridad; es más, para ella era una ventaja ante potenciales adversarios.

Úrsula dio su aprobación a través del pinganillo a Ben para que forzara la entrada. En un instante la puerta estaba abierta.

—Vigila —indicó Jennifer a su compañero—. No quiero sorpresas.

La joven entró. Una gran nave vacía. Tras una somera inspección, lo único relevante era que en el medio había una silla, un foco, una mesa, una cámara y una pantalla.

—Atentos, chicos —susurró Jennifer.

Se sentó en la silla. Y esperó. Se oían a los lejos, atenuados por la estructura del edificio, los ladridos de un perro. Ningún otro sonido estropeaba el denso silencio de la nave.

Al poco se encendió el foco y se oyó la voz que usaba el Joker en la película de Batman.

—Bienvenida. Veo que eres una discípula aplicada.

Ella se mantuvo en silencio.

—Tendrás curiosidad por saber cosas —dijo la voz.

—Ninguna. Sólo quiero atraparte y que pagues por lo que has hecho. Tus juegos y desafíos me importan una mierda.

—Siempre tan impulsiva. Pero vayamos paso a paso.

Ella se levantó de la silla.

—Imagino que tus amigos estarán intentando rastrear esta señal —señaló la voz del Joker—. Así que si te mueves del campo de visión cortaré este ameno encuentro y perderéis una oportunidad única.

Jennifer suspiró para sí y se sentó de nuevo en la silla.

—Sólo será un minuto.

—No tengo prisa —aseguró Jennifer con desgana, aunque en realidad lo que quería precisamente era que siguiese hablando y que la conversación durase lo suficiente para poder localizarlo.

—Chica lista —valoró la voz—. ¿Por qué crees que hago esto?

—¿Por “esto” te refieres a matar a gente inocente e indefensa?

—No hay gente inocente. Todos merecemos morir por algo. Aunque sólo unos pocos encuentran a su juez y verdugo.

—Hay varias posibilidades a por qué haces lo que haces; una es que tengas la corteza prefrontal de menor tamaño que la gente normal o que tengas algún deterioro estructural o funcional en esa zona del cerebro. Si es éste tu problema, esa área es menos activa, y generalmente más pequeña —Jennifer hizo una pausa—. ¿La tienes más pequeña? Porque eso también sería una explicación.

—Ah, Jennifer, no seas tan prosaica.

—Hay ciertos problemas cerebrales que lleva a quien los padece a perder la capacidad de hacer juicios morales. Pero también puede ser que hayas sufrido abusos en tu infancia o en la adolescencia.

—Bien, bien. Veo que has hecho los deberes. Pero te diré que mi cerebro está perfectamente y mi infancia y adolescencia fueron muy felices.

—Entonces sólo nos queda un diagnóstico más psiquiátrico: eres simplemente un montón de basura.

—Me gusta. Debo pedirte disculpas por el incorrecto comportamiento de uno de mis muchachos. Los disparos debía haberlos hecho al aire para llamar tu atención y simplemente hacer que oyeses la risa del Joker. Una forma para que sepas reconocer mi mano tras mis actuaciones, al igual que otros detalles personales en cada una de mis obras, que ya habrás podido comprobar. Pero su entusiasmo le hizo sobrepasarse.

—Veo que alguno de tus sicarios tiene iniciativa propia.

—Bien, dejemos eso de momento. Te voy a poner más deberes. Tienes siete días para detenerme o para evitar la próxima muerte. Lo primero es imposible, lo segundo improbable.

—¿Y si no?

—Transcurrido ese tiempo alguien más morirá.

—¿Quién?

—Suerte —se despidió la voz—. La vas a necesitar.

La comunicación se cortó.

—¿Tenéis algo? —preguntó Jennifer a sus compañeros por el pinganillo.

—Nada —oyó la voz seca de John.

## EL PERFIL

Al día siguiente, Jennifer, después de su aventura en el almacén, apareció por la brigada. Sin más, se sentó frente a Mark.

—El tipo recibía las órdenes en un viejo almacén de la zona del puerto. He ido...

—¿Sola? —le interrumpió.

—Acompañada.

—Deberías avisarme para este tipo de asuntos.

—¿Sigo?

Mark, con mueca huraña, guardó silencio.

—Había una pantalla que se activó y pude hablar con D.H.

—¡¿Cómo!?

—Sí, pero no pudimos localizar la llamada.

—Tendríamos que haber ido nosotros, en la brigada tenemos más medios.

—Para el rastreo en concreto, no lo creo. Además, había que dividir recursos. ¿Y tú, qué noticias tienes?

—Es imposible localizar desde dónde se ha hecho realmente el pago al tipo que agrediste —le explicó Mark.

—Que conste que me agredió él.

Mark sonrió. Le gustaba la seguridad y fortaleza de Jennifer, y eso le excitaba.

—El dinero ha ido rebotando de un país a otro, de un paraíso fiscal a otro: Aruba, Liechtenstein, Islas Caimán...

—¿Y la empresa que ha efectuado el pago? —preguntó Jennifer.

—Han usurpado identidades mercantiles. Nada que hacer por esa vía.

—Este tipo de acciones requiere un sistema muy ingenioso y complejo —recapitó la joven—. Se necesitan conocimientos.

—Nos acercamos, pero cuando lo hacemos se esfuma, nadie sabe nada y sólo encontramos un callejón sin salida.

—A cada paso sabemos más cosas; por ejemplo, no actúa solo, busca buenos aliados, y les paga muy bien. Por lo que tiene que tener muchos recursos y ser rico, además de egocéntrico, sin empatía y sin remordimientos.

—¿Algo más?

—Es posible que sea un prohombre de la sociedad, un mecenas, alguien que aparente ser noble y sincero. Tiene facilidad para hacer amigos, ser admirado y tener muchos adeptos. Alguien a quienes los demás elogian e incluso le hacen donaciones de dinero o participan con entusiasmo y recursos en sus proyectos. Le gusta que le adulen y esto es lo que nos llevará hasta él.

—Un hombre perverso, una mente brillante enfocada al mal —reflexionó Mark.

—¿Por qué piensas que es un hombre?

—Bueno, lo supongo. La fuerza con que apuñaló a Adams y a Henry.

—Henry estaba drogado. Pero sí, probablemente sea un hombre, maduro, de entre treinta y cincuenta años, que lee el periódico en formato de papel.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Se enorgullece de lo que seguramente él llamará “su trabajo”, y le gustará ver los detalles reflejados en los medios de comunicación, y para regodearse tranquilamente el periódico es la mejor opción.

—Puede verlo en internet.

—Ocasionalmente, pero seguro que le gusta verlo en impreso y poder tocarlo. No creo que la pantalla o el papel de la impresora le motiven lo suficiente. Además, no se arriesgará a dejar rastro o a que su mujer o la gente más próxima le vean hacerlo con cierta frecuencia.

—Das por hecho que está casado.

—En un porcentaje alto sí, o tiene una pareja estable. Le gusta manifestar el control y para eso nada mejor que tener una pareja estable a la que todos los días de forma sibilina le va obligando a hacer lo que él quiere.

—¿Maltratador?

—Ningún jurado le condenaría por ello. No ejercerá maltrato físico, y la parte psicológica la hará de tal forma que difícilmente la propia víctima o el entorno se darán cuenta de la manipulación. Es un abuso psicológico sutil pero muy efectivo. Incluso será atento y amable, y su preocupación por los demás parecerá genuina.

—Un psicópata.

—En la caligrafía podemos determinar ciertos rasgos gráficos compatibles con tendencias criminales y determinar las patologías de la personalidad, pero en este caso no es posible afirmar por esta vía que lo sea. Sin embargo, hay rasgos característicos que subyacen en su comportamiento y que quizás él haya sabido controlar al escribir.

—Si es así, es mucho más peligroso.

—No creo que podamos considerar a este criminal como un psicópata clásico, ya que sus acciones no son irresponsables e impulsivas, sino que muestran una gran responsabilidad hacia un fin, aunque éste sea vil y, desde luego, no actúa impulsivamente. Es un gran planificador y ejecutor de planes largamente elaborados; eso sí, no muestra la menor culpa, y obviamente es un narcisista en alto grado.

Mark la miraba hipnotizado, y mientras la oía hablar no movía ni un músculo para no interrumpirla.

—Además, está el hecho de haber seccionado el pene a Adams. Esto puede indicar un complejo de castración.

—Nunca había oído hablar de eso —salió el inspector de su ensimismamiento.

—Es un concepto bastante reciente dentro del psicoanálisis. Se introduce en la mente de la persona siendo niño, entre los tres y los cinco años. Posiblemente su madre le abandonó a esa edad, y el falo representa el poder, la posibilidad de lograr que la madre regrese, y al no conseguir su deseo se produce la frustración.

—O sea, que si es así se trata de un hombre.

—No necesariamente. Si eso le sucede a un niño surge en él el miedo a la pérdida del falo, pero si es una niña, al no tener pene, se produce la confirmación de que ha sido castrada. Aunque lo más probable es que se trate de un hombre, también puede haber sido una mujer.

Mark acercó hacia la joven unos documentos. El informe sobre Larry Lawrence era bastante completo. El abogado había prosperado mucho en los últimos años, especialmente desde que se casó con Merrill Gibb, cinco años mayor que él, y una reputada abogada penalista. Una mujer hecha a sí misma. De familia humilde, había estudiado con ahínco para sacar con excelentes notas la carrera y había trabajado duro.

Lawrence había sido un estudiante menos notable y un oscuro abogado hasta que conoció a Merrill y se casaron. Dejó su pobre apartamento y se mudó a uno mucho mejor, más tranquilo y con vecinos de más nivel adquisitivo. La casa les había costado setecientos mil dólares. Una buena suma teniendo en cuenta sus ingresos hasta la fecha, pero la cuenta de ingresos de su mujer estaba mucho más saneada. Gracias a los contactos de Merrill, entró a trabajar con Adams, y cambió sus trajes de franela por trajes italianos hechos a medida, frecuentaba los mejores restaurantes y cuidaba su físico yendo a uno de los mejores gimnasios de la ciudad.

Aparentemente no había nada anómalo, salvo esa extraña relación de incompatibilidades sexuales entre la pareja, tal como aseguraba Jennifer, pero mucha gente se unía por unos u otros intereses, y esa unión había funcionado en el aspecto social y económico a las mil maravillas.

## LAS PISTAS

Antes de ir a la agencia, Jennifer fue a su casa a cambiarse y ducharse. Sólo entrar, antes de llegar al baño ya se había desnudado. Frente al espejo frunció los labios al ver las magulladuras del brazo y el hombro causadas por el disparo y por el golpe al lanzarse tras el bidón. Heridas de guerra, pensó. Aún no estaban muy amoratadas, pero en breve lo estarían. Qué poco sexi, pensó risueña, menos mal que antes de que se hinchasen había echado un polvo con Mark.

Con la fingida esperanza de que las heridas se desvanecieran, se puso bajo la ducha y dejó que el agua fría recorriese su cuerpo. Pero no, ahí seguían como recordatorio de lo que había pasado. Eso la enardecía. Y el frío del agua en vez de enfriar su ánimo lo encendió aún más.

—¡Te cazaré! —exclamó en voz alta.

A pesar de lo avanzado de la noche, Jennifer no tenía ganas de irse a la cama, al menos no a dormir. Aún le dolía alguna parte del cuerpo, especialmente el hombro. Se quitó la ropa, se puso una camiseta con tirantes, y se acordó de Kayla. Un calor irresistible bajó desde su cabeza por todo el cuerpo. Se echó en el sofá y cogió el mando del televisor, pero antes de darle al play lo tiró sobre los almohadones.

Cogió el coche y salió del edificio, y enseguida se percató de que la seguían. Mark había dado órdenes de no perderla de vista ni un momento.

Era viernes noche. Cuando Jennifer entró, un grupo de blues tocaba suavemente en El Laberinto. Un hombre viejo de piel clara llena de manchas con sombrero de fieltro negro cantaba con voz rota *The Bad Seeds* de Nick Cave: *Yo era el fuego que incendiaba su coño, pero había una trampa, no éramos iguales. Fui despedido de su entrepierna. Ahora me siento con los brazos cruzados y miro a las sirenas tomar el sol sobre las rocas, están más allá de nuestro alcance, yo miro y miro...*

Kayla estaba de espaldas poniendo unas botellas en una estantería. Llevaba un elegante y ajustado vestido verde oscuro. Impresionante, pensó Jennifer.

Jennifer se sentó en el taburete de siempre al fondo de la barra. Kayla se acercó con una amplia sonrisa que curvó sus labios voluptuosos y sensuales, y con la barbilla ligera y tentadoramente levantada, que daban ganas de morderla con suavidad y ternura. Le sirvió el tequila acostumbrado y ella se puso otro. Cuando Jennifer fue a coger el vaso, le pasó su suave dedo índice por el dorso de su mano.

—Para que cuando nos vaya mal, nos vaya como esta noche.

Kayla bebió de un trago, dejó el vaso y salió a cantar en el pequeño e improvisado

escenario.

Aunque Jennifer no era una entusiasta de Coldplay y la canción *Viva la vida*, en la voz de Kayla sonaba especialmente seductora: *Solía gobernar el mundo, los mares se habrían levantado a mi orden, ahora, por las mañanas duermo sin compañía, barro las calles que solían ser mías... ¿A quién se le ocurre ser rey?...*

Al volver, Kayla lavó bajo el grifo un par de limones y luego los cortó en cuartos, los puso en un mortero y los machacó para que soltasen el jugo. Añadió azúcar de caña y removió bien la combinación. Dejó que macerara unos segundos, y echó una taza de cachaza, el aguardiente de azúcar de caña. Cogió dos vasos largos llenos de hielo picado, y añadió la mezcla final.

La noche olía a azúcar de caña, a canela, pero Jennifer se obligó a volver a su apartamento. Sabía que tenía que descansar y recuperarse y, además, estar vigilada por los muchachos de Mark no le motivaba demasiado.

Mark subió a su auto y condujo hasta el aparcamiento del sótano del edificio donde vivía. Cogió el ascensor hasta la planta quince. Entró en el amplio apartamento que ocupaba desde hacía cinco años. Se puso un whisky con un cubito de hielo y se quedó mirando las luces de la ciudad iluminando la noche. Desde donde estaba pudo ver a través de la puerta abierta un trozo de la cama donde muchas veces disfrutaba con Jennifer de una pasión desenfrenada. Había habido otras mujeres, incluso alguna novia, pero Jennifer era diferente, especial, libre y salvaje, además de bella y con un cuerpo espectacular, y se excitaba con solo pensar en ella.

El detective miró el reloj deportivo que llevaba en la muñeca. Había acabado el whisky. El vaso estaba vacío, tan sólo un hielo transparente se movía en el fondo. Se sintió solo en el apartamento. Cogió las llaves que había dejado en la mesita de la entrada junto a un pequeño buda y debajo de una reproducción del cuadro *L'arbre du Paradis* de Séraphine Louis, y salió de nuevo.

Mark había ordenado que vigilaran la casa de Jennifer. Sus hombres le habían notificado la salida de la casa de la joven y su regreso, y el inspector decidió acercarse a echar un vistazo. Antes de llegar a la entrada del edificio, donde estaba apostado Ron, vio aparcado un Ford Galaxy negro.

Un hombre afroamericano y corpulento estaba sentado en el asiento del conductor con un cigarrillo apagado en una mano y la otra en el volante. Mark se acercó por el único punto en que el tipo no tenía ángulo de visión, abrió la portezuela de pronto y, cuando se giró hacia él, le propinó un golpe sordo en el mentón. Lo sacó del vehículo por las solapas. El tipo quedó aturdido, y antes de que cayese al suelo, el inspector lo asió por los sobacos y lo apoyó en el coche. Le dio unos cachetitos para reanimarle. Abrió los ojos y trató de defenderse, pero Mark le dio un golpe de aviso en los riñones como recordatorio del golpe anterior.

—Seamos sensatos —le dijo con voz conciliadora.

Ron, al oír el barullo, salió de su coche y se acercó al lugar. El rostro del hombre no mostraba excesivo entusiasmo, pero el dolor sordo en su cabeza y en los riñones le hizo más cooperador.

—¿Qué... qué quiere?

—Saber quién disparó a Jennifer Palmer.

—No lo sé.

—Tu coche estaba cerca del escenario y tú dentro vigilándola.

—Observé que ella se bajaba del coche, esperé y luego vi que un hombre entraba tras ella en el callejón. Cuando salí del coche a ver qué pasaba, oí unos disparos, y vi que tú volvías. Así que me subí a mi coche y me largué.

—¿Por qué la seguías?

—Órdenes.

—¿De quién?

—No lo sé.

—¿Cómo contactáis?

—Él lo hace a través de un teléfono que me envió —dijo el hombre y señaló un teléfono que estaba en el asiento del acompañante.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Protegerla.

—¿Tú? ¿Me tomas el pelo? ¿De quién?

—Esas son las órdenes.

—Bonita historia. Vamos a la brigada. Quedas detenido.

—¿Por qué? No he hecho nada ilegal.

—Ya se me ocurrirá algo. De momento vamos a cotejar las huellas de tus neumáticos con las que dejó el vehículo del tipo que disparó.

## LAS FOTOGRAFÍAS

Por la mañana, en cuanto Mark llegó a la brigada, Ron le explicó que la científica confirmaba que las llantas no eran las mismas que las del callejón. Y que el teléfono del detenido sólo servía para recibir llamadas, pero todas habían sido anónimas, indetectables.

Jennifer entró en la brigada con su vitalidad característica.

—Hemos revisado las cuentas del Centro de un Nuevo Comienzo y tiene varias donaciones que reciben con regularidad —dijo la joven.

—Es normal —respondió Mark—. Con eso se mantienen este tipo de organizaciones.

—Sí, pero algunas no hemos podido rastrearlas hasta su origen. Estamos ante el mismo modo de operar que con otros pagos de D.H.

—Vayamos de nuevo a ver a Jack McCully —dijo Mark.

El inspector se levantó y, mientras se ponía la chaqueta, se giró hacia Ron y Perry, que estaban en sus respectivas mesas atentos a la conversación.

—Interrogad a los dos detenidos a ver si sus historias resisten una confrontación. Al menos uno de los dos miente.

En cuanto entraron en el edificio del Centro para un Nuevo Comienzo, la mujer gruesa les dirigió con sus andares cansinos hacia el despacho de McCully, las pequeñas gafas de concha parecían ir a caerse a cada uno de sus movimientos desde la pequeña nariz en donde apenas se sujetaban.

McCully les recibió con una mueca a modo de sonrisa de recibimiento.

—¿Usted también necesita ayuda, asesora de la brigada contra el crimen?

—Tal vez, todos la necesitamos en algún momento, ¿no es así? —contestó la joven.

—Nuestras puertas están abiertas siempre que guste.

—Necesitamos más información sobre su centro y sus actividades —dijo Mark cortando el absurdo inicio de conversación.

—No hay mucho que decir, hace unos años monté una organización de ayuda a la gente desfavorecida, y ya ve.

—Según su contabilidad oficial las cosas no iban nada bien, pero de pronto empezó a llegar el dinero, y de forma bastante generosa —indicó Jennifer.

—Al principio todo fue bastante bien, pero después la cosa decayó.

—¿Y cómo logró sobrevivir? —preguntó el detective.

El hombre hizo una pausa, como si estuviese valorando la respuesta, y se inclinó hacia atrás.

—Cuando iba a cerrar, recibí una donación.

—¿Así, sin más?

—Es información confidencial. No puedo revelar los nombres de mis donantes. No les gusta la publicidad.

—Es realmente extraño, los donantes de este tipo de organizaciones suelen vanagloriarse del dinero que dan —explicó Jennifer—. Es una forma de hacer ver a los demás lo buenos y solidarios que son, además de evitar pagar impuestos, claro. Suelen tener mala conciencia por la forma en que se han lucrado o por cómo viven, y así su conciencia se mantiene aletargada.

Ante el incómodo silencio, Mark intervino.

—Está usted implicado de alguna manera en unos asesinatos. Podemos llevarle a la brigada y retenerle hasta saber en qué medida lo está.

—¿De ninguna manera! ¿Qué motivo pueden tener? —habló como si un torrente se abriese paso entre sus dientes.

—El otro día, un hombre nos esperaba a la salida de este edificio y en cuanto salimos atentó contra la vida de nuestra asesora. Así que hable o podemos seguir esta conversación en la brigada.

—No tiene nada que ver conmigo. ¡No tengo nada que ocultar! —por primera vez al hombre se le veía nervioso.

—Empiece a hablar o nos vamos a la brigada —presionó Mark.

McCully se pasó el dorso de la mano por la frente.

—Está bien, me llegó una propuesta para recibir una más que generosa donación.

—¿Cuál?

—La petición era pasarles la información de todas las personas que pasaran por el centro.

—¿Qué tipo de información?

—Toda. Sus datos de nacimiento, estudios, trabajos, informes médicos...

—¿Qué más? —insistió Mark, ante una pausa del hombre.

—Colocar donde ellos quisieran a quien me dijeran o a quienes me enviaran.

—¿Y no sospechó de una proposición así?

—Al principio pensé que podía ser una argucia para robar en casas o empresas, pero no tenía otra salida; además, pronto vi que no. Todo parecía normal.

—No parece muy normal.

—Salvo raras excepciones, y por temas menores, no hubo quejas por parte de las empresas, y la mayoría de las chicas salieron adelante.

—¿La mayoría?

—Bueno... algunas... algunas desaparecieron.

—¿Cómo Cynthia Scott, la sobrina de William Adams?

El hombre hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿Y qué pasó con su mecenas?

—Un año después de la primera donación, recibí más fondos para mejorar las instalaciones.

—¿Y de dónde venían esos generosos fondos?

—Anónimos.

—Tendrá que contarnos algo más.

—No hay nada más —resopló el hombre, como si quisiese acabar como fuese con aquella conversación y el soplado fuese capaz de alejar los problemas. Pero no, Mark estaba dispuesto a llegar hasta el final, y no iba a irse con las manos vacías.

—Una detención, aunque sea por unas horas, y una inspección exhaustiva de su centro, de las cuentas, de las chicas... sería muy perjudicial para sus intereses.

—Tengo contactos al más alto nivel, no creo que la inspección dure mucho.

—Es posible —intervino Jennifer, que había permanecido callada observando al hombre—, pero difícilmente podrá sobreponerse a las murmuraciones mientras se alarga y se hace pública la investigación a la que estará siendo sometido.

Se produjo un embarazoso silencio para Jack McCully, pero no para Jennifer que gustaba de esas pausas para ver el talante de su oponente.

—Adelante —dijo Jennifer con firmeza.

El hombre tragó saliva. Quizá había llegado el momento de exponer algo en su favor.

—Bien. Pero que conste que no he cometido ningún delito ni he hecho nada reprochable —sostuvo con calma y la voz templada.

Jack McCully se reclinó sobre la mesa y se acarició la barbilla.

—Todo lo que le cuente debe quedar entre nosotros.

—Eso depende de lo que nos cuente —explicó Jennifer—. Pero no dude que intentaremos que así sea.

—Mi vida y la suya dependen de ello. ¿Lo entiende? —dijo mirando a Jennifer.

—Lo entenderé cuando me explique lo que sabe. Entonces haremos lo que sea mejor para protegerlo a usted y para atrapar al criminal.

—¿No sé nada de criminales!

—Entonces, ¿por qué teme por su vida?

—Sólo sé lo que me dicen que haga. Pero estoy seguro de que no son gente de poca monta y los que mandaron para ocuparse de traer chicas al centro son gente peligrosa.

—¿Quiénes son?

El hombre dudó mirando a su alrededor como si buscara una inspiración para salir del atolladero.

—Hans Menzel.

Jennifer y el inspector se miraron sin articular palabra.

—¿Quién más?

—No sé sus nombres, los demás trabajan bajo sus órdenes, es lo único que sé.

—¿Y quién está detrás de Menzel?

—No sabría decirle. Nunca nos hemos encontrado, pero después de cada donación llega una

petición en una carta anónima.

—¿Las tiene?

—Sí.

El hombre abrió un cajón y sacó una carpeta. Sacó unos sobres de color rojo.

Mientras Jennifer revisaba las cartas sin encontrar ningún dato llamativo, sonó el teléfono de Mark.

—Tenemos otro cadáver —dijo Ron.

—¿Quién?

—Hans Menzel.

Mark colgó y miró al hombre.

—Es curioso, el tipo que esperaba justo aquí fuera y que llevaba sus asuntos sucios está muerto.

Jennifer le miró sorprendida.

—Ahora nos tenemos que ir —dijo Mark—. Nos llevamos las cartas, estese localizable y no salga de la ciudad. Pronto volveremos.

La calle estaba vacía. Aparentemente ningún peligro les amenazaba. Pero el inspector, desde el ataque a Jennifer, y más después de la llamada notificándole la muerte del tal Hans, iba ojo avizor, por si acaso pretendían repetirlo.

En cuanto salieron Jennifer ató cabos.

—Hans Menzel estaba en una celda.

—Sí, así es. Y a pesar de ello ha sido asesinado.

Justo en ese momento sonó el teléfono, y Jennifer contestó.

—Mamá.

—Hola Jennifer, he estado dándole vueltas a las fotografías que me enseñaste. ¿Me las puedes enviar a mi móvil?

—Enseguida.

¿Habría recordado a Sarah o al abogado?, pensó Jennifer, aunque le pareció extraño pues cuando las vio estuvo segura que no, al igual que los de la casa de subastas. Su madre era muy buena fisonomista, siempre recordaba el más mínimo detalle de los atuendos y rasgos de los demás, ¿cómo ahora podía haberles reconocido cuando hacía unos días no pudo?

Al llegar a la brigada, bajaron a las celdas donde estaba encerrado Hans Menzel. Su cuerpo aún estaba tendido en el suelo rodeado de un gran charco de sangre. Gardner estaba junto al cadáver inspeccionándolo.

—Le han disparado —puntualizó Gardner.

—¿Nadie ha oído nada? —preguntó incrédulo Mark.

—¡No! —contestó Ron al tiempo que cerraba los puños.

—Han usado silenciador —confirmó Gardner.

—D.H. tiene un cómplice entre la policía —aseguró Perry.

—¿Y las cámaras?

—Nada —dijo Perry—. Intervenidas.

—Éste debió de ser el que te disparó —participó Ron a Jennifer mientras miraba el cadáver —. Al parecer D.H. no le ha perdonado que arriesgara tu vida sin su permiso.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mark.

—Tenía 700 dólares en la boca, y una nota en el regazo.

El doctor Gardner le pasó la hoja de papel en un plástico traslúcido. La joven leyó la nota.

*Siento el desliz. Hay gente que pone demasiado entusiasmo. Este hombre ya no pondrá ninguno.*

*Él nació con mala estrella y lo verán. Yo tengo 700 dólares, no te metas conmigo. Pero tú sabes que yo soy él, todos saben que yo soy él.*

*D.H.*

Los dos salieron de las celdas y fueron hacia el despacho de Mark.

—¿Ves?, si me hubiese matado, el juego habría terminado, y él aún quiere seguir un poco más antes del desenlace final —le dijo Jennifer a Mark.

—Conforme, pero eso no me tranquiliza nada. Tú lo has dicho: quieres seguir un poco más, pero ¿cuánto es ese poco más?

Mientras subían a la brigada, sonó de nuevo el teléfono y Jennifer oyó la voz agitada de su madre.

—¡Jennifer! ¡Estoy en la casa de subastas y les he enseñado las fotografías!

—Descartaron que fuese alguno de ellos.

—¡La fotografía del hombre!

—¿El abogado?

—¡Sí, ese! A él no le había visto nunca, pero a la mujer que le acompaña sí, y la encargada de la casa de subastas, una chica muy perspicaz, también la recuerda. Con otro corte de pelo, más largo, un maquillaje mucho más recargado, gafas de sol y una indumentaria diferente, pero sí, es ella, la mujer que compró algunas cosas en la subasta y, probablemente, entre ellas la daga.

—¿Estás segura?

—Sí, además he entrado en las noticias sobre la exposición de arte que hay en la red y he visto otras fotografías en las que aparece. No hay duda, es ella.

Merrill Gibb, la mujer de Larry Lawrence.

En el momento en que Jennifer colgó, apareció el detective Ron por la puerta alzando unos papeles en la mano.

—Larry Lawrence ha estado vendiendo todas las propiedades de Adams, las casas, el edificio de la empresa, las obras de arte...

—Es lógico —adujo Mark—. La mujer de Adams nos avisó que seguramente lo haría.

—Pero he comprobado que el dinero no está en las cuentas de Sarah Adams —certificó Ron.

—¿Se lo ha quedado él? —intervino Perry.

—O ha sacado el dinero del país —contestó su compañero.

—¿Para qué?

—Sarah Adams le dio poderes, y tal vez el abogado y su mujer estén huyendo con el botín —

sentenció Ron.

—Al parecer —aportó Perry—, Sarah Adams ha llegado a un acuerdo con Frank Anthony, el antiguo socio de su marido, para venderle la empresa y sus posesiones.

—Los dos se benefician de la muerte de William Adams —intervino Mark—, pero puede que no sepan nada de las argucias del abogado.

—Las cuentas de Adams están a cero —recordó Ron—. Entre el efectivo y la venta de acciones unos ochenta y nueve millones de dólares. Además, han vendido los cuadros por ciento veinte millones de dólares, cuando su valor actual es de cerca del doble, y el apartamento por doce millones cuando podrían haber sacado bastante más.

—Lawrence cierra las cuentas del difunto, vende sus propiedades y el dinero desaparece —opinó, pensativa, Jennifer.

El círculo se iba cerrando sobre el abogado.

—¿Estará involucrada Sarah Adams? —preguntó Perry.

—Lo comprobaremos —dijo Mark e hizo una llamada para que pincharan los teléfonos de Sarah Adams, de Merrill Gibb, de Larry Lawrence y de Frank Anthony.

Llamaron de nuevo al teléfono de Jennifer. Era John. Cuando colgó miró fijamente a Mark.

—Una cámara a cuatro calles de donde está el estudio de Henry el día del asesinato sitúa al abogado en la zona y a una hora crítica.

—Suficiente, vamos a por Larry Lawrence y a por su mujercita —decidió Mark.

## LA HUIDA

Mientras Mark y Jennifer iban a casa de Larry Lawrence, Ron y Perry fueron a ver a la mujer de Adams. Al llegar a la casa de Alpine, vieron que la seguridad había aumentado y varios hombres bien armados patrullaban por el jardín.

Uno de los guardas les abrió la puerta y tras comprobar sus identificaciones les acompañó hasta la entrada de la mansión. Juliette Parker, la secretaria personal de Sarah Adams, les recibió, adusta y con un vestido sencillo y formal, les condujo hacia el salón. La viuda les esperaba de pie ante un gran ventanal.

Ron llevaba la voz cantante y le preguntó si confiaba en Larry Lawrence.

—Totalmente —contestó con la mirada crispada—. Es el abogado de la empresa desde hace tiempo y persona de confianza de mi marido. Y él mismo se ha encargado de ponerme más protección por si acaso, como pueden ver. Lawrence opina que al heredar una gran suma a alguien pueda ocurrírsele alguna mala idea o incluso por si el asesino quisiese actuar contra mí.

La viuda confirmó a los dos detectives la inminente venta de sus activos a Frank Anthony, su antiguo jefe, en unas condiciones muy ventajosas, para así pasar página de aquel doloroso episodio en su vida.

Al salir, Ron y Perry se apostaron en el coche a vigilar, y avisaron a la brigada para que estuviesen atentos por si ella llamaba a Larry Lawrence para prevenirle, pero el tiempo pasó y ni lo hizo, ni salió de la casa.

—Cámaras, alarmas, hombres armados —atestiguó Ron—. Mucha protección.

—Ahora es una mujer rica, muy rica —dijo Perry con convicción—. ¿Tú no lo harías?

Ron le miró con gesto huraño.

—Volvamos a la brigada.

Mark y Jennifer llegaron a la casa de Larry Lawrence, pero ni él ni su mujer estaban. Entraron y vieron un cierto desorden, cajones y armarios abiertos.

—Se han largado —confirmó lo obvio el detective.

Jennifer llamó a la agencia y le dijo a John que comprobase si el teléfono del abogado estaba operativo y que lo localizara. Al cabo de unos instantes se oyó la voz de John.

—Está apagado, pero si no ha sacado la batería, lo encenderé a distancia.

—¿Se dará cuenta? —preguntó Mark.

—No, ni vibrará, ni se encenderá la pantalla, pero podremos saber su ubicación.

Se produjo un silencio hasta que se oyó la voz triunfante de John.

—¡Lo tenemos!

—¿Qué dirección?

—Se dirigen por la interestatal hacia Washington.

—¡Vamos! —profirió Jennifer.

Por fin tenían algo tangible, unos sospechosos a los que dar caza.

Siguiendo las indicaciones de John, llegaron a una rotonda de entrada a una gran explanada. Al fondo se veía un motel. Todo el edificio estaba pintado de blanco salvo las barandas y las puertas que eran de un vulgar verde pistacho.

—Está en el motel —aseguró John por el pinganillo—. Al menos su teléfono está ahí.

El edificio tenía habitaciones distribuidas en tres plantas alargadas que daban al exterior por un pasillo abierto.

Las tres plantas dejaban ver las puertas verdes de las habitaciones, y desde el largo pasillo se veía justo debajo una piscina y el aparcamiento más allá.

En la recepción, Mark se identificó y le enseñó al portero la fotografía de la pareja.

—Tercera planta, al fondo, la última puerta —contestó sin inmutarse indicando con la mano dónde se encontraba la habitación que buscaban.

—¿Hay ascensor?

—No —indicó el hombre con cierta desidia—. Las escaleras.

El portero señaló hacia un lateral del edificio.

Tercera planta, número quince. Casi al fondo, estaba la habitación alquilada por Lawrence y su mujer. En ese instante, apareció el coche de Ron y Perry.

Los cuatro fueron recorriendo el pasillo junto a las puertas cerradas. Oyeron unos sonidos apagados.

—¡Disparos! —aseguró Jennifer.

Sacaron sus armas. Cuando llegaron frente a la puerta, Mark con un gesto hizo que sus acompañantes se apartaran. Pistola en mano llamó con toda la energía de sus nudillos a la puerta.

—¡Brigada criminal! ¡Abran la puerta!

Sonó una detonación. La bala abrió un boquete en la frágil puerta y el proyectil se perdió en la nada. Ron derribó la puerta de una patada. Los tres detectives entraron disparando.

Lawrence trató de huir por una ventana trasera al tiempo que disparaba su revólver, pero cayó abatido antes de acertar a alguno de ellos.

En la cama estaba el cuerpo de su mujer. Merrill Gibb había sido ejecutada por su propio marido y cómplice. Unos almohadones habían amortiguado el sonido de los disparos, y yacía con los ojos abiertos mirando al techo.

Lawrence aún respiraba. Su cuerpo manaba sangre por tres orificios. Jennifer se acercó y se arrodilló junto a él.

—Ha sido divertido —balbuceó el moribundo—. Pero el Desafío del Hombre no ha terminado. Nunca podréis ganar.

—¿Quién está detrás de todo esto?

Agonizante, Lawrence, hizo una mueca a modo de sonrisa.

—Quizá sea yo, quizá sea...

Antes de acabar la frase el hombre ladeó la cabeza y murió.

Mientras revisaban la habitación e interrogaban al portero, la científica entró con Gardner a la cabeza y se hizo cargo del escenario.

—¿Cuánto lleva muerta la mujer? —preguntó Mark.

—Hace menos de una hora. Por lo que veo, el asesino debe ser el tipo al que habéis matado, y estaba a punto de alzar el vuelo.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Perry.

—Quizás estaba borrando sus huellas, o simplemente quiso quedarse con todo el dinero —dijo Mark.

Jennifer y Mark volvían en silencio a Nueva York con el único sonido del ronroneo del potente motor del coche entre ellos. La noche era húmeda, y las luces de los vehículos se veían matizadas entre brumas.

—¿Qué te ha dicho antes de morir? —preguntó, finalmente, Mark.

—Que esto no había acabado.

—Si se confirma que el revólver que disparó contra Hans Menzel es el mismo que el que ha matado a Merrill Gibb, asunto zanjado.

—No sé, algo sigue sin cuadrar.

—Entre él y su mujer se ganaron la confianza del matrimonio Adams, asesinaron a Adams y después vendieron todas sus propiedades para quedarse con el dinero. Una trama largamente elaborada.

—Sí, eso es lo que parece. Aunque... Además, sus últimas palabras...

—Seguramente ha sido una bravuconada de un asesino con ínfulas de gran criminal que ha sido cazado de una forma bastante prosaica y con las manos en la masa. Ha querido crear una duda antes de morir para que su muerte no fuese tan banal.

Jennifer giró la vista hacia el paisaje que se veía desde la ventanilla lateral, donde la bruma se adueñaba del paisaje, y suspiró.

## CASO CERRADO

Por la mañana mientras Jennifer iba a la agencia, la llamada de Mark le confirmó que el revólver con el que dispararon a Hans Menzel y con el que mataron a Merrill Gibb era el de Lawrence.

Caso cerrado.

En el momento en que Jennifer llegaba a la agencia, recibió la llamada del doctor Gardner.

—Como sois tan obstinados, he repasado las pruebas y se confirma que las trazas encontradas en el lavabo de los Adams eran de un cosmético, pero se trata de una composición poco frecuente.

—¿Puedes especificar más?

—Claro, seré más concreto, se trata de una marca que se utiliza en el maquillaje profesional. He encontrado talco, almidón, carbonato magnésico, estearato de zinc y polvo de polietileno. Ah, también hay trazas de alginato y látex.

Ante el silencio de su interlocutora, continuó hablando.

—El alginato se usa para caracterizaciones, ocultar defectos en el rostro o quizá resaltarlos. También se usa para moldes de prueba en ortodoncia, prótesis... Y la mezcla de alginato y látex se emplea para realizar transformaciones.

—¿Para envejecer la piel? —se le ocurrió a Jennifer, ante la sorpresa del doctor.

—Sí... Entre otras cosas se usa para envejecer la piel.

—Gracias, doctor, una información muy útil.

—Otra cosa, en cuanto al corazón de William Adams, ya que el inspector insistió tan amablemente —dijo sarcásticamente—, lo guardé y he vuelto a hacerle un examen. La puñalada tal vez trató de ocultar algo.

—¿El qué?

—Una descarga eléctrica.

La joven colgó y asintió. Las cosas empezaban a cuadrar.

Jennifer entró en la agencia y reunió al grupo.

—La pistola de Lawrence es la misma que acabó con la vida de Hans Menzel en el calabozo. La brigada ha dado por cerrado el caso.

—El capitán Mael tiene prisa por zanjar el asunto y complacer al alcalde —dijo Donald.

—Parece increíble que Lawrence entrase en los calabozos de la brigada donde estaba el tal Hans, le disparase y se fuese sin que nadie se percatase, me parece inverosímil —opinó Úrsula—. Tuvo que tener un cómplice, alguna distracción o alguien lo hizo por él con su pistola. Además, de nuevo, las cámaras estaban intervenidas.

—Todo esto parece demasiado para este hombre. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ben con ganas de más acción—. ¿No iremos a dejar esto así?

—A pesar de todo, si no tenemos nada nuevo, habrá que dejarlo —aseguró Nicole.

—Quizá haya algo —sugirió Jennifer, pasándose la mano por el mentón.

—¿Qué has pensado? —quiso saber John.

—Había algo que me taladraba las tripas y no sabía qué era —contó la jefa—. Y ahora vamos a comprobarlo. A ver, usemos el programa informático de reconocimiento facial en otra línea diferente.

—¿Cómo? —preguntó John.

—Primero coge una fotografía de Sarah Adams y envejece su rostro.

John puso la fotografía de Sarah en la pantalla, y conforme iba envejeciendo, Jennifer miró a sus compañeros.

—¿A quién se parece?

A continuación añadió a su lado una fotografía de la madre de Adams.

El parecido era evidente, la estructura física, la forma de vestir, el aspecto respetable, la sonrisa... Hasta Sarah aparentaba tener una edad similar a la de ella cuando murió.

—Incluso el nombre tiene connotaciones similares. Su madre de llamaba Samanta.

—Sarah es una versión actualizada de la madre de William Adams —sentenció John.

—¡Claro! —exclamó Úrsula—. ¡Los cosméticos!

Todos le miraron extrañados, salvo Jennifer, que asintió con la cabeza.

—Sí, los cosméticos. Se hallaron trazas en el apartamento de Adams —matizó la joven.

—Gardner ha hecho un análisis de las trazas de polvo que alguien había tratado de eliminar con prisas en el baño —explicó Jennifer—. Se trata de un maquillaje que se usa para hacer caracterizaciones. Lo usan los profesionales en las actuaciones de teatro o cine.

—¡Esperad, puede que haya más! No habíamos conseguido ninguna coincidencia con la imagen de la mujer que llegó sola al apartamento, pero... —dijo John, y puso en la pantalla la fotografía de la misteriosa joven en la entrada del edificio donde fue asesinado Adams.

John fue eliminando ciertas partes de la imagen de la joven, y superponiendo la de Sarah Adams. La coincidencia del cráneo, la forma de la cara y la estatura, una vez eliminados los tacones y alzas, eran totales.

—Solo la nariz y la estructura corporal no coinciden, pero eso se puede arreglar con silicona y postizos —aseguró John.

—¿Estafadora o asesina? —preguntó Úrsula.

—O ambas cosas —sentenció John.

—Sin tener la seguridad de que es ella, con esto la brigada no va a abrir de nuevo el caso —opinó Jennifer—. Desde arriba todos quieren pasar página.

—¿Qué hacemos? —se avinagró Ben, quien, ante las pruebas, no estaba dispuesto a dejar

correr el asunto.

—Iré a darle el pésame a la viuda por la muerte de su abogado.

—Voy contigo —masculló Ben—. Esa gente de seguridad de la finca de Alpine no me da muy buena espina.

—Yo también voy —dijo Donald.

—Y yo —aseguró Úrsula.

Antes de que ninguno más hablara, Jennifer quiso dejar las cosas claras.

—Ya no estamos en el caso, tenemos que encontrar pruebas que la incriminen, y no creo que nos las vaya a dar sin más. Vosotros dos —dijo mirando a Nicole y John, que estaban cotejando datos en los ordenadores—, quedaos aquí sirviendo de apoyo.

—Cuando estuvimos el otro día, en la villa había mucha seguridad, demasiada —dijo Donald—. Habrá que ir preparados. Y más tras la muerte del que, seguramente, ha sido su cómplice.

Sin nada más que añadir, cada uno cogió sus armas y salieron hacia Alpine.

## NATURALEZA SALVAJE

Las sombras habían invadido el escenario cuando aparcaron en las inmediaciones, lo suficientemente lejos como para que las cámaras de la finca de Sarah Adams en Alpine no captaran su presencia.

El corazón le latía deprisa, pero Jennifer sabía que en cuanto se pudiese en marcha su pulso iría como un reloj. Tic... tac... El momento se aproximaba.

—¿John? ¿Nicole? —llamó Jennifer por el pinganillo.

—¿Sí? —contestó John.

—¿Cuántos hombres hay en la finca?

—Espera un momento, estoy tratando de tomar el control de sus cámaras.

Unos segundos después, en cuanto John intervino su sistema operativo, las cámaras giraron hacia el interior.

—Se ven tres en la parte de fuera —dijo Nicole—. Pero puede que dentro haya alguno más.

—¿Y la mujer?

—Ni rastro. ¡Espera! Creo que está en la planta de arriba. He visto una silueta de mujer pasar ante la ventana de su dormitorio.

—¿Ibais a ir a una fiesta sin mí? —se oyó la voz de Mark, que apareció acompañado de sus dos detectives—. Te recuerdo que es ilegal entrar en una propiedad privada, al menos sin una orden judicial.

Mark sacó un papel del bolsillo interior de su chaqueta y lo agitó en el aire.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Te conozco, te gusta el camino corto y directo. Y entrar aquí lo es. Además me ha llamado Walter Collins. No sé cómo, pero tenía jugosa información sobre el caso, sabía lo de la muerte de Lawrence y su mujer, la desaparición de los fondos de Adams, y me dijo que, probablemente, venías hacia Alpine. Gracias a él tenemos este papelito que el juez ha preparado con tanta diligencia en pijama en el salón de su casa.

Donald se apostó en la valla con unos prismáticos de visión nocturna.

En la entrada de la villa, un corpulento vigilante miraba unos papeles y levantaba la vista a intervalos hacia la entrada. Vestía con un amplio traje de marca que dejaba ver un bulto en un lateral. La pistola no pasaba desapercibida, ni su formación militar, que se veía delatada por la manera de moverse.

Al fondo del jardín vio a otro guarda con una metralleta colgada al hombro. El aspecto del tipo era similar al del hombre de la puerta y, por el pinganillo que asomaba por su oreja, debían de estar en permanente contacto.

Jennifer sacó su revólver y se quitó la chaqueta. El suéter negro se amoldaba a su cuerpo como los pantis a sus piernas. Mark la miró con disimulada admiración y deseo estar con ella en otro lugar más privado, pero antes debían entrar en otro tipo de acción menos apetecible. La joven cambió su calzado de tacón por unas zapatillas, cogió el arma y se dispuso a la acción.

—¡Poneos esto! —Mark repartió chalecos antibalas que Ron sacó del capó de su coche.

Los chalecos eran muy flexibles y permitían la movilidad en cualquier circunstancia, sin impedir que quien llevase puesto uno de ellos pudiese reaccionar con rapidez y agilidad. Estaban formados por muchas circunferencias de cerámica balística unidas entre sí y recubiertas de una tela de placas blindadas de máximo nivel de protección frente a una amplia gama de balas y explosivos. Al menos tendrían protegidas algunas de sus partes vitales ante una posible refriega.

—Nosotros somos los buenos —expuso Mark refiriéndose a él y a sus inspectores—, así que iremos por la puerta principal como corresponde; vosotros por el lateral.

Jennifer y su gente se encaramaron a la valla, mientras Mark y sus dos detectives se dirigieron a la puerta. Una gruesa doble hoja de madera reforzada con acero daba acceso al jardín de la villa.

Mark apretó el botón del telefonillo. Al oírlo hubo un cierto revuelo en el interior y otro hombre más salió de la casa. John y Nicole les iban informando de todos los movimientos que veían desde las cámaras.

—¿Quién?! —se oyó una férrea voz por el interfono.

—Brigada contra el crimen de la ciudad de Nueva York. Traemos una orden judicial.

Silencio. Movimiento en el interior.

Jennifer y sus tres acompañantes saltaron la valla. Ella iba delante. Cruzó resuelta el jardín sin que nadie la viese. Una sombra en la noche. Con un gesto de la mano, indicó a Ben y Donald que se dirigieran hacia la fachada principal, mientras ella y Úrsula se desviaban hacia una puerta secundaria.

Ron forzó, decididamente, la doble puerta de la entrada principal y los tres detectives de la brigada criminal entraron al jardín. En cuanto la puerta se abrió, unos disparos les hicieron retroceder.

Al oír las descargas, desde el interior de la finca, Ben y Donald abrieron fuego contra los guardas, que retrocedieron hacia la casa. Uno de ellos cayó herido.

Jennifer y Úrsula llegaron a la parte lateral de la casa. Abrieron con cuidado una puerta que daba a la cocina. Jennifer le hizo un gesto a su compañera para que esperase su orden. Y ella avanzó en la tenue luz hacia el pasillo que llevaba a la gran sala de entrada y a las escaleras que conducían a los dormitorios.

Oyó un ruido a sus espaldas.

La semiautomática de uno de los vigilantes destelló en la oscuridad.

En una milésima de segundo, sus sinapsis habían hecho sus conexiones neuronales, y su cerebro había evaluado los ángulos en los que situarse, las opciones de atacar o defender y las distintas posibles reacciones de su oponente. Jennifer acomodó su cuerpo a la mejor posición posible ante su adversario, giró la cadera, se movió velozmente y lanzó un golpe con la pierna en

alto en dirección al sonido. El hombre se desequilibró, pero detuvo el golpe y se volvió disparando.

La bala pasó junto a Jennifer. Sintió manar de su interior una furia serena. Disparó a su vez cuando el hombre ya le apuntaba de nuevo con su arma.

Un disparo. Uno solo. Seco y mortal. El tipo cayó trastabillado.

Úrsula llegó a tiempo de ver desplomarse al hombre. Nunca más volvería a levantarse. En ese momento se oyeron disparos en la entrada. Las dos fueron en esa dirección, pero enseguida Jennifer vio que la situación estaba controlada por los miembros de la brigada y de la agencia. Uno de los matones yacía muerto en el suelo, otro se cogía la tripa retorciéndose de dolor y el resto deponía las armas. Jennifer se dio la vuelta y subió todo lo rápido que pudo las escaleras, seguida de Úrsula.

Abrieron con violencia la puerta del dormitorio. Fueron recibidas por los disparos de Juliette Parker, la mujer de confianza de Sarah Adams. Pero ellas contestaron con varios tiros de sus Berettas. La mujer cayó al suelo sin vida.

Úrsula se palpó dolorida el costado. Por suerte, el chaleco antibalas había frenado el avance del proyectil.

—Maldita sea, me ha dado justo en la copa de metal del sujetador —exclamó Úrsula doliéndose—. Esto me va a dejar marca unos cuantos días.

La ventana abierta indicaba que Sarah Adams había escapado.

—Sarah Adams, Smith o como se llame ha huido —indicó Jennifer cuando bajó las escaleras.

—Daré orden de que vigilen todos los aeropuertos y puntos de salida del país —dijo Mark.

Las ambulancias y los coches de la policía llenaron el aire con sus luces. En cuanto el perímetro estuvo controlado por las fuerzas de seguridad, y la científica se hizo cargo de la situación, Mark y Jennifer se fueron en el coche del detective.

—¿Sabes?, he sentido algo que no pensaba que podría sentir.

—¿A qué te refieres?

—Es difícil de explicar, cuando ese hombre me ha atacado y la bala ha pasado junto a mí, no he tenido ninguna duda al apretar el gatillo. Es más, deseaba hacerlo, acabar con su vida. Y lo peor es que luego me he sentido bien, y cuando hemos entrado en el dormitorio de Sarah Adams me hubiese gustado que disparara para poder acabar con ella, pero fue otra la que estaba en su lugar.

—¿Y eso te preocupa?

—No, *mon ami*. Es como si algo adormecido hubiese despertado.

—Es tu naturaleza salvaje. En todos está latente. En algunos pocos se despierta, en la mayoría no.

—¿Seré una asesina? —comentó con cierto tono irónico.

—Depende del uso que hagas de tu naturaleza, será algo bueno o no. La cárcel está llena de tipos que no han sabido canalizar su naturaleza primaria, pero también hay grandes policías que sí han sabido y gracias a ello prestan un gran servicio a la comunidad.

—O se escudan en ello para hacer legal sus deseos de matar.

—Puede que en algunos casos sea así, pero la cuestión es si eres capaz de distinguir lo que es justo de lo que no lo es —esperó un segundo y dijo—, y hacerlo.

—Lo justo... —repitió pensativa Jennifer.

—La mayoría de los policías que matan a alguien, y más si es a dos personas...

—El mérito de la muerte de Juliette Parker no sé si es mío o de Úrsula —le interrumpió—. Las dos disparamos al unísono.

—Igual da, en todo caso cuando alguien mata a otra persona, especialmente si es la primera vez, necesita tratamiento psiquiátrico, pero estoy seguro que la dama de hielo no lo necesita.

En ese momento sonó el teléfono de la joven.

—Jennifer... —oyó la voz de Walter Collins, su mentor—. Deberíais ir al aeropuerto.

—¿Cómo has sabido...?

—Ya sabes, mi sombra no acaba de irse y se entera de muchas cosas.

—El aeropuerto está vigilado —dijo Jennifer—, no podrá escapar. La Autoridad Portuaria de Nueva York está avisada.

—No me refiero al John F. Kennedy, sino al aeropuerto anexo exclusivo para los aviones de los millonarios. Va a coger un jet privado. Te mando su posición exacta. Sale en quince minutos, pero no te preocupes haré que retrasen un poco la orden de salida, pero daos prisa, si no sospechará y volverá a huir.

Mark conectó la luz azul del vehículo, y giró hacia Queens al sureste de la ciudad de Nueva York.

—En veinte minutos estaremos allí —anunció Mark apretando con fuerza las manos sobre el volante.

## LA ÚLTIMA COPA DE CHAMPÁN

Sarah Adams estaba en el interior del Cessna Citation. Todo un magnífico y costoso jet para ella sola. Iba vestida con un traje ligero de dos piezas gris perla, llevaba el pelo recogido y, esta vez, apenas llevaba maquillaje, lo cual la hacía parecer mucho más joven y mostrar la edad que realmente tenía.

El piloto y el copiloto hablaban tranquilamente a la espera de la orden de despegue para salir del hangar a la pista. Pura rutina.

El tiempo pasaba y Sarah empezó a sospechar que algo no iba bien.

Hizo una llamada, pero su gente de la casa de Alpine no contestó. Era obvio que no habían conseguido retrasar mucho tiempo que descubrieran su huida.

Cuando colgó se levantó de su asiento y se dirigió a la cabina.

—¿Algún problema? —preguntó al piloto y al copiloto.

—No sé por qué no nos dan el permiso de salida. Parece que no hay tráfico en este momento.

—¡Despegue! —ordenó Sarah.

—Hay que esperar la autorización de la sala de control.

—No lo repetiré.

La voz de la mujer sonaba imperativa, y más cuando sacó una pistola.

—No puedo, hasta que...

El disparo acabó con la vida del copiloto sin dejarle acabar la frase.

—Despegue, no lo volveré a repetir —la frialdad en el sonido de la voz de la mujer y la pistola que empuñaba no dejaban lugar a dudas.

El piloto, atenazado por los nervios, comenzó la marcha a trompicones. Finalmente logró sacar el Cessna Citation a la pista y se puso en posición de despegue.

Por el receptor de la frecuencia de la torre del aeropuerto se oyó la voz del controlador.

—Cessna 125, aún no tiene el permiso de salida. Espere la orden.

—¡Adelante! —exigió Sarah al piloto.

El avión comenzó a rodar por la pista, cada vez adquiría más y más velocidad. Por un lateral de la pista apareció el coche de Mark. Por un momento parecía que el avión iba a lograr despegar, pero finalmente el coche se cruzó y el Cessna Citation se detuvo.

La puerta del avión se abrió y el piloto bajó. Para la mujer no tenía sentido añadir otro

muerto a su lista.

—¡Va armada! —gritó cuando llegó a la altura en donde estaban apostados Mark y Jennifer tras el coche apuntando con sus pistolas hacia la portezuela del avión.

Con precaución se acercaron y subieron al avión.

—¡Brigada contra el crimen de la policía de Nueva York! —gritó Mark—. ¡Tire el arma donde yo pueda verla!

Jennifer miró en la cabina y vio el cuerpo de copiloto.

—Está muerto —le dijo a Mark.

La pistola de Sarah cayó cerca de ellos.

—No soy una amenaza —oyeron la voz serena de la mujer.

Al abrir la cortina que separaba la entrada de la sala de pasajeros, vieron a Sarah Adams sentada tranquilamente con una copa de champán en la mano. Las luces del techo estaban apagadas y la tenue y cobriza luz procedía de las lamparillas de las paredes. El elegante traje gris perla se mimetizaba con el tapizado del cómodo asiento; sólo la camisa blanca, sin adornos, y la cinta blanca del sombrero Cloché que tapaba su cabello destacaba en la tenue luz.

—Disculpen, pero no sé cuánto tiempo estaré sin probarlo. ¿Quieres, querida? —la mujer señaló la botella abierta—. Es la marca que tanto le gustaba a nuestro amado Henry.

Jennifer sintió una oleada de calor que le subía al cerebro, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no descargar su revólver contra aquella serpiente.

—No creo que vuelvas a probar el champán jamás.

—Oh, nunca se sabe. El destino a veces es incierto.

Jennifer se puso frente a ella.

Pese a la adversidad de las circunstancias, Sarah siempre tenía la sensación de poder salirse con la suya, y eso hacía que llevase cualquier cosa que le sucediese hasta sus últimas consecuencias. Con gesto displicente, hizo el ademán de dejar la copa de champán en la mesita supletoria. Justo cuando el cuerpo de Jennifer se interpuso en la trayectoria visual con Mark y su arma, se abalanzó sobre ella y lanzó un potente golpe intentando derribarla. Trató de coger su pistola del suelo y abrirse paso para salir del avión. Pero Jennifer estaba prevenida y paró en parte el golpe y, cuando Sarah llegó a coger el arma de fuego, forcejearon cayendo las dos al suelo enmoquetado. Jennifer le retorció el brazo, la desarmó y la neutralizó.

Mark apuntó a la mujer con su pistola y sacó las esposas.

Desde ese momento, Sarah ya no opuso más resistencia y se dejó maniatar.

## LA LIBERTAD

D.H. la eligió de joven. Entonces no se llamaba Sarah. Su padre murió cuando aún era una niña, y su madre pronto se volvió a casar. Su padrastro era un tipo mal encarado y violento, pegaba a la madre y a la niña. Al poco tiempo la violó, y siguió haciéndolo hasta que cumplió diecisiete años. Su madre lo sabía y no hizo nada por evitarlo. Un día recibió una postal dentro de un sobre rojo en donde se veía a su padrastro con su perro, un animal salvaje que más de una vez había atacado a la jovencita y que permanecía cerca mientras su amo la violaba. La rompió con furia.

La niña odiaba a aquel hombre, las huesudas y velludas manos tocando su cuerpo, la boca babosa en su cuello, el aliento a whisky barato. Y también odiaba la mirada lasciva del perro y su respiración agitada. Era como si estuviese esperando a que su amo acabase para ocupar su puesto, y ella sabía que antes o después lo intentaría cuando la encontrase sola.

La joven, a pesar de los graves problemas que tenía en su casa, era buena estudiante, lista, voluntariosa y con gran aptitud para aprender cualquier materia nueva. Eso sí, en cuanto lo aprendía se cansaba y se volvía indolente hasta que algo diferente despertaba su curiosidad.

Una mañana el perro apareció colgado de una valla con la cabeza cortada y sin los ojos. Un chico en bicicleta pasó junto a ella y le dio un paquete que un hombre le había encargado que le entregase. Dentro estaban los ojos del animal, y en un sobre rojo una foto tomada en el mismo sitio que la anterior, pero sin el perro.

La chica sintió una gran alegría y gratitud hacia aquel desconocido por haberle librado de aquel animal, pero sobre todo de que alguien se preocupase por ella. Quizá fuese su madre, que por fin hacía algo por ayudarla. Pasaron unos días, y el padrastro entró en su dormitorio y la violó de nuevo. Ella se resistió y forcejeó todo lo que pudo. El hombre le pegó con más dureza de la habitual. Por la mañana su madre no se atrevía siquiera a mirarla a la cara. Las magulladuras eran evidentes y le dijo que se quedase en casa, que no fuese al colegio. No, no era su madre la que le había ayudado matando al perro. No hacía que no fuese al colegio por protegerla, si no por protegerle a él, y que nadie supiese los terribles sucesos que ocurrían entre aquellas odiosas paredes.

Al día siguiente, apareció el cuerpo del padrastro tirado en una escombrera. Le habían castrado. A los pocos días, la joven recibió un nuevo regalo. Antes incluso de abrirlo ya sabía que dentro estaban los testículos y el pene de aquel desgraciado. Una fotografía estaba debajo en un sobre rojo. Era la misma panorámica del porche de su casa sin el perro y sin aquel hombre malvado.

Dado que era bien sabido que era un tipo problemático, la investigación policial no abundó demasiado y pronto se olvidó el caso. El mundo estaba mejor sin él.

Cuando acabó sus estudios, la joven recibió de nuevo un sobre rojo y una carta con una propuesta de trabajo en una empresa de arte. Junto a la carta había un billete en avión hasta Washington, una reserva en un hotel y quinientos dólares como anticipo.

Preparó sus cosas, se despidió de su madre y se marchó sin mirar atrás, sin preguntarse qué le depararía el futuro. Nada podía ser peor que aquello de lo que ese desconocido le había librado.

Por las mañanas trabajaba en la empresa haciendo distintas funciones. Era como si su desconocido protector quisiese que aprendiese un poco de todo. Por las tardes iba a clases de interpretación. Allí conoció a un chico amable y atento con el que estuvo saliendo unos meses, pero un día recibió un sobre con un billete para Nueva York. Con el billete había una documentación, una nueva vida, un nuevo nombre: Sarah Smith. No lo dudó, recogió sus cosas y se marchó a la gran manzana.

## EL KRAKEN

En la brigada había mucho revuelo. Todos estaban al tanto de lo sucedido en Alpine, y de la detención de Sarah Adams mientras trataba de huir dejando otro cadáver en su camino.

El capitán Mael se puso bastante nervioso cuando se enteró del asalto a la finca de Alpine, pero al contarle el asesinato cometido por la mujer en el avión se tranquilizó, especialmente al ver la orden del juez para entrar en la villa, y más tras recibir la llamada del alcalde felicitándole.

Mark y Jennifer entraron en la sala de interrogatorios. En la monótona habitación, sin más muebles que una sencilla mesa y tres sillas de metal, la mujer esperaba con aire relajado a que comenzase el interrogatorio.

—¿Todo esto por el dinero de Adams? —preguntó Jennifer.

—No habéis entendido nada —contestó con dignidad al tiempo que balanceaba ligeramente la cabeza y abría las manos.

—Tantos crímenes para que finalmente tú no puedas aprovechar el dinero.

—El dinero es un medio no un fin. Sirve para seguir haciendo lo que hacemos, pero nunca es el móvil.

—¿Y cuál es?

—Ya lo sabes —dijo mirando a Jennifer—. En este momento se trata de los Desafíos del Hombre.

—Te espera un futuro bastante negro, a no ser que me digas quién es el criminal que se esconde tras todo esto, porque no creo que hayas sido tú la que ha orquestado esta locura.

—¿Criminal? —inquirió la mujer con un toque de sarcasmo en la voz—. Creo que no sabes a lo que te enfrentas. Llamarle criminal es como llamar animal al kraken.

Jennifer levantó las cejas en señal de extrañeza.

Sin maquillaje la viuda negra parecía mucho más joven y atractiva que en sus encuentros anteriores, y se mostraba muy segura de sí misma, pero Jennifer necesitaba saber por qué se había orquestado toda aquella ficción y barbarie.

—El kraken, el enorme monstruo de las profundidades —matizó la viuda—. Pues este criminal, como tú lo llamas, es el kraken de los criminales. Un monstruo que sale de las profundidades cuando quiere y causa el terror. Sólo que a él nadie le ve. Es un kraken invisible.

Mientras la mujer hablaba, Jennifer recordó a Nian, la bestia que habitaba bajo el mar y que solo salía cuando llegaba la primavera para atacar a la gente.

—Si es tan terrible, ¿no le temes? —preguntó Jennifer tratando de encontrar un resquicio en su aparente fortaleza.

—Oh, querida, a lo único que debe tener miedo una joven hermosa es a la pobreza y a la vejez. La primera se arregla con un buen matrimonio o incluso dos o tres, durante el tiempo en que aún conserva su piel tersa y sus curvas; la otra viene después, siempre llega, pero con dinero es más fácil de sobrellevar. ¿No crees?

Menuda hija de perra, pensó Jennifer.

—¿Le conoces?

—Nunca le he visto. O eso creo. Podía haber andado junto a él por la calle sin haberme dado cuenta, comer en un restaurante junto a su mesa o ser mi vecino. Muchas veces me he preguntado cómo sería, y si sería posible conocerle... íntimamente. Pero por desgracia él no ha querido, hasta ahora. Pero puede estar en cualquier lugar, querida, incluso cerca, muy cerca.

—¿Sabes quién es?

—Aunque supiese quién es, no lo diría. Se ha portado muy bien conmigo y le debo mucho. Y sé, que si puedo contar con la ayuda de alguien, es con la suya. ¿En quién voy a confiar, en vosotros? Él sabrá qué hacer. Siempre lo ha sabido.

—No seas ingenua —intervino Mark con una mirada dura—. Te ha abandonado a tu suerte, y se ha quedado el dinero.

—Te puedo asegurar que venga lo que venga, es mucho mejor que lo que vivía cuando él me rescató —sonrió dulcemente—. De todas formas, querida, igual os he contado todo esto para confundiros aún más y en realidad sea yo quien ha planeado todo, y no haya nadie más detrás.

—Ya —expresó incrédula Jennifer.

—Veo que no me crees, pero si desaparezcó igual sí me crees.

—Lo que sí creo es que no vas a ir a ninguna parte en muchos muchos años, querida —recalcó Jennifer la palabra *querida* con cierta sorna.

En ese momento se abrió la puerta y apareció un abogado de un importante bufete.

—Franklin Powers, abogado del bufete Power & Watkins. La señora Adams es cliente nuestro. El interrogatorio se ha acabado.

—No puede pagarles. Todos sus bienes han desaparecido en la nada —dijo Jennifer, que sabía que el bufete era de los más caros de Nueva York y que detrás de aquella aparición se escondía la mano de D.H.

—Eso no es asunto suyo. Igual se trata de nuestra buena obra caritativa del año.

La mujer sonrió con un gesto juvenil y miró complacida a Jennifer.

## EL FINAL

Todos los miembros del equipo de Solution Channel estaban reunidos en la agencia. Cuando entraron Mark, Ron y Perry hubo saludos y cumplidos en un ambiente cordial. Unos estaban sentados en unas banquetas altas, otros de pie hablaban entre sí. Jennifer apareció y dio unas palmas para llamar la atención del grupo. Poco a poco sus ideas habían ido ordenándose, y el puzle se había ido configurando en su mente, pero aún quedaban algunos aspectos sin dilucidar. Siempre que acababa un caso, a Jennifer solía recorrerle una especie de escalofrío por la columna vertebral, una señal de que lo había cerrado con éxito, pero en esta ocasión no era así.

—Vamos a hacer un repaso a todo lo que sabemos o creemos saber de lo que ha sucedido en este caso. Adelante John, por favor.

—Sarah, disfrazada para que pensásemos que era otra persona, llamó al timbre del apartamento de Adams sabiendo que alguien de la agencia estaría fotografiándola.

—Fuimos su coartada —afirmó Donald, haciendo un gesto despreciativo con la mano.

—Menuda bruja —intervino Emma Haggerty, la fiel secretaria, mientras servía unas bebidas.

—Así es —siguió John sin hacer caso del comentario—, contrataron los servicios de la agencia para que fuésemos testigos de que no estaba en el apartamento cuando la asesinaron, y que no entró en el edificio hasta que el asesinato ya se había cometido, y que quien salía no era ella.

—Adams abrió la puerta del edificio del apartamento a la joven que llegó después de él y su sobrina porque reconoció la voz de su mujer, que probablemente le dijo que se había dejado las llaves y que el portero no estaba. Hábilmente se ladeó lo suficiente para que no le viésemos los labios mientras hablaba, ni siquiera en las imágenes de la cámara que hay apostada en el local de enfrente —dijo Jennifer.

—Estudiaron bien el entorno —opinó Ron.

—En el ascensor o en la garita del portero se caracterizó y maquilló rápidamente con su aspecto habitual de más edad para que su marido no sospechara —continuó Jennifer.

—Pero no contó con la aparición de la sobrina de Adams —intervino Nicole.

—No pensaron que de nuevo se presentase de la mano de Adams, que había ido en su busca y la llevó al apartamento —dijo Donald recordando el seguimiento que hizo al hombre el día del asesinato.

—Pero lo tenían todo planeado para ese día y no podían volverse atrás —participó Perry—. Por los gritos que algunos vecinos dijeron que oyeron, Sarah, con la idea de matarla a continuación, debió montar una escena e hizo que la joven se fuese del apartamento.

—Cuando la sobrina salió, Sarah avisó a Lawrence con el teléfono de su marido. De ahí la llamada que el abogado nos dijo que le había hecho Adams para citarle al día siguiente. A continuación, fue el abogado quien atropelló a la pobre chica —explicó Jennifer—. Antes, Sarah le dio una descarga eléctrica a su marido, que quedó inconsciente, y después lo mató con la daga.

—Sí —reflexionó Mark—, a Adams lo mató Sarah. Le dio la descarga eléctrica con una pistola que tenía guardada en el apartamento. A continuación lo puso en el sillón, le clavó con todas sus fuerzas la daga, limpió concienzudamente el cadáver y le cortó el pene, quien sabe si para despistarnos hacia la idea de un criminal demente, o quizá haya algo más, el deseo morboso de D. H, de que lo hiciese.

De pronto Jennifer recordó la imagen de una mujer bella, madura y segura de sí misma, hasta el momento en que preparó la huida y cómo en su última visita a la villa de Alpine mostró un lado más humano para enternecerles y ganar tiempo para escapar. Una buena actriz, pensó, sin saber que había aprovechado bien las clases de interpretación a las que D.H. le había hecho asistir.

—Es una mujer muy fuerte y practica artes marciales, te lo puedo asegurar —dijo Jennifer señalando una magulladura aún visible en el rostro de su encuentro en el avión—, y pudo clavar la daga en el cuerpo de su marido con tanta profundidad como si fuese un hombre.

—Seguro que estuvo practicando antes para poder asestar el golpe definitivo —intervino Nicole.

Más de una vez, Jennifer, cuando desgranaba los sucesos y conclusiones de un caso, hablaba con otros interlocutores; aunque, en realidad, era a ella misma a quien se dirigía para desgranar sus argumentos de viva voz y situarlos donde correspondía para ordenar paso a paso el puzle en su mente a través de su plasticidad sináptica, el mecanismo fundamental en el aprendizaje y la memoria.

—Después de colocar adecuadamente el cuerpo en el sillón del salón, se duchó, se caracterizó y recogió todo lo que pudiese incriminarla, incluyendo la pistola eléctrica. Cogió la toalla con la que se había secado y envolvió el pene, lo puso en el neceser con el maquillaje usado para volver a transformar sus rasgos faciales y corporales para que la viésemos al salir, y se fue. Una vez fuera del edificio, se maquilló y caracterizó de nuevo, probablemente en el coche de su cómplice, de Lawrence o de su mujer, y volvió. El cómplice se llevó el neceser y todo su contenido —desarrolló Jennifer.

—Aún hay muchos detalles oscuros —dijo Mark—. ¿Sería abusar mucho si me sirvo un poco más del excelente café que preparas, Emma?

—Yo misma te lo traigo —contestó, coqueta, la joven.

—Veamos sus movimientos —aclaró Jennifer—. Sarah, después de la gala en la terraza del hotel Hudson, fue a Alpine, dejó su móvil en la casa para que pudiésemos comprobar que estaba allí; se fue disfrazada y caracterizada, mató a Adams, hizo una llamada con el móvil de su marido a Lawrence y luego se envió un mensaje a sí misma. El cómplice, Lawrence, recogió su móvil de Alpine y se lo llevó al lugar acordado cerca del apartamento. Sarah se caracterizó de nuevo y fue al estudio de Henry, le puso algo de droga en el champán para que estuviese confuso con respecto a la hora en que llegó y se marchó. Después regresó al apartamento como la inocente mujer de Adams.

Realmente era para asombrarse por la habilidad de Sarah Adams para engañar no sólo a su marido sino a todos los que se habían relacionado con ella en todo ese tiempo. Una mujer inteligente, embaucadora y perversa.

—Pero vayamos al principio, es más que probable que no esperaran a que azarosamente la secretaria de dirección de Adams enfermase, y de alguna forma le inocularon algún virus para asegurarse que estaría un largo tiempo de baja —contribuyó Úrsula—. Adams ya conocía a Sarah, e inconscientemente sentía una fuerte atracción hacia ella debido al parecido con su madre, a la que idolatraba.

—A buen seguro que Sarah ha tenido una buena formación como secretaria de dirección y en arte, además de en interpretación y caracterización —aseguró Jennifer—. No fue difícil para ella engatusar primero al marchante de arte y después hacerse imprescindible. Se caracterizó de más edad para que William Adams se fijase en ella como posible esposa y no sólo como un pasatiempo. Él, por su forma de ser, nunca se hubiese fijado en una jovencita. Pero sí en alguien de más edad y con rasgos similares a su madre. El aspecto, un lunar como su madre, no en el mismo lugar, pero cerca, la forma de hablar, de vestirse, de moverse...

—Y de ahí al matrimonio —contribuyó Nicole.

—Es probable que Sarah y Merrill, la mujer de Larry Lawrence, hiciesen ver que se conocían, que tenían una buena relación, y así las dos parejas salieron a cenar, a conciertos y exposiciones.

—¡Ahora lo entiendo...! —exclamó Úrsula—. Bajo la sutil influencia de Sarah, Lawrence acabó trabajando para Adams y siendo su hombre de confianza.

—Empecé a sospechar por la constante impresión de credibilidad y de equilibrio de Sarah —intervino Jennifer—. Nadie es así constantemente, y más cuando han asesinado a tu marido y a tu amante. Además, su aspecto era de tener la edad que decía, pero, aunque interpretaba bien su papel, a veces sus movimientos eran los de una persona de menos edad de la que aparentaba. Entonces me di cuenta que iba caracterizada para parecer más mayor. Pocas mujeres en el mundo harían algo así. La cuestión era por qué.

—Cierto —convino Nicole pasándose la mano por su espesa mata de pelo negro—. Ninguna mujer haría algo así si no hubiese un importante motivo oculto.

—En general nos cuesta creer que una mujer en vez de querer parecer más joven, quiera parecer más mayor, y eso nos despistó —comentó Úrsula.

—Estaba actuando —aseguró Mark abriendo sus fuertes manos y dejando ver sus blancos dientes a través de una amplia sonrisa—. Esta mujer es una excelente actriz. Por su falta de escrúpulos y su talento interpretativo podría haber triunfado en Hollywood.

—Anda..., déjalo —le cortó Jennifer—. Lo que sí es cierto es que su guardarropa fue realmente revelador. Era como si estuviese de paso. Casi toda la ropa era reciente o de hacía muy pocos años. Nadie se deshace de toda su ropa antigua. Siempre guardas algo. Es una especie de vínculo con el pasado, a no ser que te avergüences de ese pasado, que quieras olvidarlo o que quieras esconderlo. Pero según su currículum su pasado era estupendo en todos los sentidos, imaculado, hasta demasiado imaculado.

—Un detalle más —explicó Mark—. Antes de entrar Sarah a trabajar con Adams, fueron ellos mismos quienes enviaron a alguien haciéndose pasar por agentes del Departamento del Tesoro para ver la documentación de la empresa de William Adams y así saber a fondo el estado de sus finanzas y si valía la pena preparar la infraestructura necesaria para hacerse con todos sus bienes.

—Y, por lo visto, sí que les valió la pena y en algún lugar alguien tiene a su disposición muchos más medios para seguir haciendo el mal —opinó John.

—Pero, por suerte —adujo Ben—, hemos eliminado de las calles a buena parte de su banda, y tardará mucho en poder reorganizarse.

—Ojalá sea así, pero mucho me temo que tenían previsto que esto podía suceder y con sus capacidades y medios no tardarán mucho en estar de nuevo operativos —dijo Úrsula.

—Cinthia era la sobrina de William Adams, y él le había ayudado a salir de ambientes sórdidos y mantenían una buena relación hasta que Sarah le hizo ver algo deshonesto en su comportamiento o que intentaba algo con él, sea lo que fuese hizo que la alejase —explicó Jennifer—. La joven, bajo la instigación de su amiga Belinda, manejada por Lawrence y Sarah, acabó en el club Angie y en el Centro de un Nuevo Comienzo. Era una forma de desacreditarla definitivamente ante Adams. Pero contactó de nuevo con su tío, él se compadeció, la recogió y fueron al apartamento.

—Así es, como hemos dicho, a Cinthia la tuvieron que matar porque vio a Sarah en el apartamento —explicó Mark—. Además, según los documentos que hemos encontrado en poder de Lawrence, Adams iba a desheredar a Sarah y dejárselo todo a su sobrina, incluso iba a impugnar el acuerdo prematrimonial en caso de divorcio en base al engaño al que creía que estaba siendo sometido. Discutieron y se vio obligada a seguir el plan arriesgándose a que la joven hablase antes de que la matasen.

—Frank Anthony ha tenido suerte, si Sarah no se llega a ir con William, la víctima podría haber sido él —dijo Ron.

—No creo, había un plan bien trazado, y el objetivo desde el principio era Adams —aclaró Jennifer—. Un hombre muy rico, soltero, sin hijos, con un doloroso recuerdo de su madre y sin más familia que una sobrina fácil de quitar de en medio.

—Lo que quizá sí adelantó su final, fue que William empezó a sospechar de su mujer, no que la engañara, si no que era una impostora —explicó Mark—. Y eso es lo que William Adams contó a su amigo y competidor, Frank Anthony, pero éste no supo interpretarlo y creyó que era un caso de infidelidad.

—Para que su cuerpo desnudo no revelara su edad mientras hacían el amor, seguramente le hizo creer a su marido que sentía vergüenza y que prefería que lo hicieran con la luz apagada o con muy poca luz —esclareció Jennifer—. Sarah redecoró los dos dormitorios con gruesas cortinas que impedían la entrada de luz natural, y las lámparas que hizo poner apenas iluminaban discretamente la estancia.

—D.H. elige muy bien a sus colaboradores —dijo Jennifer mientras observaba una foto de Sarah—. A Sarah Adams, o como se llame en realidad, seguramente la captó cuando era joven por su belleza sosegada. No es una mujer espectacular, pero sí bella. No es delgada, pero tiene una esbelta figura, es bien parecida y, sobre todo, con unos rasgos uniformes. Esto da credibilidad al observador. Cuando una persona ve a otra con rasgos equilibrados entre sus dos lados de la cara tiende a confiar más en ella.

—Además del parecido con su madre, que ya se encargó ella de resaltar y fomentar —dijo Úrsula.

—Por instinto natural buscamos la armonía visual en los rasgos faciales, y cuando la encontramos nos sentimos confiados, aunque el corazón de esa persona sea negro como el carbón —expuso Jennifer—. Además, una visión atractiva reduce ante los demás los defectos de comportamiento. Aunque, en este caso, estoy segura de que esta mujer ha seguido clases de interpretación, aparte de formación específica para sus cometidos, para este asunto como

secretaria de dirección. Y también me temo que este caso no ha sido el primero en el que se ha visto involucrada.

—Unos minutos más y hubiese desaparecido sin dejar rastro alguno —dijo Donald.

—Lo que sí ha desaparecido ha sido el dinero —comentó John—. Si supiéramos dónde está, obtendríamos el resto de las respuestas a este suceso.

—¿Y Henry? —preguntó Emma.

—Probablemente la noche que mataron a Adams, como hemos comentado, Sarah le dio a Henry algún narcótico con el champán para que estuviese algo aturdido y que no fuese muy preciso con los horarios, con su llegada y su marcha del estudio de su amante —explicó Mark.

—La noche que mataron a Henry, al salir, Sarah dejó la puerta abierta —relató Jennifer—. Lawrence entró y asesinó a Henry mientras estaba drogado con el champán que había tomado con Sarah, pero en esta ocasión la dosis era bastante mayor que la vez anterior. Aunque habían previsto la posición de las cámaras de la zona, no pensaron que íbamos a ir ampliando el área de búsqueda hasta que dimos con una cámara en la que el programa de reconocimiento facial captó al abogado a la hora aproximada en que se produjo el crimen.

—El encapuchado —amplió Nicole.

—Así es —dijo Mark.

—¿Y por qué eligieron a Henry? —preguntó Emma mirando al inspector.

Él meneó la cabeza.

—Por su relación con Jennifer —explicó Mark—, además de porque era un hombre atractivo, y por la poca distancia entre su estudio, el apartamento donde se cometió el crimen de Adams y el hotel Hudson donde Sarah estaba en la gala benéfica. Quizá lo mataron porque también Henry comenzó a sospechar que la edad que decía tener no se correspondía con la que su cuerpo desnudo mostraba cuando posaba para él o hacían el amor.

Cuando acabaron de repasar el caso, Jennifer invitó a todos los miembros de la agencia y de la brigada a disfrutar de una agradable velada en El Laberinto.

Al poco rato, todos estaban instalados en una amplia mesa bebiendo los famosos cócteles de Kayla. Mientras hablaban y reían, incluso alguno de ellos se arrancó a cantar.

En el escenario, Úrsula, Nicole y Kayla acompañadas de la trompeta y el piano de dos viejos conocidos de El laberinto entonaron la canción *Que lleguen los buenos tiempos* de Louis Jordan.

*Hey, todo el mundo, vamos a tener un poco de diversión... No importa si el tiempo es lluvioso...*

En un momento, entre música y risas, Jennifer interrumpió las divagaciones del inspector.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jennifer.

—El jefe está satisfecho, y el alcalde también —dijo Mark.

—Tú sabes que esto no ha terminado. Tardará un tiempo en recomponer su infraestructura, pero estoy segura de que volverá. Su perfil no corresponde a una persona que deja las cosas sin acabar.

—Lo sé, pero lo único que me preocupa es que tú estés a salvo.

Mark se acercó al oído de la joven y le susurró:

—Me vuelves loco, Jennifer Palmer.

Ella le miró penetrante y sensualmente, antes de contestarle.

—Vayamos a tu apartamento, mi hombre cañón, *mon grand ami*.

Nota del autor:

Amigo lector, espero que te haya gustado *La dama de hielo*. Te agradecería, y sería de gran valor para el libro, que pusieses un comentario en Amazon. Gracias y nos vemos en los siguientes episodios de Jennifer Palmer.

Enlace a Amazon para  
Comentarios: [Comentar](#).

Contacto:

[info@booksfactory.biz](mailto:info@booksfactory.biz)

Página en Facebook:

[www.facebook.com/Loscasos-deJennifer-Palmer-854542611383749/](http://www.facebook.com/Loscasos-deJennifer-Palmer-854542611383749/)

Instagram:

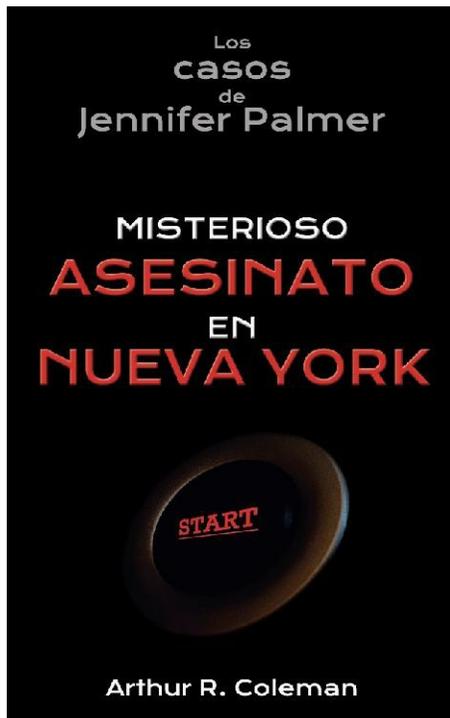
[www.instagram.com/loscasosdejenniferpalmer/](http://www.instagram.com/loscasosdejenniferpalmer/)

Twitter:

<https://twitter.com/CasosJennifer?lang=es>

Otros casos de Jennifer Palmer:

[Misterioso asesinato en Nueva York](#)



## Table of Contents

EL INICIO

CAPÍTULO 1 ENRÓLLATE, NENA

CAPÍTULO 2 EL ASESINATO

CAPÍTULO 3 EL SOBRE ROJO

CAPÍTULO 4 LOS HECHOS

CAPÍTULO 5 LAS LEYES NATURALES

CAPÍTULO 6 LA CÚSPIDE DE LA EVOLUCIÓN

CAPÍTULO 7 LA AGENCIA

CAPÍTULO 8 LA FEMME FATALE

CAPÍTULO 9 LA COMPAÑÍA

CAPÍTULO 10 LA BOLA DE CRISTAL

CAPÍTULO 11 OTRO ASESINATO

CAPÍTULO 12 POR AMOR AL ARTE

CAPÍTULO 13 EL COMPETIDOR

CAPÍTULO 14 EL VELATORIO

CAPÍTULO 15 EL CLUB DE STRIPTEASE

CAPÍTULO 16 EL TEQUILA DE LAS CINCO

CAPÍTULO 17 EL ABOGADO

CAPÍTULO 18 EL DRAGÓN

CAPÍTULO 19 EL INTERROGATORIO

CAPÍTULO 20 LA EXPOSICIÓN

CAPÍTULO 21 EL SUCESO

CAPÍTULO 22 NIAN, LA BESTIA

CAPÍTULO 23 NACIMOS PARA SER VALIENTES

CAPÍTULO 24 EN ACCIÓN

CAPÍTULO 25 REGRESO AL PASADO

CAPÍTULO 26 EL CENTRO DE UN NUEVO COMIENZO

CAPÍTULO 27 LA RISA DEL JOKER

CAPÍTULO 28 AXIAS MUNDI

CAPÍTULO 29 SECUESTRO Y AGRESIÓN

CAPÍTULO 30 EL JOKER

CAPÍTULO 31 EL PERFIL

CAPÍTULO 32 LAS PISTAS

CAPÍTULO 33 LAS FOTOGRAFÍAS

CAPÍTULO 34 LA HUIDA

CAPÍTULO 35 CASO CERRADO

CAPÍTULO 36 NATURALEZA SALVAJE

CAPÍTULO 37 LA ÚLTIMA COPA DE CHAMPÁN

CAPÍTULO 38 LA LIBERTAD

CAPÍTULO 39 EL KRAKEN

CAPÍTULO 40 EL FINAL